Manuel Lara Coca

Viento del este

Viento del Este

Manuel Lara Coca

PR Ediciones

PR-Ediciones
http://editordelibrospr.es
Madrid (España)

A Pilar, la luz de mi vida

A mis hijos Nacho, José y Miguel

Las laderas del Parnés

Prólogo

Delfos, en Fócide, era la ciudad sagrada del mundo griego. Miles de peregrinos visitaban diariamente el famoso oráculo de Apolo, hombres provenientes de puntos tan lejanos como el sur de Italia, la lejana Sicilia, las colonias de Tracia y el Mar Negro, hombres de todas las ciudades griegas del mundo acudían al oráculo para recibir la aprobación del dios en cualquier proyecto trascendental.

La vía sacra unía la ciudad de Delfos con el templo donde residía la Pitia, vehículo transmisor del dios Apolo, esta vía estaba engalanada a sus lados por incontables monumentos votivos de las diferentes ciudades, también, entre monumento y monumento, había multitud de tenderetes con mercaderes que proveían de todo lo necesario a los miles de visitantes diarios; animales para los sacrificios al Dios, recuerdos y regalos de la visita al santuario de Delfos, estatuas de Apolo de todos los tamaños, bebidas y alimentos de todo tipo. La ciudad de Delfos vivía del templo, todo en esta ciudad giraba en torno al oráculo.

Dos peregrinos esperaban pacientemente su turno en la vía sacra, el más bajo, de unos 30 años se acercó a uno de los innumerables tenderetes y compró una bestia para el sacrificio, pagó con tetradracmas atenienses.

—Te veo emocionado y muy excitado mi querido amigo—le dijo este hombre a su acompañante en un pulcro dialecto ático, mientras le daba las correas de la bestia que acaba de comprar.

—Sí, lo estoy, ¡esto es maravilloso!—respondió el joven acompañante, de unos 20 años, visiblemente más alto y fuerte.

—Se nota que es la primera vez que vienes, ya te he dicho que todo esto es un ritual, ya te conté lo que es el oráculo—añadió el más bajo.

—Creo que la voz de Apolo, de una forma o de otra, al final siempre se hace oír—respondió el más joven.

—Bueno, es una forma de verlo—añadió burlonamente el mayor.

La fila iba avanzando y por fin pudieron apreciar la leyenda que había en el pórtico “conócete a ti mismo”, entraron en el templo, los peregrinos se despojaron de sus capas y las entregaron a un sacerdote. Continuaron con el sacrificio de la bestia al dios, pasaron a una celda contigua, allí, entre la penumbra, se apreciaba una figura femenina iluminada por una luz rojiza proveniente de una grieta del suelo, está no cesaba de emitir vapores con un fuerte olor a azufre que impregnaba toda la celda.

—Haz tu pregunta al dios, añadió majestuosamente el

sacerdote.

El hombre más bajo dio unos pasos hacia la Pitia y añadió.

—¡Oh Apolo!, acepta mi sacrificio como signo de mi devoción, muéstrame el camino correcto en Tracia.

Todo estaba en silencio, este se rompió por unos balbuceos de la Pitia, el hombre más joven miraba crédulo a la Pitia y observaba como el sacerdote tomaba notas del galimatías

—Acompañadme—añadió imperativamente el sacerdote.

Los dos hombres giraron siguiendo al sacerdote cuando un grito de la Pitia los dejó paralizados.

—¡Tú, joven, el más alto, escucha mis palabras! COMERÁS LA FRUTA PROHIBIDA, VIAJARÁS CON UN DIOS MÁS ALLÁ DEL FIN DEL MUNDO, BEBERÁS LA SANGRE DEL MONSTRUO Y TE QUITARÁS LA CADENA DE HIERRO.

La caza

Año 516 a. C., laderas del monte Parnés, Ática

La luna se reflejaba radiante sobre el arroyuelo, solo se escuchaba el traqueteo de las ramas de los árboles y arbustos, que se golpeaban entre sí movidas por el viento, entre la maleza comenzaba a emerger la majestuosa e impresionante silueta de un venado adulto. El animal avanzó sigilosamente hacia el arroyo, se detuvo de improviso para escuchar y olisquear al viento, volvió a avanzar con cautela y volvió a repetir la operación. Por fin llegó al arroyuelo y comenzó a beber ávidamente, ¡crac!, se rompió el silencio de la noche, rápidamente el venado alzó la cabeza y la giró hacia donde había escuchado el crujido, una saeta le atravesó el pecho y otra le cruzó el cuello, se desplomó en el acto. Saltaron sobre el venado dos hombres cuchillo en mano

—¿Está muerto?—preguntó el más alto

—Sí, nos vamos a pegar un festín—respondió el otro.

Los hombres lanzaron un cabo sobre una rama de un árbol cercano y colgaron el venado, el más bajo comenzó a lavarse en el arroyuelo, se quitaba la costra que le cubría todo el cuerpo, mientras el alto limpiaba de sangre el lugar y a continuación se unió a su compañero en el baño.

—Mira que hemos cazado veces usando el método secreto de los Filaidas, pero no me acostumbro a ir por el bosque embadurnado con mierda de venado—exclamó el alto.

—Mi querido Andrón, te garantizo que cazar así es mucho más divertido, ya has visto las cacerías lo sosas que son.

—Sin duda son sosas para ti mi señor Milcíades, porque no formas parte de los batidores, como yo, se está muy bien allí con los aristócratas.

—Y que quieres que haga mi querido amigo Andrón, irme contigo a batir.

Ambos se miraron burlonamente y estallaron en una sonora carcajada.

Una hora más tarde llegaron al pabellón de caza portando entre los dos el venado. Los esclavos al verlos acudieron a recoger la pieza, continuaron con unos masajes con aceite caliente y luego una cena; peras, higos, queso y parte del venado asado. Milcíades estuvo todo este tiempo en silencio y pensativo, se marchó pronto a la cama, tenía la sensación de que el día siguiente sería trascendental en su vida y quería estar en plenas condiciones.

Efectivamente, la situación era apremiante, el hermano de Milcíades, Esteságoras, había muerto, ahora él era el jefe de los

Filaidas y heredero del señorío del Quersoneso, pero las aristocracias de Perintio, Salibria y Bizancio, ciudades griegas del Quersoneso, no querían a otro Filaida de tirano.

Milcíades se fue a la cama con estas reflexiones.

Andrón tenía otros planes, nada más retirarse Milcíades, preparó furtivamente un caballo y partió al galope hacia una propiedad de los Filaidas a unos cientos de estadios al sur del monte Parnés.

Era media noche cuando llegó. En las proximidades de la finca desmontó y se acercó sigilosamente a la parte trasera de la propiedad, allí lo esperaba una joven, con la belleza de sus quince años, esbelta, todos los Filaidas lo eran, esa joven era Eunice, hermana pequeña de Milcíades.

—¿Eres tu amor?—preguntó preocupada Eunice.

—Naturalmente, mi vida, ¡a estas horas...!—respondió burlonamente Andrón—,¿no esperarías a otro?

—Que idiota puedes llegar a ser—repuso Eunice airada—,,¿le has dicho lo nuestro a mi hermano?

—Cariño, si tu hermano se entera de lo nuestro, me despelleja como al venado que hemos cazado hoy—añadió Andrón.

—Así que habéis estado corriendo desnudos por el bosque, untados en mierda de venado—dijo ella alegremente.

—Sí, pero al llegar al pabellón tu hermano se hundió en el silencio y la reflexión—agregó él con aire lúgubre.

—Debe de estar triste por la muerte de nuestro hermano, además, sucede algo en el Quersoneso, por eso quedó con Hipias en el pabellón de caza—Eunice se arrepintió en el acto de sus palabras, miró de reojo a Andrón.

Andrón se dio cuenta y trató de calmar a la muchacha—,ya me lo dijo esta mañana durante la cacería, lo peor es tener que aguantar al sobón de Hiparco—dijo mintiendo Andrón.

—Bueno mi amor—añadió Andrón—,debo volver con tu hermano al pabellón de caza.

—¡Ah no!—dijo Eunice airada—,estamos tan poco tiempo juntos.

Andrón llegó poco antes del amanecer, al entrar al pabellón encontró a Milcíades despierto.

—¿Has estado visitando alguna mocita de la región?—preguntó Milcíades en tono jocoso y guiñando el ojo derecho.

—¡De la región!, no, bueno sí—respondió dubitativamente Andrón.

—¿No te estarás acostando con la mujer de algún noble?, o ¿con su hija?, o ¿su hermana?—preguntó Milcíades severamente.

—Bueno, tal vez... —respondió acongojado el joven.

—¡En fin!, espero no tener mucha amistad con ella, ten mucho cuidado muchacho que los aristócratas somos muy protectores con nuestras mujeres.

—Vamos al asunto—continuó Milcíades—,dentro de un rato tendremos una visita importante, vamos a tratar asuntos muy serios y quiero que estés presente, te necesitaré en el futuro, solo en ti puedo confiar—añadió Milcíades en tono solemne.

—Es un honor señor que confíes en mí pero si es posible, me gustaría estar alejado del sobón de Hiparco.

Milcíades se sobresaltó ligeramente y miró al joven.

—No te preocupes por Hiparco, por cierto, ¿cómo sabes tú que vendrá Hipias?

En ese momento se abrió la puerta del pabellón y entró Hipias, detrás iba Hiparco y un enorme mercenario tracio. Hipias fue directamente a la mesa e hizo una señal a uno de los esclavos, Milcíades se acercó a una de las chimeneas de la sala y cogió el atizador de las brasas, comenzó a remover las ascuas. Hiparco nada más ver a Andrón se acercó a su lado.

—Salve noble Hipias, dijo Milcíades sin levantar la vista de las ascuas.

Hipias comía descuidadamente algo de queso, sobre la mesa había además higos y peras.

—Salve noble Milcíades—respondió Hipias.

Hiparco miró a Andrón de arriba abajo y añadió con descaro.

—Así que tú eres el chico de Milcíades..., muy guapo, creo que debemos dejar a tu señor y a mi hermano con sus asuntos y nosotros podríamos, digámoslo así, dar una «vueltecita».

Andrón estaba paralizado.

—Hermano, hermano, deja eso de momento..., ven, siéntate a mi lado, estos higos están riquísimos—dijo despreocupadamente Hipias.

Hiparco miró con lascivia al joven y se sentó junto a su hermano.

Andrón se acercó a una ventana, la más alejada de la mesa y de Hiparco y comenzó a mirar el exterior.

—Mi más sentido pésame por lo de tu hermano—dijo Hipias entre bocado y bocado.

—Gracias—respondió Milcíades sin levantar la vista de las ascuas.

—Bien, la situación en el Quersoneso comienza a ser preocupante, sobre todo en Perintio.

—Tienes razón Hipias, pero tenemos una ventaja, no han pensado en unirse, los muy idiotas solo piensan en sí mismos y ven a

las otras ciudades como posibles rivales, todas quieren sacar tajada a nuestra costa y no quieren repartirla entre ellos.

—Cierto mi querido Milcíades, y todas te quieren muerto.

Milcíades permaneció en silencio, Hipias observaba las reacciones de este.

—¿Qué piensas hacer mi querido Milcíades?—insistió Hipias.

—Pienso que la situación aún no se ha complicado lo suficiente, creo que los aristócratas del Quersoneso están esperando un movimiento mío.

—Sí, yo también lo pienso, están a un paso de la rebelión, pero aún no lo han dado. La cuestión es que cualquier acción que hagas puede desencadenar el motín, y no hacer nada también.

—Hay que obrar con astucia, mi querido Hipias, y creo saber cómo salir airoso.

—Eso espero, sino Atenas tendrá una guerra entre manos, esa región es fundamental para nuestros intereses.

Andrón mientras tanto observaba por la ventana a la guardia mercenaria de los tiranos, de pronto, algo le llamó la atención, era como un resplandor metálico entre los matorrales situados detrás de los mercenarios, miró a Milcíades de reojo, este le hizo un gesto con la mano, él interpretó correctamente que debía esperar. Hipias se percató de lo ocurrido.

—Bien mi querido Milcíades, espero que tus planes para el Quersoneso sean un éxito, tendrás un trirreme pasado mañana en Falero, El Búho de mar, el capitán Aristocles, tiene orden de llevarte al Quersoneso directamente, una vez en el Quersoneso quedan a tus órdenes, él y toda la tripulación.

Hipias se levantó de la mesa, le hizo una señal a Hiparco que le acompañó hasta la puerta, allí se detuvieron.

—Por cierto querido Milcíades, ayer llegó un carguero de Perintio—añadió Hipias antes de salir del pabellón de caza.

Milcíades se acercó a la ventana junto a Andrón.

—¿Cuantos crees que son?

—Es difícil decirlo, tal vez cinco o seis.

Hipias e Hiparco tomaban sus monturas en el exterior.

—Andrón, apenas tenemos tiempo, coge la jabalina y la espada, yo haré lo mismo, luego saldremos por la puerta de atrás, correremos hacia donde matamos el venado dejando un rastro muy claro. Luego nos dispondremos como con el venado, disparamos a los dos primeros las jabalinas, nos olvidamos de ellos y vamos a por los dos siguientes con las espadas, solo nos ocupamos de nuestros objetivos inmediatos e ignoramos al resto, ya afrontaremos a los demás cuando podamos.

Cogieron las armas y salieron por la puerta de atrás, minutos

después entraron seis hombres en el pabellón. Milcíades y Andrón mientras corrían por el bosque rumbo al arroyuelo donde habían cazado el venado. Transcurridos seis o siete minutos los hombres salieron por la puerta de atrás del pabellón, uno de ellos se agachó y comenzó a examinar las huellas del suelo, se dirigieron tras sus pasos.

Andrón se encontraba agazapado en los matorrales, ante sí el sendero que conducía al arroyuelo, unos metros más adelante, al otro lado del camino, se encontraba Milcíades. Andrón estaba tenso, apretaba la jabalina cada vez que oía un murmullo.

—Tranquilo—se decía a sí mismo—¿por qué Milcíades no habrá avisado a Hipias de la presencia de los asesinos? habría sido lo más fácil y seguro, algo tiene en mente, eso está claro.

Un ruido en la maleza volvió a Andrón a la realidad

—Ya están aquí, en cuestión de minutos todo habrá terminado —pensó Andrón.

Los perseguidores iban de dos en dos, el guía se detuvo de improviso, se perdía el rastro de delante, comenzó a mirar a derecha e izquierda, de pronto, una expresión de asombro invadió su rostro, ahora lo comprendió todo, se giró repentinamente, una jabalina le atravesó el pecho y cayó fulminado, lo mismo le sucedió a su pareja de marcha, los otros cuatros hombres permanecieron atónitos con las manos en las empuñaduras de sus espadas mirando en todas direcciones. Como dos relámpagos, salieron de la maleza Milcíades por la derecha y Andrón por la izquierda, ensartaron a la pareja que estaba detrás con sus espadas, no les dio tiempo ni a pestañear, ya sólo quedaban dos asesinos en pie. Estos, al ver tras de sí a Milcíades y Andrón, emprendieron la huida, Andrón salió tras ellos pero Milcíades le detuvo.

—Déjalos, hemos ganado, el animal acorralado es el más peligroso.

Andrón se detuvo y miró perplejo a Milcíades.

—Este es tu bautismo de sangre, has respondido bien, justo como yo esperaba—añadió Milcíades con satisfacción.

—Así que era eso, una prueba

—Sí, pensaba hacértela en el Quersoneso, pero se presentó la oportunidad aquí y la aproveché.

—Y si te llego a fallar…, habríamos muerto.

—No has fallado, lo sabía, era un trámite que tenías que pasar, es tu primera sangre.

El guía de los asesinos estaba agonizando con la jabalina clavada en el pecho, Milcíades se le acercó

—Dime, ¿quién te pagó? y terminará tu agonía.

—Eupites de Perintio.

Milcíades asestó un certero golpe con la espada acabando con

el calvario del desdichado.

—Ponle una moneda en la boca y volvamos al pabellón —ordenó Milcíades mientras se incorporaba limpiando la espada.

Aquella noche Andrón tuvo muchas cosas que contar a Eunice, había sido un día verdaderamente intenso, volvió relativamente pronto al pabellón de caza y pudo descansar algo.

Poco antes del amanecer, Milcíades lo despertó, continuó un rápido aseo.

—Mi querido Andrón, hoy de nuevo tendremos visita, será una sorpresa, de hecho, ya tendrían que estar aquí, y mañana, mañana nos espera el capitán Aristocles y su Búho de mar.

No terminó Milcíades de pronunciar esta frase cuando llamaron a la puerta, rápidamente abrieron los esclavos y entraron un grupo de personas, unos quince, todos de la nobleza ateniense, el grupo lo encabezaba el desterrado Clístenes, jefe de la rancia casa de los Alcmeónidas, la familia maldita de Atenas.

—Salve señores, me alegro mucho de veros, por favor, sentarse, rápido servirles algo de beber, deben estar cansados—dijo Milcíades levantándose de la mesa.

Todos se acomodaron en torno a la mesa, Milcíades la presidía, a su izquierda estaba sentado Clístenes, a la derecha Andrón, todos conversaban entre sí amigablemente.

—Señores, les ruego atención—dijo enérgicamente Milcíades, todos se callaron y miraron al anfitrión—bien,os presento a Andrón —señaló a este—será mi correo y representante, ahora vamos a la cuestión, como seguro que ya sabéis, ayer estuvo aquí nuestro «amado tirano» Hipias y su cariñoso hermano Hiparco—todos rieron.

—No sé qué gracia le veis a esto—añadió airado uno de los asistentes, Aristogitón.

—Todos somos sabedores del acoso al que Hiparco está sometiendo a tu pupilo Harmodio, sin duda el joven más guapo de Atenas, y todos te apoyamos, pero aquí no hemos venido a ofenderte, lamento que mi comentario te haya molestado.

—Mi querido Milcíades, siento haber sido tan efusivo y agradezco vuestro apoyo.

—Centrémonos en el asunto—añadió Clístenes—La tiranía se está afianzando en Atenas, ya tenemos dos generaciones de tiranos, antes el padre y ahora los hijos, y si no hacemos nada, crearán una nueva versión de la monarquía y gobernarán los hijos de Hipias.

—Cierto—Añadió Iságoras—tenemos que volver al sistema de gobierno tradicional, nosotros los nobles debemos gobernar, como lo hicieron nuestros antepasados.

Murmullos de aprobación recorrieron la sala, Milcíades miró de reojo a Andrón, este asintió con la cabeza, Clístenes permanecía en

silencio observando las reacciones de sus iguales y esperando la jugada de Milcíades.

—Creo que olvidáis una cosa—añadió Andrón tranquilamente, se detuvieron los murmullos y todos miraron con curiosidad al chico —la vuelta atrás no es posible, Hipias gobierna en nuestro nombre, no en el de la nobleza, Hipias gobierna en nombre del pueblo de Atenas, su padre gobernó en nuestro nombre, no en nombre de la nobleza, Pisístrato gobernó en nombre del pueblo de Atenas y Solón...

—¡Ya basta!—interrumpió Iságoras—mi querido Milcíades ¿este joven habla en nombre de los Filaidas?

—Mi querido Iságoras, este joven habla en nombre de la demos de Atenas, harías muy bien en escucharlo—respondió serenamente Milcíades.

—Creo que Milcíades tiene razón—intervino Clístenes —haremos muy bien en escuchar a la demos de Atenas, continua joven.

—Bueno, lo que quiero decir es que desde Solón hasta ahora se ha gobernado en nuestro nombre en contraposición a la aristocracia.

—Cierto joven, pero siempre gobernó un aristócrata —interrumpió Iságoras

—Es verdad, Hipias, su padre, Solón, todos eran aristócratas, pero dicen defender al pueblo de vosotros, su poder, su justificación para imponerse a sus iguales es defendernos de ustedes, nosotros le damos la legitimación para estar en el poder, no ustedes—respondió Andrón enérgicamente.

—En eso tienes razón joven, se ha nombrado campeones del pueblo sin consultárselo siquiera, esa es la justificación que utiliza un noble para imponerse a sus iguales, por eso hay que volver a la situación anterior a Solón y olvidar esta época desdichada—añadió Iságoras ante el aplauso generalizado de los asistentes.

—No os dais cuenta que el pueblo ya no se conformará con que se gobierne en su nombre, el pueblo quiere más, el pueblo quiere el poder—respondió airadamente Andrón.

Los nobles comenzaron a insultar a Andrón, Clístenes y Milcíades cruzaron una mirada, Clístenes se puso en pie y golpeó bruscamente la mesa.

—¡Silencio, por favor!—gritó Clístenes, todos callaron y aguardaron las palabras de Clístenes—por mucho que nos pese, el joven tiene razón.

—¡Claro!, tú lo que quieres es eliminar a Hipias para ponerte en su lugar—agregó Iságoras jocosamente.

—Una cosa es segura, no tenemos una idea clara de adónde vamos, pero si sabemos que Hipias e Hiparco deben ser derrocados —añadió Clístenes en tono conciliador.

—¿Entiendo entonces que tenemos un acuerdo para derrocar a los tiranos?—preguntó Iságoras.

—¡Naturalmente!, una vez eliminados los tiranos, ya veremos, por ahora, ¡tenemos un acuerdo!

Todos los presentes irrumpieron en un unánime grito de alegría.

Clístenes hizo un gesto de con la cabeza a Milcíades—tenemos que hablar interpretó y este le respondió con un leve giro con el dedo—hablaremos después de la reunión.

Una vez se marcharon todos los asistentes, Milcíades dejó que Andrón fuera a despedirse de «su mocita», quedaron al amanecer del siguiente día en el Búho de mar, en el puerto de Falero, en Atenas.

Andrón salió en busca de Eunice, luego iría a Atenas, a casa de su hermano Diocles, el rico mercader.

Milcíades permanecería en el pabellón de caza con Clístenes, luego este volvería al exilio y Milcíades iría a Atenas a ultimar los asuntos pendientes antes de su partida.

—¿Qué te ha parecido?—preguntó Clístenes

—Patético, eliminar a Hipias para luego empezar una guerra entre nosotros.

—Cierto, pero Hipias debe ser eliminado.

Se hizo el silencio, ambos se estudiaron.

—¿Qué es lo que sabemos?, la historia nos enseña el camino, solo tenemos que mirar hacia atrás. En un principio, cuando Atenas no era más que una aldea, existía un consejo formado por todos los ciudadanos, que eran los propietarios de la tierra, eran nuestros antepasados los padres de los aristócratas. No había otro tipo de ciudadano, todos los atenienses eran propietarios y todos eran miembros del consejo.

—Continua Milcíades—añadió Clístenes.

—Atenas comenzó a crecer, ya no solo había atenienses propietarios, había llegado gentes que no poseían tierras, artesanos, comerciantes, arrendatarios, que hicieron prosperar a la ciudad, el consejo no los admitió en su seno, les negó cualquier derecho político. Con el tiempo surgió un aristócrata que se apoyó en esta gente desheredada y se proclamó rey de Atenas.

—En cierta medida es lo que hizo Solón y los tiranos—apuntó Clístenes.

—Correcto, la historia se repite, la monarquía terminó en una oligarquía, de nuevo los nobles tuvieron el poder, y de nuevo marginaron al resto de la población, de nuevo un noble se apoyó en esa mayoría excluida para imponerse a sus iguales y hacerse con el poder, ahora en vez de llamarse rey se llamó tirano, el defensor del pueblo frente a sus iguales los nobles, pero el tirano murió y sus hijos

heredaron el cargo, es cuestión de tiempo que estos adopten el título de rey. Resumiendo, la oligarquía lleva a la tiranía y esta a la monarquía, así podría repetirse el ciclo hasta el infinito.

—Naturalmente, pero yo niego la mayor mi querido Milcíades, ¿qué habría sucedido si ese consejo primitivo de propietarios hubiera acogido en su seno y en igualdad de condiciones a esos primeros artesanos, comerciantes y arrendatarios?

Milcíades miró perplejo a Clístenes

—Piénsalo bien mi querido Milcíades porque puede que reparar ese error sea la solución. Ahora debo marcharme, a estas horas Iságoras o alguno de sus partidarios habrá corrido a ver a Hipias y contarle que estoy en Atenas.

—Desafortunadamente es cierto, ya concretaremos las acciones. Una vez asegurado el Quersoneso te haré llamar.

—Suerte mi querido Milcíades.

No lejos de allí Andrón y Eunice estaban tumbados sobre la hierba mirando las estrellas.

—No sabes cuánto tiempo estarás fuera de Atenas

—No, es cosa de tu hermano, me dice que sólo puede confiar en mí, pero no me cuenta nada, solo política por aquí y correr por el bosque por allá.

—Qué angustia no saber cuándo nos vamos a volver a ver.

—La próxima vez que nos veamos será para casarnos.

—¿De verdad?, pero, ¿Cómo?

—No lo sé, ya buscaré la forma.

—Mi hermano nunca accederá.

—Tu hermano es un hombre práctico, le expondremos un hecho consumado.

—¿Qué hecho?, todo se puede deshacer.

—No todo, los asesinos del bosque no volverán a la vida nunca.

—Olvídalos mi vida, eran ellos o ustedes.

—Lo sé, pero cierro los ojos y veo sus caras, veo sus ojos, noto su sangre en mis manos.

—Bueno, algunas cosas no se pueden cambiar.

—No, no se pueden, tenemos que vivir con ellas. No te preocupes Eunice, ya encontraré la forma, te lo prometo.

Un poco más tarde Andrón estaba en Atenas, en casa de su hermano Diocles, el rico comerciante.

—Así que te vas con ese terrateniente al Quersoneso.

—No empecemos hermano, ya sabes que sí, además estoy cansado, me gustaría dormir algo antes de partir.

—¿Sigues viéndote con esa putita aristocrática?

—No es una putita y sí, me sigo viendo con ella.

—Ya sabes como terminará la historia, Milcíades la casará con algún noble que le reporte un beneficio político.

—Ese es el guión, pero yo lo cambiaré.

—¡Ah, la juventud!, que confianza se tiene a los 20 años.

—Ya lo verás hermano

—Espero que os salgan las cosas bien, ya sabes que tengo intereses en el Ponto.

—Diocles, ten cuidado, sé que los nobles están revueltos.

—No deberías meterte en intrigas políticas Andrón, sólo te traerán problemas, te lo digo muy en serio.

—Diocles, el destino reparte unas cartas y nosotros tenemos que jugarlas, recuerdas cuando vivíamos con papa, teníamos nuestra vida y sólo eso importaba, lo demás, las guerras, la política, eran cosas lejanas que apenas influían en nosotros. ¿Cuántos políticos habíamos visto?, a ninguno, siempre había alguien que vio de lejos a Solón, ayer yo desayuné con Hipias, Hiparco me cortejó, vi, hablé, sentí a la gente que rige nuestras vidas.

—Esa vida que desdeñas no es mala, esa es mi vida, yo nunca hablé con Hipias, le he visto un par de veces en el mercado, pero sé que es un hombre bueno, como lo fue su padre, gracias a ellos me he enriquecido y también se ha enriquecido Atenas. ¿Crees que los nobles nos mimarían como los tiranos?, los nobles sólo piensan en ellos, los tiranos quizá hagan lo mismo, pero hacen cosas por nosotros.

—Nosotros deberíamos gobernarnos a nosotros mismos, Diocles, ningún noble debería decidir por nosotros.

—Eso es muy bonito hermano, ahora vete a la cama, el Quersoneso te espera.

Cuatro días después llegaron al puerto de Perintio, allí fue a recibirlos el hombre de confianza de Esteságoras, Filisto, quien acomodó a Milcíades en la residencia del anterior tirano.

—Por cierto Filisto, ¿Quién es Eupites?—preguntó Milcíades descuidadamente.

Filisto por un segundo se descompuso, detalle que no pasó desapercibido ni a Milcíades ni a Andrón, rápidamente se rehízo.

—No sé quién es ese hombre, ¿vive en Perintio?—mintió Filisto.

Milcíades miró durante unos instantes que parecieron eternos a Filisto, luego lo despidió.

—Andrón, vete al búho de mar y que desembarque inmediatamente la infantería de marina, luego tráelos aquí para custodiar la residencia—ordenó Milcíades.

Andrón cumplió las órdenes y la guardia de la residencia fue sustituida por la infantería de marina del búho de mar. Milcíades hizo llamar a Filisto, este había desaparecido.

—Esta noche pensaban asesinarme, comentó tranquilamente Milcíades

—Pero, ¿cómo?—preguntó Andrón atónito.

—Viste como mintió, dijo no conocer a Eupites, sólo me mentiría si no temiera mis represalias, sabe que preguntaré por Eupites a otras personas, sabe que le pediré explicaciones, a no ser que muera antes de volver a preguntar por Eupites, hay una conjura y él forma parte de ella, por eso me mintió, por eso se sobresaltó al preguntarle por Eupites y por eso huyó al cambiar la guardia por la infantería de marina, ¡comienza el juego!—explicó Milcíades.

—Parece que ya estábamos jugando, sí, estábamos ya en el juego, empezó en el Ática, cuando vinieron a matarte al pabellón de caza.

—Cierto mi querido Andrón, pero era su juego, ahora comienza el mío, quiero que partas inmediatamente al interior, necesito que me cites con Oloro, jefe de los tracios de esta región.

Andrón partió en plena noche rumbo al interior, mientras, Milcíades se recluyó en su residencia de Perintio y se negó a recibir visitas alegando estar de luto por la muerte de su hermano. Faltando Andrón, era Aristocles el contacto entre Milcíades y el exterior, una delegación de notables de Perintio trató de hablar con Milcíades, fue despedida por Aristocles sin conseguirlo.

Esta situación de luto conmovió profundamente a la nobleza de las ciudades del Quersoneso, Eupites la consideró un manifiesto signo

de debilidad e ideó un plan para asesinar a Milcíades y usurpar sus dominios, el plan era sencillo, reuniría a todos los nobles del Quersoneso e irían todos juntos a dar el pésame a Milcíades, una vez allí, lo asesinaría y se proclamaría señor del Quersoneso apresando a toda la nobleza de la región allí reunida, para ello mando a Filisto reunir a todos los nobles. Él mientras tanto reclutó un contingente de cien hombres, todos con la panoplia completa, que a su señal acabarían con la infantería de marina de Aristocles y detendrían a los nobles del Quersoneso.

Milcíades por su parte también se mostró activo, una vez volvió Andrón de concertar la entrevista entre su señor y el señor de los tracios de la zona, se le encargó otra delicada misión, debía persuadir a un hampón local de que se aliara con su señor. La información la obtuvieron de los sirvientes de la residencia de Milcíades, gracias a ellos supieron que el «rey de los bajos fondos», era un canalla sin escrúpulos de origen dorio llamado Calibio.

Andrón no tardó en encontrar a Calibio, el barrio popular de Perintio se parecía enormemente al Cerámico de Atenas, Calibio, como buen hombre de negocios no tardó en apreciar los beneficios de la sociedad con Milcíades.

Calibio había trabajado con Eupites en otras ocasiones, de hecho, los matones que habían tratado de asesinar a Milcíades en el Parnés eran hombres de Calibio contratados por Eupites, Ahora se le presentaba una oportunidad única, si manejaba bien la situación y él contaba con ello, se convertiría en los ojos y los oídos del nuevo tirano, cosa que con Eupites nunca pasaría.

Milcíades por su parte conocía la importancia de la información, desarrollar un buen servicio de inteligencia era fundamental, de hecho, estaba siguiendo el modelo empleado por Hipias, dueño de la información en Atenas, información, que como él estaba haciendo ahora en Perintio, obtenía por medio de hampones, criados o esclavos.

Gracias a esta asociación, Milcíades descubrió que Eupites había mandado un mensaje a todos los nobles de las ciudades del Quersoneso, descubrió también que había reclutado cien hoplitas, ahora sabía que su infantería de marina era insuficiente para imponerse en Perintio, pero ¿qué decía el mensaje? Milcíades debía conocer su contenido antes de entrevistarse con Oloro.

Esa fue la prioridad de Calibio, que demostró con creces ser un hombre de recursos, consiguió que un esclavo tracio de un noble bizantino le contara que su amo, junto a los demás nobles bizantinos, iban a viajar en cuatro días a Perintio para darle el pésame a Milcíades por la muerte de su hermano, ahora Milcíades tenía todas las piezas del rompe cabezas.

Al día siguiente tuvo lugar la entrevista entre Milcíades y el jefe tracio Oloro, en ella Milcíades reafirmó la política familiar de alianza con las tribus tracias y disipó cualquier duda sobre una posible política de sometimiento de la región como pretendía Eupites. Para reafirmar esta alianza se concertó el matrimonio entre el propio Milcíades y Hegesipila, hija de Oloro.

Además, consiguió de su futuro suegro quinientos de sus guerreros, que enroló a su causa como mercenarios. Ya estaban todas las cartas sobre la mesa.

La noche antes de la llegada de los nobles a Perintio Milcíades se reunió con Andrón ante una sencilla cena.

—Debo de decirte, mi querido Andrón, que me siento orgulloso de ti, has estado soberbio estos días, aunque reconozco que ya me lo esperaba y siempre confié en ti.

—Muchas gracias mi señor Milcíades, por cierto, ¿forma Calibio parte de una hetairiai?

—Naturalmente, forma parte de la Hermandad, la verdad es que ha sido una suerte dar con él, ¿cómo piensas tú que unos asesinos de Perintio nos iban a encontrar en medio del Parnés si no es con ayuda de la Hermandad?

—Así pues la Hermandad de Perintio tiene ramificaciones en Atenas, reflexionó Andrón en voz alta.

—Lo más probable es que los miembros de la Hermandad tengan relaciones con otros clubs de su gremio en otras ciudades, digamos que tienen acuerdos entre ellos, así si algún miembro de la Hermandad huye perseguido por las autoridades, es acogido por la Hermandad de otra ciudad, si como sucedió con nosotros, van a realizar un «trabajito» a otra polis, la hermandad local los ampara, asesora y socorre si fuera necesario—respondió Milcíades—Calibio me ha pedido la supremacía de la Hermandad y yo se la he dado, quería eliminar a la competencia, a otras asociaciones como la Fraternidad o la Compañía, pero me he negado, ahora sabe que su nueva posición me la debe a mí, sabe que lo puedo sustituir por la competencia, por lo que será leal.

—Milcíades, esto de la política es un asco—añadió Andrón hastiado.

—El hombre es un animal político, o sea, de la polis, de la ciudad, nacemos en una comunidad, en una polis, crecemos en ella, desde pequeños estamos más tiempo entre otros ciudadanos que en nuestras casas, que si la escuela, el gimnasio, el ágora, los clubs, el teatro, pasamos toda nuestra vida inmersa en la polis, la política es la esencia del ser humano—replicó Milcíades.

—Escucha bien mi querido Andrón, mañana se decidirá nuestro futuro, en realidad, situaciones como esta se nos darán varias veces en

la vida, eres joven e impetuoso, ya lo verás, si salimos de esta, la vida nos colocará en otra. Bueno, conocemos gracias a la hermandad, el plan de Eupites—Milcíades desenrolló un pergamino con un mapa de Perintio y lo extendió sobre la mesa—este edificio de aquí es donde estamos, si yo fuera Eupites y tuviera cien hoplitas, los escondería aquí—señalo un edificio que había al otro lado de la plaza—cuando entren los nobles, les haría una señal y se desplegarían, eliminando a la infantería de marina y atrapando a todos los nobles en mi residencia, luego me matará y se proclamará tirano del Quersoneso —explicó Milcíades tranquilamente, miró a Andrón—¿Tu cómo actuarías sabiendo esto?

Andrón miró el plano en silencio durante unos segundos

—Yo ocultaría a los tracios en torno al edificio donde se ocultarán los hoplitas, una vez entren los nobles, atacamos el edificio con los tracios y la infantería de marina que detenga a los nobles, asegurándote así su lealtad—explicó Andrón decididamente.

—La segunda parte de tu plan la veo bien, pero no veo la necesidad de matar a los cien hoplitas, son comerciantes y propietarios de Perintio, no son mercenarios ni asesinos, una demostración de fuerza será más que suficiente para que ellos solos se marchen, yo esperaría a que entraran los nobles, luego rápidamente desplegaría a trescientos tracios en la plaza, entre su edificio y el nuestro, el despliegue los dejará atónitos y cuando vean que son inferiores numéricamente comenzarán a huir a sus casas, luego, la infantería de marina arrestará a los nobles y yo me aseguro el señorío.

Andrón miró extrañado y preguntó,

—¿Por qué no despliegas los quinientos tracios?

A lo que respondió Milcíades.

—Siempre hay que contar con los imprevistos, esos doscientos hombres ocultos son nuestra reserva por si Eupites nos sorprende con algo.

Esos doscientos hombres no hicieron falta, el plan de Milcíades se llevó a cabo a la perfección, los hoplitas se disolvieron furtivamente y los nobles fueron apresados cuando entraron a dar el pésame a Milcíades.

Así Milcíades se aseguró la supremacía en el Quersoneso, cogió rehenes de las familias de los nobles para asegurar su fidelidad y los envió a Atenas.

La boda

Lo que restó del 516 y el año 515 a.C., fueron sin lugar a dudas de los años más felices de la vida de Andrón, volvió a tener años como aquellos, pero esos fueron los primeros y por lo tanto siempre serían especiales.

Una vez asegurado el control de Quersoneso Milcíades envió a Andrón a Atenas a ordenar los asuntos de los Filaidas según sus designios y Andrón fiel a su palabra se fugó y casó con Eunice en Corintio, fue un escándalo en el seno de la sociedad ateniense, la demos, el pueblo llano de Atenas, se regocijaba de la audacia del joven. Uno de los suyos había seducido a una altiva aristócrata y se había fugado con ella, era otra pequeña victoria frente a los arrogantes aristócratas.

Milcíades mandó a la hermandad tras el rastro de la pareja de prófugos, pero estos demoraron su misión hasta que Eunice quedó embarazada, Andrón era uno de ellos y por amor lo había dejado todo, se había convertido en un héroe popular y pronto los políticos pensaron en utilizar este romance en su beneficio.

Hipias rápidamente apoyó la unión y legalizó el matrimonio en Atenas, Iságoras a la cabeza de los reaccionarios aullaba indignado clamando por la sangre de los amantes, Clístenes se alineó abiertamente desde el exilio con la feliz pareja, Milcíades permanecía en silencio, aplazó su boda con Hegesipila.

La feliz pareja vivía ajena a todas estas intrigas en una pequeña granja que el hermano de Andrón, Diocles, había comprado a las afueras de Corintio.

Una mañana se personaron en esta Milcíades y Clístenes escoltados por Calibio, el hampón de Perintio.

La pareja se sobresaltó al verlos, Milcíades con un gesto imperativo los mandó callar, entraron en la humilde casa y tomaron asiento.

—Ni decir tiene que me habéis decepcionado, ambos—afirmó severamente Milcíades.

Eunice respondió tímidamente.

—Por favor, hermano.

Milcíades con una fría mirada la hizo callar y añadió.

—Bueno, el daño ya está hecho, veo que pronto seré tío, además ya lo sabe todo el mundo, solo se puede hacer una cosa, hay que hacer las cosas bien hechas, Clístenes, mi buen amigo, te va a adoptar, así serás noble, luego me pedirás la mano de mi hermana, a mí como me interesa una alianza con los Alcmeónidas y tú serás miembro de su familia, aceptaré tu petición, así guardaremos las

formas y casaré a mi hermana con un Alcmeónidas, que era lo que en principio quería.

Clístenes cogió a Andrón del brazo y salieron de la casa.

—Debo agradecerle la adopción, supongo—dijo tímidamente Andrón.

—Sí, supongo que sí, pero hijo, ya te llamaré así, tienes que empezar a pensar siempre en términos políticos, te has convertido en un héroe popular, toda la demos de Atenas te conoce y admira. Cierto es que pronto aclamarán a otro, la fama es pasajera, pero te conocen y admiran, eres un héroe, y mi hijo adoptivo, se formará otro escándalo, seguro que Iságoras clama al cielo, serás más popular aún si cabe, y tu nombre estará asociado al mío. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos en año pasado en el pabellón de caza del monte Parnés? —Andrón asintió con la cabeza—ahí quedaron claras varias cosas, hijo mío, ¿sabrías decírmelas?

Andrón guardó silencio unos segundos, luego añadió.

—Que hay que derrocar a Hipias, que una vez que Hipias sea derrocado, habrá que decidir qué hacer con Atenas, se mostraron dos opciones, una la vuelta al sistema oligárquico, al gobierno de los aristócratas y otra la sustitución de un tirano por otro.

Se hizo un breve silencio.

—Has utilizado el término “mostraron” mi querido hijo.

—Sí, ni tú ni Milcíades declarasteis vuestras preferencias, cierto es que Iságoras te acusó de querer sustituir a Hipias, pero la verdad es que no expresasteis vuestras preferencias, además, algo tenéis pensado seguro. Tu interés por unir tu nombre al mío, último héroe popular, esa alianza entre los Alcmeónidas y los Filaidas, veamos, la demos por un lado, dos familias aristócratas por otro, queréis asociaros con la demos, con el pueblo para un proyecto político, pretendéis que el pueblo de Atenas apruebe o valide vuestra iniciativa, sea cual sea.

—Vas bien hijo mío, ¿cuál puede ser esa iniciativa?

Andrón estaba lanzado

—Si buscáis el apoyo del pueblo es porque no tenéis el apoyo de los nobles, así pues debe de ser algo que a los nobles no le hace ninguna gracia, a los nobles no le hace ninguna gracia la tiranía y la monarquía, ambas se apoyan en el pueblo frente a la nobleza, Hipias hoy por hoy es muy popular, pero esa alianza de dos casas nobles... no puede ser una tiranía... quizá dos tiranos, como ahora, pero ahora sólo gobierna uno, el otro está a sus asuntos, dos halcones de tiranos nos llevaría a una guerra civil, no sé, en Esparta hay dos reyes, pero son jefes militares, allí gobiernan los éforos, no, eso tampoco puede ser

—Tus razonamientos son correctos pero has ignorado la opción que tú mismo defendiste hijo mío, estás pensado como un noble, piensa como un político.

—¡El pueblo!, que sea el pueblo quien decida, que sea el pueblo quien tenga el kratos, el poder, que la demos tenga el kratos, demos kratos, el poder en manos del pueblo.

—Muy bien hijo mío, qué más...

—La asociación entre la demos y tú, quieres darle el poder al pueblo para que te elijan su gobernante, quieres que el pueblo elija su tirano.

—Quiero que no haya más reyes, quiero que no haya más tiranos, quiero que sea el pueblo quien decida en cada asunto, el poder legislativo estará en manos de la asamblea de todos los ciudadanos.

—¿Quién ejecutará las decisiones de la asamblea?, ¿quién tendrá el poder real?, el poder ejecutivo

—Los representantes o arcontes que elija el pueblo por un año, o en casos especiales, quién designe la asamblea para tal fin.

—Entiendo—Andrón se mantuvo en silencio largo tiempo—y ¿qué ganan los Alcmeónidas y los Filaidas si el pueblo hace las leyes y elige a quien las ejecuta?

—¿Tu hermano es comerciante?

—Sí

—¿Cuánto tiempo pasa con su familia?

—La verdad es que poco, el trabajo le tiene ocupado... un momento, los nobles, ¡no!, solo ellos tienen tiempo y dinero para gobernar, los demás tenemos que trabajar, ¡ah!, ya lo entiendo, pretendes que la asamblea te vote año tras año, a ti o a Milcíades, ¿eso no es una forma de tiranía?

—Milcíades aún no conoce esta iniciativa, nuestra alianza es para terminar con Hipias e imponernos a los reaccionarios de Iságoras, creo que cuando la conozca la apoyará.

Andrón miró incrédulo a Clístenes, ¿de veras Milcíades no conocía sus planes?, lo dudaba mucho, quizá fuera una prueba para ver hacia donde se decantaba su fidelidad, sí, debía de ser eso, quizá era una prueba, pupilo de Milcíades e hijo de Clístenes, ¿debía de elegir a uno?

Los acontecimientos se precipitaron, fue adoptado formalmente como hijo de Clístenes en Atenas, Clístenes evidentemente no pudo asistir pues estaba exiliado, Hipias puso algún reparo pero como político sabía hacia donde soplaba el viento y no se opuso al clamor popular, Iságoras como de costumbre se negó, lo que alentó más aún al pueblo y a Hipias.

Una semana más tarde, en Perintio, se celebró una boda doble entre Milcíades y Hegesipila por un lado y de Andrón y Eunice por otro. A la boda asistió toda la aristocracia ateniense en el exilio y fue festejada por las calles de Atenas.

Andrón y Eunice se trasladaron a vivir junto a Clístenes a Tebas, allí comenzó su formación militar en la milicia tebana, aprendió los fundamentos básicos de la guerra hoplita, Clístenes le regaló la panoplia, con una elaborada coraza de bronce y un pesadísimo escudo de madera y bronce repujado con motivos mitológicos, una horripilante cabeza de Medusa, la Gorgona. Aprendió a cerrar filas y la importancia de la disciplina.

Aprendió que la armadura es para su autoprotección y que el escudo es para defender a sus compañeros, aprendió que la fuerza la da el equipo y no el individuo.

Los libertadores

El año 514 supuso el fin de la tranquilidad para Andrón. Decidió volver a Atenas pese a la insistencia de su nuevo padre, Eunice estaba a punto de dar a luz y quería que su hijo naciera en Atenas.

—Andrón, sé que Aristogitón trama algo contra Hipias, ¿recuerdas a Aristogitón?—preguntó Clístenes

—Sí, le recuerdo, le recuerdo de la reunión del pabellón de caza hace dos años.

—Hiparco abusó de Harmodio. Hará unos quince días, recibí carta de Aristogitón invitándome a una conjura contra los tiranos, le he escrito para reunirnos y planificar el atentado, ahora llegan las fiestas de las Panateneas, veo muy difícil una reunión antes de estas, pero sospecho que ya tiene algo en mente, por eso me gustaría que no estuvieras en Atenas hasta que planeemos el atentado.

—Si el atentado aún no está organizado no habrá problemas, quiero presentar a Eunice a mi hermano y este me ha invitado a la procesión a la Acrópolis, como sabes Hipias en persona va al Cerámico todos los años a preparar las fiestas, creo que es una buena oportunidad para nosotros, mi hermano dice que mi presencia en la procesión será festejada por el pueblo, que sigo siendo un héroe. Además, para mí es muy importante que mi hijo nazca en nuestra ciudad.

Clístenes guardó silencio durante un rato, meditando.

—Sí, tienes razón, es una buena oportunidad para nosotros, un baño masas ahora sería muy oportuno, pero no sé, me da que Aristogitón trama algo para esas fiestas.

Los dos mantuvieron un incomodo silencio durante unos segundos que parecieron eternos

—Está bien, eres el cuñado de Milcíades, Hipias no se atreverá a tocarte por temor a que este cierre el tráfico del Mar Negro con Atenas, si Aristogitón intenta algo durante la procesión de las panateneas saldrás de inmediato de Atenas, tú y Eunice. Irás directamente a Falero y embarcarás rumbo a Perintio con Milcíades, los caminos hacia Beocia estarán vigilados, prométeme que harás lo que te he dicho.

Andrón lo prometió, llegó poco después a Atenas por la vía sacra y entró directamente en el Cerámico. Presentó a Eunice a su familia y vecinos. Atenas los recibió con júbilo, todos se acercaban a saludar al héroe y a conocer a la altiva noble prendada por uno de los suyos.

Eunice dio a luz un precioso niño dos días más tarde, lo llamaron Diocles en honor al padre biológico de Andrón y a su

hermano, la elección del nombre del recién nacido fue festejada de nuevo por el pueblo como un triunfo sobre la nobleza.

Hipias no tardó en presentarse en la casa Diocles, lugar donde residía la feliz pareja, para invitar oficialmente a Andrón al desfile de las panateneas junto a él.

Hiparco estaba inquieto, desde su gran hazaña, abusar del joven más guapo de Atenas, no había tenido más que sueños extraños, Hiparco era un vigoroso creyente de la videncia y adivinación, él mismo se consideraba un augur y el no poder interpretar los sueños que tenía le provocaba ansiedad.

El día de la procesión llegó, Hipias como de costumbre, partió temprano hacia el Cerámico para ultimar todos los detalles, siempre surgían problemas de última hora. La procesión comenzaría en la vía sacra, en el Cerámico, continuaría hacía el oeste por los barrios de Colonos, Miletene y Koile. Luego giraría hacía el sur por el Kollypos y el barrio de Limne. Por el Limne entraría en la acrópolis junto al templo de Dionisio.

Hiparco tuvo otro de sus sueños y estaba desquiciado, impotente por no poder leer el destino y cansado por llevar días sin dormir, sabía que podía descifrar el sueño, sabía que estaba a punto de hacerlo, solo tenía que mirar hacia el sitio apropiado y vería el aviso de Apolo con toda claridad. Era un consumado adivino y algo se le escapaba, eso lo desquiciaba.

Andrón, Diocles y su familia también se prepararon, Eunice no asistiría a las fiestas, se encontraba aún débil del parto y optó por permanecer en casa con el pequeño Diocles.

La gente abarrotaba las calles de la carrera oficial de la procesión, Hipias, junto a algunos de sus mercenarios, esperaba la llegada de Hiparco, Andrón, Diocles y su esposa Cleo aguardaban cerca del tirano. Minutos después apareció Hiparco entre el gentío, los hechos se precipitaron entonces, cuando Hiparco se disponía a saludar a su hermano Hipias, un gesto de horror deformó su expresión, vio como se les acercaban rápidamente Aristogitón y Harmodio, solo entonces comprendió el sueño, Aristogitón y Harmodio desenfundaron sus espadas y las hundieron en Hiparco con un grito unísono.

—¡Abajo los tiranos!

Los mercenarios de Hipias se abalanzaron sobre los asesinos.

Andrón cogió a Diocles y a Cleo y los sacó rápidamente de la calle principal, sin decir palabra llegaron a casa de Diocles, Eunice estaba amamantando al pequeño Diocles.

—Nos vamos con tu hermano—dijo lacónicamente Andrón.

Eunice no añadió nada, se cubrió el pecho, arropó al bebe con una manta y salieron rápidamente. Cruzaron el Cerámico alejándose de la vía sacra y del camino a Colonos, entraron en el ágora grande

donde ya había noticias del atentado, pasaron entre el monte Pnyx, sede del areópago y la Acrópolis y siempre rumbo oeste cruzaron los barrios de Kullypos y Limne abandonado Atenas por la puerta de Diomeia rumbo a Falero, allí estaba el Búho de Mar y el capitán Aristocles, Andrón y Eunice subieron al trirreme rápidamente, el búho de mar partió hacia Perintio a golpe de remo treinta minutos después de la muerte de Hiparco.

Aristogitón y Harmodio habían escogido sin duda alguna el mejor momento para su venganza, durante la procesión de las panateneas todo el mundo iba con sus mejores galas y todos los hombres llevaban sus espadas. Hasta ahora, Hipias e Hiparco eran relativamente fáciles de abordar, les gustaba dejarse ver por barrios populares y escuchar las quejas de cualquier persona.

Hipias salió ileso del atentado, Hiparco murió en el acto, como también murió Harmodio abatido por los mercenarios, Aristogitón fue capturado y torturado durante días, no confesó nada ni anunció conspiración alguna. Hipias se volvió desconfiado, inaccesible y comenzó un reinado de terror, empezaron las purgas contra la nobleza, casi todos los nobles huyeron al exilio, luego contra todo el mundo, la tiranía mostraba su autentica faz y el pueblo de Atenas despertaba así a una pesadilla.

Los mercenarios de Hipias buscaron a Andrón, su oportuna huida lo hizo más culpable si cabe, Diocles escapó de las purgas por los pelos, el pueblo de Atenas comenzó a idealizar a Aristogitón y Harmodio, gracias a ellos habían perdido la venda que tenían ante sus ojos y habían descubierto la verdadera cara de la tiranía, además, los tiranicidas eran hombres de honor que quisieron vengar y lo consiguieron, los abusos de Hiparco contra Harmodio, habían gritado:

—¡Abajo los tiranos!—habían muerto por salvar el honor de Harmodio y por la libertad del pueblo, eran los libertadores.

Andrón, Eunice y el pequeño Diocles se asentaron en Bizancio, Milcíades nombró a Andrón almirante de la flota del Quersoneso, su misión consistía en vigilar las aguas de los estrechos para que la piratería no interrumpiera el comercio y asegurar el cobro del peaje a todos los mercantes que cruzaran los estrechos.

Hegesipila, la esposa de Milcíades tuvo un hijo ese mismo año, por lo que Andrón y su familia trasladaron su residencia a Perintio y se instalaron en la casa de Milcíades.

Días después, recibieron una visita inesperada, una embajada persa pidió audiencia, la comandaba un fenicio llamado Magón, fue recibida inmediatamente.

Andrón había visto antes a fenicios en Atenas, pocos, pero alguno había visto, pero no como este, iba vestido a la manera persa, con ropas de seda estampada con vivos colores, llevaba pantalones, una larga barba rizada, con incontables bucles en el pelo y barba, llevaba pendientes de oro, pulseras de oro, anillos de oro, ¡estaba cubierto de oro! Ya había visto algunas prendas como esas en Atenas, pues a la nobleza le gustaba darse un toque oriental pero el lote completo era impresionante. Magón no se anduvo por las ramas, informó a Milcíades en tono imperativo pero respetuoso que el gran rey Darío, rey de las cuatro esquinas del mundo, señor de los Arios, conquistador de la India, y defensor de la verdad, estaba preparando una expedición de castigo contra los escitas, estos vivían al norte, más allá del Istro, Darío exigía la sumisión de todas las tierras por las que pasaría su ejército y Magón estaba allí para saber si Milcíades recibiría a Darío como a su soberano o como a un invasor, quería saber si le daba la tierra y el agua a Darío o se la negaba, Milcíades ante la sorpresa de Andrón no dudo ni por un instante, le dio la tierra y el agua a Darío, se sometió a los persas sin luchar.

Milcíades notó el enojo de Andrón, no dijo nada, días después Magón partió hacia el norte y una semana después volvió a pasar por Perintio rumbo a Sardes, una vez que Milcíades tuvo la certeza de que Magón había abandonado Europa despacho emisarios hacia Tebas y hacia Atenas, tenía que hablar con Clístenes y con Hipias.

La reunión con Hipias se celebró unas semanas después en una playa solitaria de la costa oriental de la isla de Eubea, Milcíades junto a Andrón llegaron en el Búho de mar capitaneado por Aristocles con un fuerte contingente de infantería de marina, allí vieron un trirreme de la marina ateniense, posiblemente de Hipias y un vetusto trirreme de la flota espartana, Andrón se sorprendió al ver a una unidad de la casi inexistente marina de guerra espartana, Milcíades no pareció tan

sorprendido.

A la reunión asistieron Cleómenes, rey de Esparta, Hipias, tirano de Atenas y Milcíades, tirano del Quersoneso.

—Salve señores, gracias por acudir a mi llamamiento, Majestad, no nos conocíamos, Hipias, lamento lo de tu hermano—dijo solemnemente Milcíades.

—Salve Milcíades, señor de Quersoneso—respondió lacónicamente Cleómenes.

Hipias miró a Milcíades, este lo interpretó acertadamente como un saludo.

—Bien, soy oficialmente vasallo del rey de Persia—Milcíades hizo una pausa, Andrón era el único que parecía sobresaltado ante la noticia, Milcíades continuó con la exposición—el próximo año Darío cruzará el estrecho al mando de su ejército para invadir Europa.

—¿Y los estrechos?—preguntó Hipias

—De momento los controlo yo, pero presiento que no será por mucho tiempo, la logística persa pronto se hará con el control de la zona para preparar el paso del ejército de Darío, además el embajador era un fenicio llamado Magón.

Hipias se sobresaltó, los fenicios eran los grandes rivales de los griegos, ambos pugnaban por el control de las rutas comerciales en el mediterráneo durante siglos. La presencia de Magón solo podía significar que los fenicios querían el control del comercio de la zona.

Cleómenes miró con satisfacción la reacción de Hipias, a él le interesaban otros aspectos, Esparta no estaba interesada en el comercio, apenas si existía en Laconia.

—Querido Milcíades, he traído un oficial muy competente que seguro nos será muy útil, como tu asistente.

Milcíades miró sorprendido a Cleómenes, ¡un espía!, le quería infiltrar un espía, ¡claro!, a Cleómenes le interesaba conocer no solo los movimientos persas por Europa, sino la composición del ejército persa, las tácticas que estos usaban, armas y armaduras, el equipamiento de los soldados. Cleómenes sabía que Milcíades formaría parte del alto mando persa y solo de esa forma podría introducir un agente en el cuartel general de Darío.

—Tenemos que descubrir las intenciones de Darío hacia la Hélade—añadió Cleómenes.

El oficial espartano en cuestión era Cleón, un espartita de alto rango, uno de los iguales, vestía una sencilla túnica roja, apenas llevaba equipaje, solo portaba como arma una espada corta espartana, fue conducido al Búho de mar, Cleómenes partió de inmediato para Esparta.

—Milcíades, has hecho muy bien en no enfrentarte a los persas, te habrían matado y la situación para Atenas aún sería peor, mira los

espartanos, no se han comprometido a nada, un espía y nada más, tenemos que obrar con astucia.

—Sí, creo que el plan de Cleómenes es claro, conocer al posible enemigo, para eso nos envía a Cleón, para ver sus movimientos y si estos suponen un peligro, elaborar una estrategia con la información obtenida, para ellos es lo mejor.

—Sí para ellos, pero nosotros hemos perdido el control de los estrechos y peligra el suministro de alimentos a Atenas—respondió enojado Hipias.

—Quizá al plan espartano le tengamos que añadir un nuevo ingrediente, la oportunidad.

Hipias miró confuso a Milcíades—sí, ¡la oportunidad!, hay que someterse y observar, aprender todo lo posible de ellos y a la menor ocasión darles un golpe mortal y expulsarlos de los estrechos, no, mejor, de toda la Jonia.

Hipias miró de arriba abajo a Milcíades.

—¡No podemos luchar contra los persas!, nos aplastarían —añadió resignado Hipias.

Nada podía resistirse a Persia, por lo menos eso pensaba Hipias, pero Cleómenes y Milcíades creían que podrían luchar con ese monstruo, era como si una pulga quisiera derrotar a un elefante, para Hipias estaba claro que no había opción, ¡sí!, si la había, ¡los fenicios!, ellos se entregaron voluntariamente e incluso arruinaron una expedición persa contra sus hermanos de Cartago, ellos habían conseguido bajo la dominación persa lo que no pudieron hacer cuando eran libres, si Atenas lograra esa condición estarían resueltos todos los problemas, había que llevarse bien con los persas...

Hipias estaba con estas reflexiones cuando añadió.

—Supongo que has tenido o quizás tendrás una reunión con los exiliados—la afirmación de Hipias sorprendió a Milcíades

—Sí, hay que conocer su parecer, quizá Atenas mañana les pertenezca a ellos...

Hipias mientras se embarcaba en su bote añadió—¡por el bien de Atenas, que no intenten nada hasta que pase el peligro persa!

Días después el Búho de mar ancló en una playa desierta de la costa oriental de Beocia, allí se reunió con Clístenes y un grupo de exiliados, Milcíades era consciente que Cleón informaría a Cleómenes, pero no había tiempo que perder.

Milcíades informó de la situación, para su sorpresa Clístenes era del mismo parecer que Hipias, Andrón se sintió decepcionado con su padre adoptivo, Clístenes era partidario de la negociación con los persas para posicionarse adecuadamente dentro de la estructura imperial, la nobleza en el exilio apoyaba a Clístenes, Andrón estaba indignado, Sólo Milcíades era partidario de luchar contra los persas.

Trataron el asunto de derrocar a Hipias, también decidieron posponerlo hasta ver como se desarrollaba la cuestión persa.

—Amigo Milcíades, Hipias ha mostrado su autentica faz tras la muerte de su hermano, ya no es tan popular—Andrón miró a su padre —además al perseguir a la nobleza, esta en su mayoría se ha exiliado y ha nutrido nuestras filas, ¡ahora tenemos un ejército!, una vez se aclare la cuestión persa, podremos movilizarnos y expulsar a Hipias por la fuerza.

Efectivamente, huida de la mayoría de los nobles había hecho que ahora gran parte del antiguo ejército ateniense estuviera en el exilio, ejército que Clístenes pensaba movilizar para expulsar al tirano.

—Padre, el pueblo teme ahora a Hipias, si eso es cierto, pero teme aún más a los nobles, creo que aún no es el momento.

—Créeme hijo mío, cuando el pueblo escuche lo que le tengo que decir, seguro me apoya.

—El problema padre es que para que el pueblo te escuche debes derrotar a Hipias, así pues tendrás que derrotarlo contra los deseos del pueblo.

Andrón tuvo tiempo de hablar con su padre Clístenes en privado.

—Hijo, recuerda que eres un Alcmeónidas, debes supeditar tus intereses a los intereses de la familia, de todas formas, me conviene que defiendas la postura belicista, el pueblo comparte tu visión irreal e imposible, no se puede luchar contra los persas, en estos instantes seguro que Hipias ya envió un emisario a Sardes para ofrecer Atenas al gran rey, yo hice lo mismo, hay que conseguir que los persas no intervengan en los asuntos de Atenas y si todas las partes litigantes son sus amigos no nos molestarán.

—De acuerdo padre, actuaré según los intereses de mi familia.

Clístenes miró de reojo a Andrón.

—Recuerda hijo que tarde o temprano tendrás que elegir entre tu familia y tu amigo Milcíades, es un rival que ocasionalmente está de nuestro lado.

Los agentes persas llegaron poco tiempo después al Quersoneso para preparar el paso del ejército del gran rey, también llegó Magón con los cálculos persas de la tributación del Quersoneso y la petición de Darío para el ejército invasor, Milcíades se enfrascó en una discusión con Magón sobre los supuestos ingresos por peaje de los estrechos, Magón en sus estimaciones incluyó el tráfico de los mercantes atenienses, Milcíades quería excluirlos, Finalmente, Magón trató de que los fenicios gestionaran el cobro del peaje por el Quersoneso, dando una parte al tirano, otra al imperio y otra para ellos, Milcíades se negó en redondo, él reembolsaría la cuota íntegra al

imperio y cedería sus tropas al gran rey, pero cómo gobernaba el Quersoneso y cómo llevaba sus finanzas era asunto suyo.

Al servicio de su majestad imperial

Llegó la primavera del 513 a.C. y el buen tiempo, el ejército del gran rey cruzó los estrechos y acampó a las afueras de Perintio, la acrópolis de Perintio fue habilitada para alojar al gran rey. La milicia griega fue sustituida por los inmortales persas, 10.000 persas y medos escogidos por su valor, destreza con el arco y la lanza, eran soberbios jinetes que formaban una fuerza de élite y eran la guardia personal del gran rey.

Era la primera vez que Andrón veía un persa, en realidad estos inmortales vestían y se parecían a Magón, altos, muy morenos, con barbas y cabellos con tirabuzones, con trajes de seda estampados y pantalones, adornados de oro, pendientes, pulseras, anillos, brazaletes. Portaban unas extrañas lanzas con la puta de oro en forma de manzana, las lanzas estaban al revés con las manzanas tocando el suelo, solo durante el combate se mostraban como armas.

Frente a Perintio se formó el campamento, habría unos 80.000 guerreros de todas las partes del imperio, Andrón estaba maravillado ! cuanto poder tenía Darío!, un hombre capaz de reunir tal cantidad de hombres y de tantas partes del mundo; había lanceros nubios, había sacios con sus terribles hachas, había asirios con sus mazas, arqueros de Mármara, caballería con arcos medos, caballería con catafractas parta, un sinfín de variantes que maravillaban a Andrón, Cleón no perdía detalle y no dudada en curiosear abiertamente las armas y armaduras de los diferentes contingentes, sus portadores se las mostraban orgullosos.

Milcíades estaba aterrado, cómo vencer semejante poder, ¡eran invencibles! El ejército persa tenía de todo y en gran cantidad, tenía caballería de proyectil, tenía infantería ligera, arqueros, jabalineros, honderos, lanceros, unidades que podrían acosar al oponente antes del cuerpo a cuerpo, luego tenían infantería pesada con armadura; lanceros persas, asirios y sacios, era un ejército combinado, diseñado para causar el máximo daño posible a distancia para luego rematar con sus lanceros y caballería pesada. Los griegos solo podrían oponer lanceros pesados frente a esta máquina de guerra, ahora Milcíades comprendía porque habían conquistado el mundo, ahora comprendía porque habían sometido a las colonias griegas de la Jonia.

¿Era un ejército invencible? ¿qué le faltaba?, tenía de todo, pero la infantería pesada era escasa, la infantería de línea griega era infinitamente mejor, estaban mejor armados, las lanzas griegas eran más largas, estaban mejor protegidos pues las armaduras griegas y los escudos, combinados con su sistema de lucha hoplita, protegían prácticamente a todos los guerreros, además el grueso de la infantería persa era infantería ligera sin protección o escasamente cubiertos con

ropas acolchadas o protectores y escudos de mimbre, eran fuerzas diseñadas para la movilidad en la batalla, los griegos eran lentos como tortugas y como las tortugas estaban protegidos por un caparazón de bronce, en el cuerpo a cuerpo la ventaja sería para los griegos, pero ¿cómo llegar al cuerpo a cuerpo con un ejército diseñado para hostigar?

De momento no se le ocurría como vencerlos, pero era todo especulación, quizá ese ejército solo iba a luchar contra los escitas, a vengar un agravio pasado, ¡qué iluso sería si creyera eso!, los persas se consideran caballeros defensores de la verdad, se consideran la cúspide de la civilización, cultos, refinados, valientes, su imperio estaba en su máximo apogeo con uno de sus grandes reyes, Darío, seguro que la historia le dará el epíteto de "el grande", ellos nunca iniciarían una campaña, necesitan un pretexto, por muy leve que fuese, y ese pretexto era vengar la derrota de Ciro a manos de los escitas, allá en oriente, pero las intenciones reales eran la anexión de los territorios europeos que rodeaban la península de Anatolia. Con estas reflexiones estaba Milcíades cuando fue llamado a la presencia del gran rey.

Milcíades debía contribuir al ejército imperial con una milicia de 1000 hombres y cinco trirremes, además debía suministrar víveres y alojamiento a todo el ejército imperial mientras estuviera en su territorio.

Milcíades, Andrón y Cleón se personaron ante el gran rey, este había convocado un consejo de guerra para exponer los detalles de su plan y asignar funciones a los diferentes contingentes, el protocolo persa era estricto, Milcíades fue colocado junto a los señores jonios, en el contingente griego, Cleón y Andrón permanecieron como asistentes en segunda fila. El maestro de ceremonias, un fenicio llamado Asdrúbal se dirigió a todos los presentes.

—Sátrapas del gran rey, nobles persas, Señores vasallos, algunos ya conocéis el protocolo, para los que no, es sencillo, a mi señal os postraréis ante nuestro amo y señor, cuando él os indique os levantaréis, hablaréis solo cuando os pregunte, de forma clara y escueta, seguidme—entraron en una sala contigua donde había una enorme mesa con una maqueta de los Balcanes y Grecia, era muy detallada, se podían observar las montañas, ríos y ciudades de toda la zona, con anotaciones en fenicio sobre estas, en Perintio había colocadas unas fichas, el ejército de Darío y sus unidades, Asdrúbal instruyó a cada miembro del consejo sobre donde debían colocarse, luego volvieron a la sala de audiencias.

—Una cosa más, recordar en cada instante quien es Darío, a él le debéis vuestra vida y vuestra posición, él os dio lo que tenéis y él puede quitáoslo.

Un silencio expectante invadió la gran sala, Asdrúbal hizo un gesto y todos se inclinaron, Darío, señor de los arios, rey de reyes y dueño de los cuatro confines del mundo hizo acto de presencia flanqueado por sus inmortales, iba ataviado a la manera persa, con traje de seda estampada con pantalones, pero curiosamente no llevaba ningún adorno de oro ni estaba maquillado, era delgado, moreno, con unos ojos grandes de mirada penetrante

—Por favor, podéis levantaros—dijo con voz cálida pero vigorosa—,si sois tan amables, pasemos a la sala del consejo.

Darío se dirigió con paso firme a la cabecera de la mesa, todos le siguieron y se dispusieron como Asdrúbal había indicado, Darío permanecía sentado en un trono leyendo detenidamente unos documentos, todos esperaban expectantes de pie, el silencio era sepulcral. Una hora más tarde, Darío levantó la vista de los informes.

—Datis, ¿has comprobado los informes de inteligencia? —pregunto Darío.

Datis respondió diligentemente.

—Si majestad.

Darío volvió a leer los informes, finalmente, se incorporó y se acercó a la mesa.

—Datis, haz los honores—dijo Darío.

—Majestad, Nobles, Señores vasallos, nuestra diplomacia ha conseguido la sumisión de todas las tierras entre los estrechos y el Istro—señaló la zona comprendida en la maqueta—todos los nuevos señores vasallos se encuentran aquí reunidos con nosotros...

—Artafernes, hermano, continua tú—interrumpió Darío a Datis.

—Majestad—añadió Artafernes—nuestros espías estiman que los escitas son un contingente entre 250.000 y 300.000 individuos, entre guerreros, mujeres, niños y ancianos, creemos que pueden tener entre 30 o 40 mil guerreros, todos arqueros a caballo, sin armadura, caballería ligera en su totalidad. No tienen poblaciones, se mueven en hordas por las estepas con unos enormes carros. Pensamos que a mediados de agosto celebran una sangrienta festividad religiosa en torno a esta zona—señaló un lugar en el interior de Escitia—¡es el momento idóneo para atacarles!, estarán todas las tribus juntas, no desperdigadas a lo largo de miles de kilómetros.

Artafernes guardó silencio, Darío permaneció un rato mirando el mapa.

—Así que 40 mil jinetes arqueros, caballería ligera—Darío pensaba en voz alta—si se percatan de nuestra presencia nos pueden hacer mucho daño, tienen mucha caballería ligera y miles de kilómetros para maniobrar. Datis, por favor.

—Majestad—añadió Datis respetuosamente—,el factor sorpresa es fundamental, para ello nuestro ejército se dividirá en dos secciones,

la sección A, al mando del joven Mardonio, estará compuesta única y exclusivamente por unidades de caballería; los arqueros a caballo persas y medos más la caballería pesada parta, su objetivo es localizar y atacar el santuario escita, deben ahuyentar las manadas de caballos escitas y acosar a los escitas. Si estos se dispersan o no se refugian tras lo carromatos, lanzará la caballería parta y la guerra estará ganada, si se hacen fuertes tras los carros, los acosarán hasta que llegue el segundo cuerpo, el cuerpo B bajo mi mando, compuesto por lanceros persas, lanceros nubios, arqueros y hostigadores de todo tipo, con ellos asaltaremos los carros.

—Continua, por favor—añadió Darío.

—Los griegos partirán con la flota hasta la desembocadura del Istro, aquí—señaló un punto del mapa—construirán un puente de barcas y lo custodiarán hasta que llegue el ejército, he pensado en los griegos para esta misión por tratarse de lanceros pesados ideales para la defensa de lugares estrechos, como un puente.

—¿Y bien?—interrogó Darío.

—Los asirios y los sacios, infantería pesada también, serán apostados en los pasos y estrechos desde el Quersoneso hasta la desembocadura del Istro, a lo largo de toda Tracia y Dacia, para impedir emboscadas a nuestro ejército. Una vez pasado el Istro, Mardonio partirá rápidamente con la caballería hacia aquí—señaló en el mapa el supuesto punto de reunión de los escitas—y nosotros le seguimos con la infantería.

—Das por hecho dos cosas, la primera es que los escitas no esperan nuestro ataque y la segunda es que no apostarán centinelas, el factor sorpresa es fundamental en tu plan, si falla este, fallará tu plan —sentenció Darío.

—Los escitas son un pueblo nómada y salvaje, apenas comercia con otros pueblos, es poco probable que sepan de nuestra expedición, además, un pueblo que se ampara en la inmensidad de las estepas y confía en la movilidad de su pueblo, es poco probable que ponga centinelas, la infinidad los protege.

—Existen algunas dudas, pero el plan parece aceptable —sentenció Darío.

Tras el consejo de guerra pasaron a la cena, allí Milcíades se percató de que un griego en particular era muy amigo de Darío, el milesio Histieo. Histieo había acudido junto al resto de los jonios al llamamiento del gran rey. Como Milcíades, aportaba infantería hoplita y barcos a la expedición y como Milcíades debía construir y proteger el puente sobre el Istro.

Histieo había viajado junto a su yerno Aristágoras, un joven inteligente y muy ambicioso.

Aristágoras se acercó a Milcíades y les comunicó el deseo del

gran rey de que compartieran mesa con él, a fin de cuentas todo el banquete estaba pagado por él. Milcíades, Andrón y Cleón se sentaron en la mesa real, próximos a Darío, junto a el milesio, eran los únicos griegos de la mesa.

Histieo se dirigió amablemente a Milcíades

—Hiciste muy bien en rendir vasallaje a Darío, si te hubieras negado, ahora estaríamos aquí sentados y el señor del Quersoneso sería mi sobrino Aristágoras.

—Hay que ser práctico mi querido Histieo—respondió sin pestañear Milcíades.

—¿Eres ateniense verdad?, ¿cómo se encuentra Hipias?, ¿se repuso ya del atentado de su hermano?

—Lo vi recientemente y parece que lleva bien el asunto

—¡Tú ves!, ese problema no lo tenemos nosotros, Hipias debe luchar contra sus iguales por mantenerse en el poder. Tengo entendido que ese tal Clístenes es un serio candidato a tirano, como tú si andarás por Atenas, pero tú fuiste listo, te buscaste tu propio señorío.

Milcíades estaba estupefacto con la conversación de Histieo, decidió seguirle la corriente

—Sí, estuve listo, sé que mi rival en estas tierras, Eupites, contactó con Magón el año pasado, creo que anda por Sardes, en la corte de Artafernes postulándose como el mejor tirano posible para estas tierras.

Histieo miró a Milcíades, no esperaba que estuviera tan informado.

—Mientras cumplas con los tributos y aportes tropas cuando te las pidan no habrá problemas. Lo que te quiero decir es que lo que ha pasado en Atenas no pasará nunca en Mileto, ni en Éfeso, ni aquí en Perintio, todos debemos nuestro cargo a Darío, él nos puso donde estamos, él nos respalda y todos lo saben, por eso Eupites está en Sardes y no tratando de asesinarte como sucedió en Atenas.

Histieo hizo una breve pausa, se enjuagó la boca con vino al estilo bárbaro y continuó.

—Además las posibilidades que tenemos con los persas son infinitas, mira los fenicios, tienen más poder y proyección ahora que cuando eran independientes, mira mi ciudad, Mileto, la ciudad más importante del mundo griego, más grande y esplendorosa que tu Atenas y que Corintio. No te quepa la menor duda de que esta expedición es una oportunidad, pienso conseguir un señorío en Tracia, seremos vecinos.

La mente de Milcíades empezó a hervir con ese pensamiento, sí, la expedición le podría dar una oportunidad, seguro que sí, con una poca de suerte Darío y su ejército serían derrotados, el plan de Datis tenía un punto flaco, si los escitas conocían la expedición el plan de

Datis fracasaría, sí, la muerte de Darío sería providencial, estallaría una guerra civil entre los hijos de Darío por la sucesión, seguro que Egipto y Asiria se sublevaban, la propia Jonia se podría sublevar, el próximo rey tardaría años en asentar su poder y en aplastar rebeliones, sí, los escitas debían conocer el plan de Darío, él se encargaría de que así fuera.

Estaba enfrascado en estos pensamientos cuando el mismísimo Darío se dirigió a Milcíades

—Y bien mi querido y nuevo vasallo Milcíades, veo que mi buen Histieo te está instruyendo.

—Sí majestad, me está mostrando las ventajas de la dominación persa, respondió Milcíades algo sobresaltado.

Darío permaneció unos segundos mirando a aquel griego

—Fuiste muy inteligente al no oponerte a mí, las personas inteligentes tienen cabida en mi corte.

—No me cabe la menor duda majestad, hay que saber de qué lado sopla el viento.

—Milcíades, pronto aprenderás que el viento siempre sopla del este—respondió Dario.

Esas fueron las únicas palabras que intercambiaron estos hombres.

Milcíades se percató de que los nobles persas evitaban hablar con Histieo, incluso lo miraban con desprecio, estaban celosos de que un griego fuera amigo del gran rey.

Los griegos no estaban acostumbrados al vino al estilo bárbaro, por lo que Milcíades, Andrón, Cleón, Histieo, Aristágoras y el resto de los griegos acabaron ebrios.

Al día siguiente la resaca fue atroz, aun así Milcíades, Andrón y Cleón tuvieron que preparar a la milicia del Quersoneso para embarcarla junto al resto de las tropas griegas rumbo al Istro.

A última hora Milcíades mando llamar a Andrón y Cleón, se reunieron en el Ágora de Perintio, esta estaba atestada de gente, Milcíades se dirigió a sus atónitos interlocutores alegremente.

—Si quieres ocultar un secreto escóndelo delante de todo el mundo—Andrón y Cleón se miraron estupefactos—por favor, poneos uno a cada lado y paseemos tranquilamente, esta va a ser una charla muy peligrosa, quizá sea la conversación más peligrosa de nuestra vida, así que disfrutémosla—comenzaron a pasear entre la gente—convendréis conmigo en que el plan de Datis tiene un fallo—Andrón y Cleón asintieron—si los escitas se enteran de la expedición esta fracasará—continuaron caminado unos metros en silencio—¡nosotros se lo diremos!, bueno, será Cleón quien lo haga—Andrón se detuvo de la impresión.

Esa misma noche Milcíades y Andrón embarcaron con la flota,

esperaban la hora que bajara la marea para iniciar el viaje. Cleón había partido poco antes, a pie, en busca de Oloro, el suegro de Milcíades y rey de los tracios de la zona, este le proveería del soporte necesario para su viaje al país de los escitas.

Una semana más tarde los griegos estaban acampados en la ribera sur del Istro, se enviaron jinetes para localizar el ejército de Darío y guiarlo hasta el puente que estaban construyendo con embarcaciones.

Cleón, junto a un guía tracio facilitado por Oloro, entró en contacto con los escitas. Escopasis, rey escita escuchó el mensaje de Cleón con preocupación, no había tiempo que perder. De inmediato se envió aviso a todos los pueblos de la estepa y se fijó una asamblea con estos para tratar el asunto.

Paralelamente Escopasis dio órdenes a su ejército de partir hacia el puente de barcas, debían situarse a un día de la fuerza invasora y su misión consistía en destruir cualquier suministro susceptible de ser utilizado por los persas, no debían combatir con los persas. Los escitas eran conscientes de su clara inferioridad frente al abrumador poder persa.

Siete días después, cuando Darío llegó al puente de barcas del Istro, tuvo lugar la asamblea de los pueblos de la estepa en algún lugar de la costa europea del mar negro.

Los pueblos de la estepa rápidamente formaron dos bloques antagónicos, por un lado estaban los escitas, sarmatas, budinos y gelonos que eran partidarios de hacer frente al ejército invasor, por otro lado, estaban los tauros, los andrófagos, los neuros y los agatirsos que opinaban que la disputa era una cuestión entre los escitas y los persas y que sus pueblos no se verían afectados pues no tenían problemas con los invasores.

Este último grupo debió de ver una oportunidad de eliminar a los escitas, principal tribu de la zona, quizá la inteligencia persa hubiera actuado asegurándose su neutralidad en caso necesario o quizá fueran ambas cosas.

Los escitas y sus aliados prepararon su plan de batalla. Escopasis junto a los sarmatas se unió al ejército escita que estaba a un día de la fuerza expedicionaria persa. Su objetivo era el mismo, destruir todo lo que los persas pudieran aprovechar en su camino; pastos, cosechas, pozos de agua… guiando además a las fuerzas persas al interior del territorio escita.

Un segundo ejército al mando de Idantirso y un tercer grupo compuesto por infantería ligera de budinos y gelonos mandados por Taxasis se mantendrían a la espera, a un día del ejército invasor.

Los escitas pretendían dirigir las fuerzas persas hacia los territorios de las tribus que no se habían unido a la alianza, para así forzarlas a luchar a su lado contra el invasor persa y alejarlos lo más posible del puente de barcas para que el invierno sorprendiera lo más

lejos posible a este de las fuerzas invasoras.

A principios de agosto, Mardonio siguiendo el plan de Datis avanzó hacia el presunto punto de reunión escita y comenzó a ver los efectos de la política de tierra quemada practicada por los escitas, de inmediato se detuvo y se dejó alcanzar por las fuerzas de Darío, el plan de Datis había fracasado, los escitas sabían de la invasión.

Darío, consciente de su superioridad, decidió seguir a los escitas buscando una batalla decisiva y terminando así el conflicto. El ejército de Darío al completo se metió en la trampa escita.

Datis había planeado una campaña para 60 días y ese era el tiempo que tenía para conseguir la ansiada batalla. La intendencia persa era inmejorable y la política de tierra quemada escita afectaba poco a los persas pues tenían suministros para dos meses, además Darío era consciente de que transcurrido este tiempo llegaría el invierno.

Tres días después de cruzar el Istro las tropas de Escopasis se encontraron con las avanzadillas persas, los escitas retrocedieron guiando a los persas hacia el interior.

Cleón llegó furtivamente al campamento griego, su misión había sido un éxito, tenía un mensaje de los escitas, estos atraerían al ejército de Darío al interior del país, quería que estuvieran lo más lejos posible del puente cuando cayeran en la cuenta que los escitas nunca presentarían batalla, querían que estuvieran lo más lejos posible del puente cuando los persas iniciaran la retirada, una retirada larga y lenta, acosados continuamente, de día y de noche, querían que el invierno sorprendiera al ejército persa lo más al norte posible, dos semanas, quizá tres y llegaría el invierno, si los griegos destruían el puente y se rebelaban contra Darío, este quedaría atrapado en el país de los escitas en pleno invierno, sin equitación para el frío y con continuos ataques escitas.

Milcíades se frotó las manos, su plan estaba saliendo a la perfección, los escitas mandarían un emisario para invitar a los griegos a la rebelión en el momento oportuno, Milcíades debería convencer a los griegos.

Los escita guiaron a los persas hasta territorio sarmata , de ahí fueron dirigidos más al norte, al territorio de los budinos y de ahí el ejército persa en perfecta formación entró en las estepas siberianas.

En este lugar los escitas desaparecieron rumbo norte, Darío dedujo correctamente que estos habían vuelto a su propio país, al sur.

La cuestión es que ya habían pasado casi dos meses y se encontraban en las estepas siberianas, el invierno sorprendería a los persas en el país de los escitas, además pronto comenzaría a escasear las provisiones.

Darío estaba resuelto a forzar la ansiada batalla, puso rumbo

sur tratando de localizar al ejército escita. Estos comenzaron a guiarlos a los territorios de las tribus neutrales para así forzar a estas a unirse a ellos contra el invasor persa.

Los escitas fueron muy astutos, no devastaron las tierras de estas tribus y los persas, ante la inminente falta de suministros comenzaron a expoliar las tierras y rebaños de estas tribus que comenzaron a unirse a la causa escita.

Los tauros, los andrófagos y los neuros enviaron su población al norte y se unieron al ejército escita.

Los agatirsos vieron claramente la estrategia escita y amenazaron a estos con declararles la guerra y unirse a Darío si estos dirigían a los persas a sus tierras.

Escopasis supo entonces que no conseguiría más tropas, ¿Tenía ya suficientes efectivos para luchar contra los persas?, pensaba que sí, todo le había salido bien, tenía el ejército y ya llegaba el invierno. Solo tenía que impedir que Darío huyera y la victoria seria total, había que destruir el puente del Istro y allí tenía un aliado.

Los escitas al mando de Escopasis se dirigieron al sur, hacia el Istro. Darío los siguió tratando de forzar la batalla, incluso envió embajadores a Escopasis retándolo a combatir, este les indicó que lucharía cuando mejor les interesase. Dario era consciente de que no tenía provisiones y que el invierno había llegado.

El plan de Escopasis cambió, su división se dirigió a marchas forzadas al Istro para obligar a los jonios a destruir el puente y las otras dos secciones escitas comenzaron a hostigar abiertamente a los persas, atacaban a las partidas de suministro persas, matándolos y obligándolos a buscar refugio tras la infantería persa. Las salidas en busca de forraje y suministros cesaron ante los ataques, solo estaban seguros tras los escudos de la infantería. El hambre, el frío, el cansancio, el hostigamiento continuo, tanto de día como de noche comenzó a desmoralizar a la tropa. Darío sin duda recordó el final de Ciro el grande, este debió pasar por lo mismo que él, con el mismo enemigo, por lo menos eso pensaba Darío, Ciro nunca volvió, todo el ejército lo sabía. ¿Tampoco volverían ellos?

Milcíades, Andrón y Cleón emprendieron una frenética actividad diplomática con los demás griegos de la expedición, comenzaron a sembrar la duda en el campamento, ¿qué pasaría si Darío fuese sorprendido por el invierno en el norte?, ¿Qué pasaría si Darío muriera en esta campaña?, pronto estas preguntas se las hacía todo el campamento, incluida la tropa, y de forma espontánea el odio que todos los griegos sienten hacia los persas afloró, todos querían que llegara el invierno, todos querían que Darío quedara atrapado en el país de los escitas y que muriera congelado o atravesado por una flecha.

Si los griegos europeos odiaban a los persas por los perjuicios económicos que les había ocasionado su rápida expansión militar y su preferencia por los odiados fenicios, los griegos asiáticos además podían añadir un par de perjuicios más, ellos debían soportar al tirano impuesto por Susa, cosa que desagradaba a todas las clases sociales de estas ciudades, pero sobre todo molestaba a la nobleza, ellos consideraban que eran quienes debían gobernar la polis, como pretendía el partido de Iságoras en Atenas, y no uno de ellos, que además debía su puesto no a su habilidad para imponerse a sus iguales, como hacen los tiranos de las polis europeas, sino que debía su cargo a su capacidad de humillarse ante los bárbaros, debían su cargo a su capacidad de "lamer culos persas". Para colmo, los persas estaban asentando fuertes contingentes de población asiática en las ciudades griegas, también muchos fenicios, que se estaban adueñando del comercio en el Mar Egeo.

Debemos sumar a todo esto, que debían pagar tributos a los persas y contribuir a los ejércitos imperiales, como en la presente situación.

Histieo y Aristágoras rápidamente fueron conscientes de la situación, pero se les escapaba algo, era evidente que Milcíades estaba sembrando la discordia en el contingente griego, pero ¿con qué fin?, si Darío moría a manos de los escitas o congelado de frío eso a ellos no les supondría mucha diferencia, un hijo de Darío, posiblemente Jerjes, nieto del gran Ciro, ocuparía su lugar, el imperio continuaría gobernando el mundo. Para los milesios era evidente que los atenienses tenían un as en la manga, sabían algo que ellos desconocían y estaban preparando el terreno, habrían de ser cautos y observar de cerca a Milcíades y su séquito.

Ya era finales de septiembre, el frío comenzaba a hacer estragos en el contingente griego cuando llegó una partida escita de unos 200 jinetes, escoltaban a un embajador, un comerciante macedonio llamado Parmenio.

Parmenio trajo consigo una propuesta de los escitas, el ejército persa había sido derrotado y ahora se batía en retirada, si los griegos destruían el puente sobre el Istro los restos del ejército invasor serían eliminados, ellos podrían volver a sus tierras libremente y vivir sin estar sometidos al yugo persa, los escitas les estaban ofreciendo la libertad a cambio de abandonar a Darío a su suerte.

Milcíades, Andrón y Cleón no tardaron en difundir la noticia por el campamento, en el consejo de guerra posterior, Milcíades ya tenía medio trabajo hecho, tomo la palabra y se dirigió a todos los tiranos griegos.

—Compañeros, compatriotas, los escitas nos ofrecen la oportunidad de volver a ser dueños de nuestro destino, los escitas han

derrotado a Darío y lo que queda de su malogrado ejército se dirige hacía aquí, acosado por esos diablos a caballo, los escitas y fustigados por el frío, solo una cosa nos separa de la libertad, solo una cosa nos asegurará la independencia, solo una cosa nos librará del yugo persa, esa cosa es el puente que custodiamos, lo construimos a las órdenes de Darío, ¡destruyámoslo en nombre de la Libertad!

Un clamor de aprobación se alzó en la tienda del consejo. Histieo aprovecho la pausa de Milcíades para intervenir

—¡Compañeros!, por favor, seamos sensatos, qué sucederá en Susa si como parece ser, y cosa que dudo, Darío ha muerto a manos de los escitas, ¡pensadlo!, pensadlo un poco—hizo una pausa—Jerjes será proclamado rey, Jerjes reunirá un nuevo ejército y Jerjes marchará sobre la Jonia sometiéndola a sangre y fuego, sí señores y lo sabéis todos. Jerjes vendrá a aplastar a los traidores, vendrá por nuestras vidas, Darío nos dio el poder en nuestras ciudades, Darío nos protegió de los otros nobles, mirad lo que pasó en Atenas, sin los persas eso pasaría en Mileto, eso pasaría en Mitilene , eso pasaría en Éfeso, pasaría en Halicarnaso, pasaría en todas y cada una de las ciudades de la Grecia asiática, solo los persas garantizan nuestros señoríos, solo a ellos debemos nuestra posición.

Murmullos de aprobación invadieron de nuevo la sala, Milcíades tomó la palabra.

—Compañeros, al argumento de nuestro colega milesio es sensato, pero yo dudo que Jerjes sea el heredero de Darío, sus hermanos se querrán hacer con el trono y estallará una guerra civil, todos sabéis que eso es cierto, y ¿qué harán los asirios y los egipcios?, yo os lo diré compañeros, se rebelarán, como nos rebelaremos nosotros, ellos seguirán nuestro ejemplo, habrá guerra en el imperio, como la hubo tras la muerte de Cambises, una guerra que durará años, décadas y cuando termine esa guerra, si es que los persas consiguen tener un rey, si ese rey consigue sofocar las rebeliones, entonces vendrán por nosotros, ¡debemos temer más a los titanes que a los persas!, ya sabéis lo que pasará, el imperio se disgregará tras la muerte de Darío, nosotros, los asirios, Egipto y quién sabe, hasta la India se sublevarán, los hijos de Darío tendrán bastante con mantener sus provincias bajo control, ya no como provincias, sino como reinos independientes en guerra los unos con los otros, ¡señores!, la muerte de Darío es el fin del imperio.

Todos los presentes permanecían en silencio, expectantes, intervino de nuevo Histieo.

—¡Ojalá te escuchen los dioses amigo y compañero ateniense!, pero ¿está Darío muerto?, ¿está su ejército derrotado?, ¿o será una artimaña de los escitas para que nos rebelemos?, ¿y si vuelve Darío y no estamos?, ¡con su ejército intacto!, podéis imaginar, logrará vadear

el Istro a pesar del invierno y los escitas, que sí, que perderá gran parte de su ejército, pero llegará a Asia, no habrá rebelión y no habrá guerra y nos tendremos que enfrentar solos a su cólera—hizo una pausa, las dudas se reflejaban en el rostro de los tiranos, era el momento de dar una solución diplomática, así lo hizo Histieo —señores, haremos esto, diremos a los escitas que aceptamos su plan, comenzaremos a desmontar el puente, pero lo haremos muy despacito, y sólo desmontaremos la mitad, si aparece Darío, bueno, si aparece un ejército destrozado y en retirada, acosado por los escitas, los abandonamos y nos rebelamos, pero si aparece un ejército marchando en orden, montamos rápidamente el puente y los dejamos pasar.

Histieo dio en el clavo con su propuesta, todos aceptaron, Milcíades se tuvo que unir al consenso general, desde entonces fue vigilado estrechamente, él, Andrón y Cleón, su contingente fue enviado a custodiar la flota que estaba anclada a varios kilómetros del puente, en la desembocadura del Istro

Informaron a Parmenio que aceptaban el plan escita y comenzaron a desmantelar el puente, poco después comprobaron que el contingente escita había aumentado, había varios miles de jinetes arqueros observando la demolición del puente, era evidente que los escitas querían el puente derruido a toda costa.

Cuando el puente estuvo desmantelado a medias los griegos dejaron las labores de desmontaje.

Los escitas se mostraron desafiantes exigiendo el desmantelamiento del puente, pero comprendieron que los griegos estaban fuera del alcance de sus arcos, expectantes.

Histieo mandó un contingente al mando de su sobrino Aristágoras con orden de encontrar un punto en el río por donde podrían vadear el Istro los escitas en caso necesario y proteger ese paso, lo encontraron a casi 200 kilómetros al oeste del puente.

Los escitas por fin se agruparon para el combate, ¿la batalla que tanto había buscado Darío por fin tendría lugar? Darío dispuso sus fuerzas en formación de batalla, el centro persa lo ocupaban los inmortales, su guardia personal y las mejores tropas del imperio. El ala derecha la ocupó la infantería, los lanceros con armaduras y enormes escudos de mimbre, tras los lanceros estaban los arqueros. En el ala izquierda dispuso a los honderos, la caballería meda y persa y los partos.

Los escitas en el ala derecha dispusieron las tropas de los tauros, los andrófagos, los neuros, mitad infantería ligera mitad caballería ligera con arcos. En el centro estaba el grupo mandado por Taxasis infantería ligera de budinos y gelonos y en el ala izquierda el grupo de Idantirso, con caballería de arqueros escitas, sarmata y de

otras tribus

Escopasis y su división estaban a un día de los jonios, lejos de la batalla.

Darío reunió en el centro de la formación al alto mando persa, Darío se dirigió a los presentes

—Señores, ¡por fin nos presentan batalla!, Datis, informe de la situación.

—Majestad, el campo de batalla es idóneo para nuestra caballería, kilómetros y kilómetros de llanura, además tenemos ventaja en el cuerpo a cuerpo. El problema es que estimamos que la caballería enemiga es el 75 u 80 por ciento de sus fuerzas, caballería más ligera y rápida que la nuestra. Yo si fuera los escitas y según veo su colocación en el campo de batalla es lo que van a hacer, lanzaría mi caballería contra nuestros flancos, pero solo para hostigarlos, lanzaría oleada tras oleada de flechas desde los flancos hacia estos y hacia nuestro centro, evitando el cuerpo a cuerpo, no lo necesitan, si se llega al cuerpo a cuerpo son conscientes de nuestra superioridad, si se diera esa situación, tengo la convicción que se retirarían dando la batalla por perdida, son casi toda caballería y se marcharían rápidamente. No pierden nada con esta batalla, siempre se pueden retirar y pueden seguir hostigándonos.

—Entiendo—dijo Darío mirando seriamente a los escitas, ¿qué propones?

—Majestad, si pudiera ser, no librar esta batalla, solo nos ocasionará perdidas aun cuando la ganemos y el enemigo escapará casi intacto y nos continuará acosando.

—Tienes razón Datis, míralos, jugueteando con una liebre —todos miraron, algunos escitas del ala derecha habían roto la formación y perseguían una liebre entre los vítores de sus compañeros —su moral es excelente, mira a nuestras tropas, cansadas, hambrientas, desmoralizadas, ordena formar en cuadro, la infantería con sus escudos en el exterior y la caballería y los arqueros en el interior, que nos ataquen si quieren, tendrán más bajas que nosotros.

—Excelente elección majestad, no creo que nos ataquen cuando vean que formamos en cuadro, ¿hago los preparativos para una evacuación nocturna?

—¡Naturalmente!, los objetivos principales de la campaña se han logrado, hemos tomado la orilla europea de los estrechos, los escitas era el pretexto nominal, una excusa intrascendente que no merece más vidas, regresamos a Asia.

La situación permaneció tranquila durante una semana en el puente, Milcíades, Andrón y Cleón estaban con el contingente del Quersoneso custodiando la flota griega en la desembocadura del Istro,

unos kilómetros al oeste estaba el puente y el resto de los griegos, al mando de Histieo y a unos 200 kilómetros más al oeste estaba Aristágoras vigilando el vado.

Días después observaron que los escitas se marchaban rumbo oeste, ¿se dirigirían al vado?, no podían arriesgarse a ser sorprendidos por la espalda por la caballería escita, había que reforzar el vado, se reclutó un contingente de refuerzo al mando de Andrón y fue enviado a apoyar a Aristágoras.

Andrón vio el vado, había que estar muy loco para cruzarlo, el agua llegaba a la altura de la cabeza a un hombre y la corriente era fuerte, los jinetes escitas tendría muchos problemas para pasar por allí, además estaban ellos al otro lado, también era cierto que estaban a tiro de los arqueros que pudieran estar en el agua, pero la corriente no les dejaría realizar tiros certeros y si los esperaban en formación cerrada casi no tendrían bajas.

Durante esos días Andrón y Aristágoras se hicieron muy buenos amigos, Aristágoras era y sabía ser encantador, era un hombre guapo, de complexión atlética, muy ambiciosa e inteligente, quizá más que su tío Histieo, Andrón intuía que ese hombre estaba llamado a realizar un importante papel en su ciudad.

Por fin apareció el ejército de Darío, en perfecta formación para desgracia de Milcíades, su plan había fracasado, rápidamente los griegos montaron el puente y Darío cruzó el Istro sin contratiempos. El puente fue desmantelado y el contingente griego fue enviado a la flota, Mardonio y su caballería se hicieron cargo del vado mientras el ejército persa retornaba a Asia.

Los escitas fueron sorprendidos por el ardid persa, estos durante la noche dejaron un pequeño grupo de hombres que mantuvieron todas las hogueras del campamento encendidas mientras que Darío se retiraba rumbo al Istro, Al amanecer los escitas se percataron de la situación, arrasaron el campamento persa y cometieron un error. Vieron las huellas persas rumbo sur, por donde habían venido al comienzo de la campaña, era una tierra baldía, devastada por ellos, supusieron que era otra estratagema para llevarlos por ese camino, supusieron que los persas cogerían el camino más lógico, las tierras occidentales, más alejadas de la costa pero sin daño alguno, tierras donde los merodeadores persas podrían abastecer abundantemente a su ejército y hacia allí dirigieron sus fuerzas.

Los persas no conocían la región y tenían mucha prisa por abandonarla, no enviaron exploradores a buscar nuevas rutas pues conocían el camino de vuelta, el mismo por donde habían venido. Así los persas regresaron al Istro sin encontrarse con los escitas que los buscaban en otra parte.

El ejército llegó al Quersoneso y Darío se embarcó para Asia,

Megabazo quedó al mando del ejército persa en Europa.

Los escitas invadieron el Quersoneso, Milcíades acompañó a Darío hasta Éfeso, poco podían hacer los escitas sin infantería ni equipo de asedio ante las ciudades griegas fuertemente amuralladas, estuvieron una semana saqueando granjas y matando a quien encontraron y después volvieron a a las estepas.

Milcíades volvió poco después al Quersoneso, apoyado por su suegro Oloro y por los persas.

Andrón decidió irse con Eunice y el pequeño Diocles a Tebas, con Clístenes, no soportaba ser un vasallo de los barbaros.

Histieo fue recompensado por su determinación durante la campaña escita con un señorío en Tracia, en Mircino cerca de Macedonia, región rica en madera y minas de plata, esto despertó la envidia de Megabazo y los demás nobles persas de la zona.

La batalla del Parnés

Andrón llegó a Tebas, allí nadie sabía nada de la expedición de Darío y quien lo sabía estaba aterrado por el éxito de la campaña persa, se habían asentado en los estrechos y se esperaba que de un momento a otro irían por Grecia.

—Es posible que vengan por Grecia, pero no ahora, ahora Darío el grande lame las heridas de su exitosa guerra camino de Susa —pensó no sin cierto regocijo Andrón.

Andrón esperaba disfrutar de paz y tranquilidad en Tebas junto a su mujer y su hijo, la verdad es que desde que aparecieron los persas por el Quersoneso apenas si había visto a Eunice.

—¡Oh dioses, como la quiero! —pensaba Andrón.

Andrón había añorado una vida en "primera línea de la actualidad" y era justo lo que tenía, ahora quería una vida anónima, lejos de guerras e intrigas, quería una vida para disfrutar de Eunice y del pequeño Diocles, quería una vida como la de su hermano.

Clístenes lo tenía todo listo, una vez se confirmó que los victoriosos ejércitos persas se adentraban en Asia, reunió a todos los exiliados atenienses en Tebas, había llegado la hora, Hipias esperaba el movimiento, no le cabía ninguna duda a Clístenes, por eso le dijo a Milcíades que esperara hasta resolverse la cuestión persa, había que ser rápido.

Se reunió el consejo de guerra de los exiliados, Andrón quedó decepcionado, ¡estaban cenando!, hablaban de banalidades, de cotilleos y lo interrogaban sobre los persas, nadie preparaba la campaña.

Andrón miró a Clístenes y le dijo.

—Padre, cuando será el consejo.

Clístenes miró extrañado a su hijo.

—Esto es el consejo, ¿no asististe a consejos de guerras con los persas?

Andrón estaba estupefacto.

—Sí —respondió tímidamente— pero eran diferentes.

Clístenes miró de nuevo a Andrón.

—¿Diferentes cómo?

Andrón miró a Clístenes, Iságoras no perdía detalle.

—No sé padre, los persas mandan espías, evalúan las fuerzas del enemigo, hacen planes de batalla, tienen maquetas.

Iságoras hizo un aspaviento e interrumpió a Andrón.

—Escuchad amigos, tenemos un nuevo general entre nosotros,

nos explicará como hacen los barbaros un consejo de guerra, por favor Andrón, continua. Andrón añadió tímidamente

—Bueno, para empezar hay que ver las fuerzas del enemigo, ¿qué tiene Hipias?, Hipias tenía hoplitas mercenarios, macedonios, Hipias tenía tracios, jabalineros, Hipias tenía escitas, arqueros a caballo—los asistentes empezaron a reír, Iságoras con un gesto los silenció.

—Continua, y disculpa a estos ignorantes.

Andrón miró a los asistentes y añadió.

—Nosotros solo tenemos infantería pesada hoplita. Eso quiere decir que si el terreno no permite flanquearnos al enemigo habremos ganado la batalla, ¿acaso vamos a luchar en un desfiladero?, no, claro que no, lucharemos como siempre, seguro que el polemarca de esta expedición ya habrá cometido la estupidez de quedar en un campo de batalla con Hipias, seguro que Hipias propuso algunos y entre ellos habrá escogido…

—Ya basta joven impertinente—interrumpió airadamente Iságoras—yo soy el polemarca y hemos quedado para la batalla en un sitio que tú conoces bien, la ladera sur del monte Parnés.

Andrón se puso a recordar, ¿cuánto tiempo había pasado?, toda una vida, pero en realidad habían sido tres años, sí, habían sido tres años, tres años desde que cazara con su señor en el Parnés. Clístenes observó detenidamente a Andrón mientras meditaba, Iságoras y los demás nobles se felicitaban por su inminente victoria, había cambiado muchísimo ese joven.

La reunión terminó, Andrón trato de convencer a Clístenes de que la batalla estaba perdida, conocía bien el terreno, Hipias solo tenía que dejar frente a los hoplitas exiliados sus hoplitas mercenarios macedones, los jabalineros mercenarios tracios flanquearían la línea de los exiliados, posiblemente por la derecha, y la caballería mercenaria escita oculta a la izquierda o detrás de la línea hoplita rebelde, en una de las innumerables arboledas que rodeaban ese gran claro irrumpiría en el momento oportuno, la batalla estaba perdida, Clístenes dudó, pero pudo más su deseo de ver a Hipias derrocado.

Llegó el día de la batalla, Andrón formó junto a Clístenes a la izquierda de la línea, Iságoras ocupaba el tradicional puesto de honor del polemarca a la derecha, Hipias alineo frente a la falange rebelde a sus hoplitas macedones y a su derecha, justo delante de Clístenes y Andrón, a los tracios.

Iságoras se regodeaba, la línea enemiga era menor que la de ellos, además el idiota de Hipias había metido infantería ligera a su derecha, esto iba a ser más fácil de lo que había pensado, de la caballería escita no había rastro.

La falange de los exiliados cerró filas y comenzó a avanzar, los

tracios entonces se abrieron tratando de flanquear el ala de Clístenes y Andrón.

—Padre confía en mí, si nos flanquean perdemos la batalla —grito Andrón a pleno pulmón.

Clístenes hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, Andrón se quitó el yelmo y lo arrojó al suelo, toda el ala izquierda lo miró atónito, Clístenes hizo lo mismo e invitó a todos a hacerlo, así lo hicieron, luego sin dejar de marchar Andrón se quitó la coraza, toda el ala izquierda lo imitó.

Andrón ordenó mantener el frente con los tracios, por lo que la formación rebelde se rompió, Iságoras estaba fuera de sí con el ala derecha alineada frente a los macedones, Andrón, sin cascos ni coraza evitó el flanqueo de los tracios, pero ahora la línea hoplita rebelde formaba un ángulo de 90 grados.

Se trabó combate, Iságoras y sus hoplitas acometieron violentamente la línea macedona, eran mayoría, pronto la romperían, Andrón, con sus escudos y lanzas, estaban mejor armados que los tracios, pronto acabarían con ellos, Andrón luchaba junto a Clístenes, no dejaba de mirar hacia atrás, ¿dónde estaba la caballería escita?, esperaba terminar con los tracios antes de que esta apareciera.

Desafortunadamente para los exiliados no hubo tiempo, desde detrás irrumpió con violencia la caballería escita, estos disparaban sus arcos contra Andrón y sus hombres mientras impactaban violentamente por la espalda de la falange de Iságoras, las filas de este se rompieron y comenzó la carnicería.

—¡Lo sabía! gritó amargamente Andrón—padre, nuestra formación está intacta, retírate ordenadamente hacia el norte, no llevamos coraza, ¡podemos correr!.

Así se hizo, Andrón vio como Iságoras abandonaba a sus hombres y se perdía en el interior de los bosques deshaciéndose de su panoplia. El ala derecha fue barrida, no hubo prisioneros, del ala izquierda se salvaron dos terceras partes.

Una semana después se volvieron a reunir en Tebas los exiliados, ahora no tenían fuerza suficiente para derrocar a Hipias. Clístenes se dirigió a todos en tono conciliador

—No es momento de reproches, es momento de soluciones.

Iságoras aulló indignado

—¡Pues claro que es momento de reproches!, si no hubierais roto la línea habríamos acabado rápidamente con los macedones y hubiéramos podido encarar a la caballería—Nadie secundó sus palabras, la mayoría de los presentes había luchado en el ala izquierda y sabían que debían su vida a Andrón. Iságoras se percató en seguida que no tenía apoyos y añadió—bueno, quizá sea conveniente aplazar el castigo hasta que hayamos triunfado, tengo una propuesta que haceros—Iságoras hizo una pausa y dejó que sus palabras hicieran efecto, todos lo miraban expectantes, ¡aún pensaba en castigar a Andrón! y lo más sorprendente, aún pensaba en derrocar a Hipias. Iságoras continuó—gracias a nuestro amigo Andrón hemos perdido toda oportunidad de imponernos a Hipias por nuestros medios —protestas airadas interrumpieron a Iságoras—¡Pero, creo tener la solución!—cesaron las protestas, todos escuchaban—sí, yo, vuestro líder natural tengo la solución, haremos que los espartanos eliminen a Hipias—una exclamación unánime invadió la sala ¿cómo era posible?, sin duda Iságoras seguía con el trauma de la masacre que su ineptitud había provocado y no sabía lo que decía—.Todos sabéis que Cleómenes es amigo personal mío—añadió pausadamente Iságoras.

Era cierto, Iságoras era amigo de Cleómenes, incluso las malas lenguas aseguraban que alcahueteaba a su mujer Olympia con Cleómenes. El problema radicaba en que Hipias había sido declarado por la asamblea espartana Amigo del pueblo de Esparta.

Eran muchos los obstáculos a batir para que Esparta mandara una expedición militar para derrocar a un aliado que nada les había hecho.

Clístenes reflexionaba sobre esta cuestión, quizá fuera posible, sí, podría resultar, se podría explotar la ambición de Cleómenes y la superstición de los espartanos para lograr que estos eliminaran a Hipias.

—Creo que debemos nombrar una comisión para estudiar la viabilidad de esta idea—añadió Clístenes.

Isagoras estaba ufano, todos estaban atónitos

—Propongo que yo, Andrón e Isagoras nos encargemos de los detalles de este proyecto.

Todos accedieron de manera unánime a la propuesta de

Clistenes.

Iságoras puso rumbo a Esparta esa misma semana.

Corría ya el 512 a.C, Andrón, Eunice y el pequeño Diocles se mudaron a la granja que el hermano de Andrón le había comprado cerca de Corintio, allí recibía correspondencia con cierta frecuencia de Milcíades, le informaba de que los Persas al mando de Megabazo estaban consolidando sus posiciones en la zona europea de los estrechos. También recibían visitas de su hermano Diocles. Diocles realizaba transacciones comerciales con varios comerciantes corintios, y durante sus viajes a Corintio veía a su hermano y le informaba del régimen de terror que Hipias había impuesto en Atenas, eliminada ya la nobleza, todo el mundo era depurado y la desconfianza se había adueñado de las calles de la capital del Ática, se sabía que Andrón había participado en la batalla del Parnés, se sabía que gracias a él se salvaron muchos rebeldes, su popularidad había crecido, también se rumoreaba que Iságoras a la primera oportunidad que tuviera lo eliminaría, por lo cual era más popular aún si cabe.

Una tarde y de forma inesperada, recibió la visita de Clístenes, iba acompañado por Iságoras y por una bella y llamativa joven, la mujer de Iságoras Olympia, había quedado allí con Cleómenes para hablar de cómo derrocar a Hipias.

Andrón envió a Eunice y el pequeño Diocles a la casa que su hermano tenía en Corintio, nada más partir Eunice apareció Cleómenes con 10 hombres de su guardia personal

—¡Querido Cleómenes!, que placer verte, ¡Olympia, por favor!, atiende a nuestro invitado, debe estar tenso por el viaje—ordenó Iságoras con toda naturalidad, como si él fuese el anfitrión, como si estuviera en su casa, Andrón se dispuso a intervenir pero Clístenes lo detuvo, Iságoras, con toda la tranquilidad del mundo añadió—por favor, señores, dejemos que Olympia atienda a nuestro huésped como merece, hace un buen día, salgamos a dar una vuelta.

Andrón estaba perplejo, Cleómenes miraba a Olympia con lujuria y esta le devolvía picaras sonrisas, salieron de la casa. ¡Era cierto!, sí, era cierto, el rastrero de Iságoras alcahueteaba a su esposa con Cleómenes.

Clístenes sacó a Andrón de estas reflexiones.

—Buena jugada Iságoras, relajado Cleómenes será más receptivo a nuestras propuestas—dijo sin emoción alguna Clístenes.

—Bueno, Cleómenes ve con buenos ojos la instauración de una oligarquía amiga en Atenas, el problema es cómo convencer a la asamblea espartana.

—Tengo algunas ideas, las expondré en la reunión.

La reunión tuvo lugar una hora después, Olympia aún retozaba en la cama de Andrón cuando Cleómenes inició la negociación.

—Quiero una oligarquía en Atenas, quiero que la presida Iságoras, el problema es que Hipias es oficialmente amigo del pueblo espartano—dijo directamente, sin florituras Cleómenes.

—No se te escapa, ni a ti ni a los éforos, que Hipias está casado con la hija del tirano de Argos, Argos se está armando a pasos agigantados, es evidente que planea una acción militar en el Peloponeso—añadió Clístenes.

—Sí, soy consciente de ello, Hipias no es un amigo fiable para Esparta, podría apoyar a su suegro contra nosotros, por eso quiero una oligarquía filo espartana en Atenas, de Argos ya me encargaré después.

—La guerra con Argos arreglaría el problema, Hipias y su suegro serían eliminados por los espartanos y en ambas ciudades se instalaría una oligarquía —agregó Iságoras.

—Entonces debemos provocar una guerra con Argos ahora, antes de que estén más preparados—sentenció Cleómenes.

—Hay otra solución para hacer intervenir a Esparta en Atenas sin tener que luchar con Argos—dijo pausadamente Clístenes—mi familia ha hecho generosas contribuciones a Defos, sé que el oráculo podría, por ejemplo, dar el mismo oráculo a todos los espartanos, pregunten lo que pregunten, podría decirles que Apolo desea que Esparta derroque a Hipias, ya lo sé, al principio lo ignoran, pero si cada vez que se consulta el oráculo da la misma respuesta, un mes, otro, mes, un año, otro año, de la risa pasarán a la estupefacción, de ahí al temor y finalmente intervendrán siguiendo los designios divinos.

Clístenes hizo una pausa, observó a Cleómenes, este meditaba con un brillo maligno en sus ojos, tras un largo silencio Cleómenes añadió

—Sí que funcionará, naturalmente que funcionará, además es la mejor solución, ¡una guerra santa!, Argos no defenderá a Atenas, nadie les ayudará por no enojar a Apolo, es fantástico, que así sea.

Clístenes movió rápidamente sus hilos y los espartanos que consultaban el oráculo siempre recibían la misma respuesta, “hay que liberar Atenas”. Al principio como estaba previsto, se tomó la cosa a guasa, pero mes tras mes, consulta tras consulta, siempre la misma respuesta, entre la asamblea espartana empezó a cundir el temor.

El año 511 a.C. trajo el fin de las operaciones militares persas en los estrechos, se habían conquistado puntos estratégicos para asegurar el control de la zona y algunas islas del norte del Egeo, como las de Imbros y Lemos, con tal fin. Megabazo asimismo, tramó un plan

con Artafernes para deshacerse de Histieo, Darío lo nombró su consejero personal y fue enviado a Susa, ahora el ambicioso Aristágoras era el tirano de Mileto.

Andrón seguía viviendo feliz en Corintio con Eunice y Diocles. En toda Grecia era ya un escándalo lo del oráculo de Apolo, los dioses ordenaban a los espartanos que expulsaran a Hipias de Atenas y estos se negaban a obedecerlos.

Hipias sabía que Clístenes andaba detrás de todo esto, pero si acusaba al oráculo de estar corrompido, el pueblo lo podría culpar de impiedad, además el oráculo no le decía a él que se fuera de Atenas, decía a los espartanos que liberasen Atenas, era problema de los espartanos, no era problema suyo, de todas formas se mostró pío y devoto con los dioses en general y con Apolo en particular, además y por si Esparta cedía a las pretensiones divinas reafirmó su alianza con Argos, lo que terminó de decidir la intervención espartana.

Cleómenes era sin lugar a dudas el rey más destacado de Esparta, había conseguido burlar en numerosas ocasiones al colegio de éforos y a su socio en el trono Demarato para hacer su voluntad, Cleómenes se mostró especialmente intransigente con las tiranías, había derrocado cuantas tiranías había en el Peloponeso instaurando regímenes oligárquicos afines a Esparta, solo Argos, su enemigo tradicional permanecía fuera de la órbita de Esparta en el Peloponeso.

La intervención en Atenas era pues continuación de la política de Cleómenes, que así extendería sus polis clientes más allá del Peloponeso, además restaba un aliado a Argos y lo ganaba Esparta. Lo de la guerra sagrada en nombre de Apolo era brillante, podían atacar a un amigo del pueblo de Esparta por mandato divino y nadie les podría ayudar por ser una cruzada.

Argos era consciente de esta situación, sabía que si mandaba tropas a Atenas se podría declarar una guerra sagrada contra ella, además, sabía que su ejército aún no estaba listo para luchar contra Esparta, Atenas estaba sola.

¿Estaban realmente los atenienses solos?, el oro de Hipias compró más mercenarios, la batalla del Parnés enseñó a Hipias la importancia de la caballería y trajo a Atenas más jinetes, los famosos jinetes tesalios, aliados además de Atenas.

Hipias supuso correctamente que los espartanos llegarían por mar, el camino más rápido, supuso certeramente que desembarcarían en Falero, así pues, ordenó talar todos los arboles de la región para dejar espacio a la caballería tesalia, esta estaría reforzada por los escitas de Hipias.

En 510 AC, un ejército espartano, invadió el Ática, los espartanos, confiando en que su fama les abriría las puertas de Atenas

y dando por hecho que la expedición sería un paseo, enviaron un ejército escaso al mando de Anquimolio. Este actuó justo como Hipias esperaba, llegó por mar y desembarcó en Falero, allí le esperaba la caballería tesalia, reforzada por los escitas y los mercenarios macedónicos de Hipias.

Los espartanos se alinearon frente a los hoplitas macedónicos de Hipias, cerraron filas y cargaron contra ellos, los macedónicos, más numerosos, apenas aguantaron el envite espartano, la caballería tesalia flaqueó por la izquierda a los espartanos y cargó contra el flanco derecho espartano, Anquimolio murió en el combate y los espartanos tuvieron que embarcarse y poner rumbo a Esparta. Los espartanos como los rebeldes atenienses algunos años antes, habían sido derrotados por el buen uso de la caballería.

La derrota espartana fue acogida con júbilo en Atenas, Hipias expuso los cuerpos de los espartitas y sus armaduras como trofeos en el ágora, hasta ahora muy pocos atenienses había visto a los terribles espartanos, ahora Hipias los había derrotado y los mostraban como trofeos de caza.

La derrota en Esparta espoleó a estos, los supervivientes suplicaron ante la asamblea espartana que se les permitirán volver a Atenas para vengar a sus compañeros y redimirse, se alistaron todos en un pelotón de élite encargado de parar a la caballería tesalia. La asamblea espartana votó mandar de inmediato a un rey al mando de un ejército a Atenas.

El propio Cleómenes encabezaría el numeroso ejército espartano, que tres semanas más tarde llegó por tierra. Cleómenes mandó observadores y vio las tropas atenienses esperándolos en Falero, un campo apto para la caballería tesalia.

Cleómenes formó sus falanges para la batalla frente a los macedones y una precipitada milicia ateniense, ambos ejércitos cerraron filas y los espartanos comenzaron su avance. La caballería tesalia salió desde detrás de las líneas atenienses y flanqueó el ala izquierda espartana, igual que hicieron durante la primera batalla de Falero, luego cargaron por detrás contra el ala derecha espartana, la misma ala donde se hallaba el propio Cleómenes, pero a una señal de este, los hoplitas de la séptima y la octava línea se volvieron hacia la caballería y cerraron filas.

Cleómenes no se dejó sorprender por la caballería ateniense. La caballería tesalia cargó contra la retaguardia de los espartanos, estos los esperaban y aguantaron el impacto, la falange había resistido, unos cincuenta tesalios yacían en el campo de batalla. Los tesalios vieron que no podrían hacer frente a los espartanos y decidieron volver al norte, a sus hogares, los escitas siguieron a los tesalios abandonando rápidamente el campo de batalla. La falange mercenaria ateniense,

formada por macedónicos no era rival para los espartanos, era consciente de ello y se retiraron ordenadamente a Atenas.

Hipias y sus mercenarios habían hecho acopio de provisiones previendo esta contingencia y se atrincheraron en la Acrópolis, su plan era sencillo, esperar a que el pueblo se cansara de la ocupación espartana y que se levantará contra ellos, ellos aguantarían en la Acrópolis hasta que eso ocurriera y ocurriría, Hipias ya había dado órdenes a la Hermandad para que empezará a crear ese estado de ánimo entre el pueblo una vez iniciado el sitio.

La llegada de los espartanos fue un acontecimiento en Atenas, todos habían oído hablar de los espartanos, todos habían escuchado historias terribles sobre su educación y su ferocidad en combate, pero muy pocos habían visto uno vivo, ahora había un ejército espartano ahí mismo, en Atenas, la gente salió a las calles a verlos con sus propios ojos, esos legendarios y temibles guerreros estaban en su ciudad, llegaron en perfecta formación, marcando el paso, marchaban como un solo hombre, con sus túnicas y capas escarlatas, en silencio entraron en Atenas.

El sitio comenzó, la acrópolis fue rodeada y la hermandad comenzó su trabajo, Atenas estaba tomada por los espartanos.

Los exiliados; Iságoras, Clístenes , Andrón y demás nobles volvieron a Atenas.

La hermandad comenzó a difundir que los espartanos pretendían instaurar una aristocracia como en el pasado, quería darle el poder a los exiliados, cosa que era cierta. El pueblo se indignó con los espartanos. Clístenes rápidamente de percató del plan de Hipias, la presencia espartana y de los exiliados lo favorecían, también le favorecía un largo asedio. y movilizó a Andrón. Andrón el héroe popular comenzó su labor, estaba en todas partes, hablaba con todo el mundo, ahora le adoraban más aún si cabe, Andrón proponía acabar con Hipias, Andrón proponía que una vez Hipias fuera muerto o expulsado se marcharan los espartanos, Andrón proponía que una vez que se marcharan los espartanos, el pueblo tomara el control, Andrón proponía la demos kratos, el poder para el pueblo.

Rápidamente calo en el pueblo por un lado lo que Hipias pretendía, que había que librarse de la ocupación espartana y por otro lado que había que instaurar la demos Kratos, ¿pero cómo?, ¿cómo obtenía el pueblo el poder?, ¿elegirían ellos al tirano?, todo eran dudas.

El asedio se prolongaba, las noticias del estado del pueblo se extendieron, Iságoras supo de los movimientos de Andrón, los interpretó como una jugada de Clístenes para ganarse el favor popular y proclamarse tirano, sí, él lo sabía desde hace años y ahora los hechos lo confirmaban.

Hipias también se enteró, su ánimo flaqueó y cometió un error, decidió evacuar secretamente a sus hijos de la acrópolis y mandarlos con su abuelo a Argos. Trató de sacarlos de noche, por los laberínticos túneles que regaban la acrópolis. Pretendió sacar a los niños por el barrio de Kollipos y abandonar la ciudad por la puerta Diomeia en Linme, rumbo al puerto de Falero. Quizá si hubiese sido una mera invasión de un ejército extranjero hubiese funcionado su plan, pero la cuestión es que los exiliados eran atenienses, conocían al dedillo los túneles y esperaban un movimiento de ese tipo, los hijos de Hipias fueron capturados.

Hipias negoció la rendición, aceptaba partir al exilio, se le suministró un trirreme que le llevó hasta la Jonia y de ahí puso rumbo a Sardes, Artafernes, el hermano de Darío y sátrapa de Lidia lo acogió en su corte.

El trirreme era el Búho de mar y su capitán Aristocles, Milcíades estaba metido también en el asunto.

Cleómenes dejó a los aristócratas en el poder y partió rápidamente para Laconia, Argos estaba atenta y el ejército espartano estaba lejos de casa.

Legalmente la tiranía era un órgano inconstitucional, aún seguía vigente la constitución de Solón.

El areópago ateniense elegía un colegio de 10 arcontes, uno por cada tribu tradicional. Uno de ellos los guiaba el arconte Eponymus, que daba nombre al año, Los tiranos durante su reinado nombraron al colegio de arcontes y estos gobernaron Atenas según sus designios.

La situación en Atenas estaba lejos de estar tranquila, Iságoras quería hacerse con el poder y eliminar las reformas de Solón que posibilitaban que los ricos pudieran entrar en el areópago ateniense, Andrón continuaba hablando entre el pueblo de demos kratos, el poder para el pueblo, Clístenes se mantenía al margen. La nobleza le debía la vida a Andrón, pues casi todos eran supervivientes de la batalla del Parnés, pero simpatizaban con las posturas de Iságoras, se celebró un pleno en el areópago para debatir la situación en Atenas y elegir los nuevos arcontes.

Abrió la sesión Polícrates, el último arconte eponymus impuesto por el finado tirano. Polícrates era un distinguido anciano con abundante pelo canoso, enjuto. Se dirigió a los presentes en tono pausado y sereno

—Señores, senadores, nobles todos, vamos a hacer un breve resumen de la situación actual de la ciudad. Como todos sabéis, esta augusta cámara de nuevo recobra su primacía en la vida política ateniense tras el paréntesis de inconstitucionalidad, largo periodo por cierto, que hemos vivido. La situación de la ciudad la podríamos calificar de incierta—hizo una pausa—es incierta en lo comercial pues

como todos sabéis los persas han ocupado la orilla europea de los estrechos, desde Bizancio hasta Macedonia, nuestro querido amigo y miembro de esta augusta cámara Milcíades, señor del principado Ateniense del Quersoneso, se ha visto obligado a someterse a los barbaros—los murmullos se adueñaron de la sala, Polícrates guardó silencio, poco después todos callaron—como estaba diciendo, nuestro valeroso Milcíades sigue permitiendo el libre paso de los cargueros atenienses con el grano vital para la ciudad proveniente del Ponto, pero los fenicios se han hecho con el control comercial de los territorios más occidentales, y de las islas del norte del Egeo, ahora nuestros barcos deben pagarles un peaje, lo que encarece nuestros productos en todos los mercados mediterráneos y hace a los suyos más competitivos. sí, ya lo sé, Egina y Corintio también se ven afectadas, pero en menor grado, Corintio se abastece mayoritariamente de sus colonias del sur de Italia y Sicilia y Egina, bueno, ¡son unos piratas!.

Iságoras interrumpió bruscamente.

—¡Todos sabemos que eso del comercio es un invento de los tiranos para tener contento al pueblo!, sin comercio no habría ricos comerciantes ni plutarcas, no habría reformas de Solón que abolir, ¡no tendríamos que aguantar a esa chusma de la demos!

Aplausos y gritos de aprobación interrumpieron a Iságoras, Clístenes observaba la escena en silencio, el viejo arconte añadió enérgicamente

—¡Llamo al orden a esta cámara!—poco a poco se guardó silencio, Polícrates continuó—esta es la situación en lo referente al abastecimiento de grano, con respecto al orden internacional, tenemos buenas relaciones con los persas, habrá que estudiar el impacto que para esas relaciones supuso la expulsión de Hipias, principal valedor de una alianza con Persia, parece que somos ahora unos buenos aliados de Esparta, lo cual nos podría colocar en un problema con Argos, buenos aliados también, nuestra alianza con Argos se basaba en los lazos matrimoniales entre Hipias y el tirano de Argos, Hipias reforzó la alianza ante un inminente ataque espartano. Esparta derrocó a Hipias ante la pasividad de Argos. Suponemos que pronto habrá guerra entre Argos y Esparta. Pasamos a Tebas, eran unos amigos y aliados hasta que Hipias de forma irresponsable apoyó a Platea en su conflicto con estos, ahora nos la tienen jurada.—hizo de nuevo una breve pausa y continuó—Paso ahora a las posibles actuaciones, propongo enviar una embajada a Sardes para tranquilizar a los persas, reafirmar nuestra alianza y conseguir una rebaja sustancial en los aranceles comerciales. Propongo enviar una embajada a Tebas para mejorar las relaciones con estos y con respecto a Argos, no nos interesa entrar en guerra a su lado, no nos apoyaron contra Esparta y no lo haremos nosotros tampoco—hizo una pausa,

todos escuchaban—continuó—en el orden interno, sugiero la disolución formal de los mercenarios del tirano, la creación de una guardia personal fue decisiva para la aparición de la tiranía, no habrá más ejército que la milicia—volvió a hacer una pausa, Clístenes observaba a Iságoras, continuó Polícrates—ahora si alguien quiere objetar mis propuestas.

Iságoras rápidamente tomó la palabra

—Señores, senadores, nobles todos, yo niego la legitimidad de este hombre, Polícrates, arconte puesto a dedo por el tirano, para dirigir esta sesión y propongo que se elija un nuevo colegio de Arcontes con un nuevo eponymus—la cámara rompió en aplausos y ovaciones y se aprobó la propuesta de Iságoras.

Los senadores rápidamente formaron dos facciones, un grupo minoritario en torno a Iságoras y una mayoría de indecisos, deudores de Andrón pero que apoyaban las tesis de Iságoras, Clístenes supo entonces que no sería Arconte eponymus, pero esperaba que en esta ocasión si jugaba bien sus cartas podría demorar la llegada de Iságoras al poder, pidió la palabra tras Iságoras

—Señores, senadores, nobles todos, Polícrates de forma sensata nos ha descrito la situación actual de Atenas aportando soluciones e Iságoras nos ha recordado que debemos elegir un nuevo colegio de arcontes ¿quién nos debe gobernar?, ¿quién debe de asumir afrontar los retos mostrados por Polícrates?, ¿Iságoras?, el mismo Iságoras que nos cubrió de gloria en la batalla del Parnés, el mismo Iságoras que quiere juzgar a mi hijo Andrón, al cual debéis la vida la mayoría de ustedes, no, no será Iságoras quien nos guíe, Atenas necesita tranquilidad, Atenas necesita moderación, Atenas necesita a Cefisofón.

Un silencio sepulcral invadió la sala, Iságoras estaba rojo de ira, sabía que había perdido.

El areópago nombró arconte eponymus a Cefisofón, un noble moderado, su primera y única medida fue disolver los mercenarios de Hipias.

Iságoras durante el año 409 a.C. reforzó su posición entre la nobleza, mientras Clístenes y Andrón atrajeron a su causa a la hermandad, antes al servicio de Hipias. La nobleza se escandalizaba cada vez más por las propuestas democráticas de Andrón.

Cefisofón no hizo nada de lo que realmente necesitaba Atenas, de apariencia robusta y bonachona, no tenía ni el carácter ni la determinación necesaria para imponerse a dos halcones como Clístenes e Iságoras, todas las sesiones del areópago de ese año terminaron aplazadas sin llegar a ningún acuerdo.

Iságoras no consiguió ser arconte por muy poco en 408 a.C.; otro moderado Dión fue elegido, de apariencia débil y enfermiza hizo exactamente lo mismo que Cefisofón, nada, las reuniones del areópago

nunca terminaban en un acuerdo, Atenas llevaba dos años sin gobierno, el grano y el comercio con el Ponto se encareció debido a los aranceles fenicios, los ricos comerciantes y plutarcas presionaban para desbloquear esta situación y comenzaron a pedir abiertamente el poder.

Clístenes vio claro el futuro, ahora casi todos los nobles estaban con Iságoras, en 407 a.C. el areópago lo votaría Arconte y trataría a abolir la constitución de Solón, trataría de volver al pasado. Comenzó una carrera frenética con Andrón por explicar al pueblo el nuevo sistema Democrático,

Clístenes proponía que el pueblo elegiría anualmente a los arcontes y no el areópago como ahora, sería el pueblo y no los ricos como dispuso Solón o los nobles como proponían Iságoras quien elegiría el colegio de arcontes, además sería el pueblo en asamblea quien haría las leyes, no el areópago y los arcontes, el pueblo en asamblea, los arcontes solo se encargarían de gobernar, la asamblea legislaría, además dispuso un nuevo sistema judicial y un nuevo sistema de división territorial para eliminar el poder de los clanes nobiliarios e impedir que pudieran influir en el voto.

El sistema expuesto por Clístenes era brillante, Iságoras aullaba como de costumbre, juraba que cuando fuera arconte purgaría a los demócratas.

Andrón se cuidó mucho de decir que el nuevo sistema de facto era otra meritocracia como la de Solón, pues sólo los ricos tendrían tiempo para dedicarse a la política, Diocles rápidamente se percató del detalle, los plutarcas y comerciantes vieron las posibilidades de la democracia y apoyaron la iniciativa.

Los temores de Clístenes se cumplieron, en una turbulenta asamblea celebrada en 407 a.C., Iságoras fue elegido eponymus del colegio de arcontes por mayoría absoluta, su primera medida fue abolir la constitución de Solón y proscribir el movimiento democrático, emitió órdenes de detención contra Clístenes y Andrón.

Pero la guardia mercenaria fue abolida por Cefisofón dos años atrás, por lo que Iságoras no tenía una fuerza que hiciera cumplir sus leyes, además era consciente que proponer al areópago la creación de un cuerpo militar para imponer las leyes del areópago sería interpretado sin lugar a dudas como un intento de instaurar una tiranía.

Clístenes y Andrón se refugiaban en la multitud que congregaban a diario en el ágora, lanzando incendiarios discursos contra el areópago y exigiendo la instauración de la democracia, las reuniones cada vez eran más populosas y los discursos cada vez más radicales.

Una tarde el propio Iságoras trató de desactivar estas reuniones

participando en una de ellas, estaba hablando Clístenes cuando exigió hablar ante el pueblo, Clístenes aprovechó la ocasión y le dio la palabra, el ágora quedó en silencio

—¡Pueblo de Atenas!—gritó altaneramente Iságoras —¿olvidasteis ya a Hipias?, sí, a Hipias, vuestro supuesto defensor, el hombre que os quería, el hombre que os sumió en un estado de terror y que si no es por mí, aún gobernaría esta ciudad, sí atenienses, yo os libré de un tirano y yo os libraré de otro, de ese—señaló a Clístenes —¿no veis que hace como Hipias?, os promete democracia para ganarse vuestro apoyo y así instaurar la tiranía, él, como yo y como Hipias es un noble, él quiere ser tirano, está clarísimo.

Una voz solitaria, posiblemente de algún miembro de la hermandad interrumpió el discurso.

—¡Es el padre de Andrón, quiere darnos el poder a nosotros!

Iságoras enrojeció de cólera.

¡Andrón, ese plebeyo impertinente que me dejó en ridículo!, ¡tendré su cabeza, como la de su padre!

La gente comenzó a abuchear a Iságoras.

—¡Queréis el poder, yo os enseñaré lo que es poder!

La multitud se abalanzó contra Iságoras, este huyó y se refugió en la Acrópolis.

El ágora de Psistrato o el ágora grande estaba situada al este de la acrópolis y del monte Pnyx, residencia del areópago. Hacía el norte limitaba con el Cerámico y el Colonos, dos barrios populares de Atenas. Al sur con el Barrio Shambonidai y el barrio de Kydathenaion El rio Eridanos cruzaba algo más allá de esta la ciudad de norte a sur.

Iságoras tenía un plan, envió un emisario a Esparta pidiendo ayuda a Cleómenes y heraldos por toda la ciudad informando de que había solicitado la ayuda de Esparta para restaurar el orden en la ciudad. El pueblo se asustó, el areópago estaba atemorizado, Clístenes decidió abandonar la ciudad junto a sus más fieles seguidores, los ahora líderes del partido democrático Andrón se negó a dejar Atenas, junto a él permaneció mucha gente.

Dos semanas más tarde se personó en Atenas Cleómenes y su guardia personal, cien espartitas de élite. Comenzó entonces el terror, Iságoras y los espartanos comenzaron a perseguir y asesinar a cualquier persona sospechosa de pertenecer al partido democrático, de nuevo las purgas políticas teñía de rojo las calles de Atenas.

Iságoras era conocedor de que Andrón permanecía oculto en Atenas, capturarlo se convirtió en su principal objetivo, así podría ajustar cuentas de una vez, sí, tendría una muerte lenta y sobre todo, muy dolorosa. Puso precio a su cabeza.

Andrón permanecía oculto por los miembros de la hermandad, todos los días se ocultaba en un punto diferente de la ciudad, pero el dinero de Iságoras era un fuerte incentivo para hombres de principios vagos y grandes ambiciones, pronto Iságoras supo donde encontrar a Andrón y él en persona con una pequeña escolta de espartanos se dirigió a apresarlo.

El destino a veces nos juega malas pasadas, eso debió pensar Iságoras cuando se topó con Andrón de bruces en una de las calles del cerámico, ninguno de los dos se lo esperaba, Iságoras lo imaginaba agazapado en su escondite, donde lo arrestaría, pero ahora estaba ahí, a cinco o seis metros de él, en plena calle y a pleno día ,¡qué desfachatez! él le haría suplicar por su muerte, sí, suplicaría que lo matara para así dejar de sufrir.

Andrón se sorprendió al encontrarse de frente con Iságoras y sus espartanos, dudo un segundo pero rápidamente reaccionó, echó a correr en dirección al Ágora. Iságoras mandó los espartanos tras él.

El conocimiento de la zona le permitió llegar al Ágora con cierta ventaja pero esta estaba repleta de comerciantes y compradores, a duras penas si podía avanzar y los espartanos pronto le dieron caza, ¿estaba todo perdido?, eso parecía, los espartanos comenzaron a llevárselo ante la atónita mirada de todo el mundo cuando una voz gritó.

—Es Andrón, nuestro defensor—acto seguido una coliflor impactó sobre uno de los espartanos.

La indignación se apoderó de la muchedumbre, gritos de ira y una lluvia de todo tipo de objetos hizo que los espartanos soltaran a Andrón y huyeran, Iságoras supo que esta vez Andrón había escapado, pero la próxima vez sería diferente.

Andrón aprovechó la oportunidad

—¡Pueblo de Atenas, si queremos la libertad cojámosla!—una aclamación unánime se elevó en el Ágora.

Andrón corrió tras los espartanos gritando

—¡Cojamos nuestra libertad!

La gente lo siguió en masa, Iságoras y su escolta llegaron a la Acrópolis seguidos por miles de atenienses que gritaban ¡Libertad!

Cleómenes, que disfrutaba en la acrópolis de las atenciones de Olympia no daba crédito a lo que veía, ¿cómo era posible? Iságoras y los espartanos se vieron encerrados en la acrópolis, como tres años atrás se vio encerrado en esta Hipias, Andrón rápidamente organizó el asedio, puso a un miembro de la hermandad al mando de cada grupo que controlaba los accesos a la acrópolis y mandó traer todas las panoplias posibles, pronto los piquetes se convirtieron en grupos de hoplitas totalmente pertrechados, mandó llamar a Diocles y a su padre Clístenes.

La súbita rebelión sorprendió a Cleómenes, ahora estaban sitiados por la milicia ateniense, miles de hoplitas totalmente equipados y organizados, ¿organizados por quien?, por el tal Andrón, un plebeyo, ¡había sido una revolución espontánea!, sí, el detonante había sido el intento de detención de Andrón, pero no estaba planeado, el pueblo ateniense quería la democracia y estaba dispuesto a luchar por ella.

—Quieren lucha, ya les daré yo lucha—pensaba Cleómenes.

Cleómenes sabía que en la situación actual no podía ganar, habría que negociar la rendición y luego ya habría tiempo para la venganza, se entablaron conversaciones, Andrón era consciente de que mantener el sitio podría suponer tener que recibir el ataque de un ejército espartano mandado para liberar a uno de sus reyes, así que accedió a que Cleómenes, sus cien espartitas, Iságoras y Olympia se marcharán de Atenas.

Comenzaron de nuevo las purgas, esta vez contra los aristócratas y partidarios de Iságoras, de nuevo las calles de Atenas se teñían de rojo.

Tres días después llegó Clístenes con los líderes del partido democrático, se convocó una asamblea popular y por aclamación se aprobó la primera constitución democrática de la historia. Acto seguido se crearon las nuevas tribus, diseñadas para impedir que fuesen manipuladas por la nobleza y la asamblea eligió el primer colegio de arcontes democrático, Andrón fue elegido arconte eponymus, Clístenes obtuvo la representación de su tribu.

La primera reunión del nuevo colegio de arcontes fue intensa y en ella se encontraron dos posturas antagónicas, Clístenes a petición del arconte eponymus Andrón hizo una valoración de la situación actual de Atenas

—Ciudadanos, la situación en nuestra ciudad dista mucho de ser idílica, por un lado tenemos a los reaccionarios partidarios de Iságoras conspirando para derrocar la democracia, por otro lado, tenemos los partidarios de la tiranía, estos conspiran para que vuelva Hipias, luego tenemos a Cleómenes de Esparta, está formando una coalición con nuestros enemigos para atacarnos, sabemos que tienen reuniones con Corintio, nuestra gran rival comercial junto con Egina, sabemos que tiene contactos con Tebas, enemiga declarada desde tiempos de la tiranía por el apoyo de Hipias a Platea y creemos que pueden estar tratando de atraer a su causa Calcis, en Eubea, una alianza mortal contra nosotros, acosados por el oeste por Esparta y Corinto, por el norte por Tebas y por el este por Calcis, hay que dedicar nuestros esfuerzos en frustrar estas alianzas, se enviarán embajadores a Corintio y Tebas, se ratificará la alianza con Argos

—Clístenes hizo una pausa, todos parecían coincidir con su análisis, continuó su exposición—Debemos además confirmar la alianza que Hipias tenía con Persia—un murmullo de indignación que pronto se convirtió en clamor invadió el plenario—ya lo sé, somos políticos y debemos nuestros cargos al pueblo y el pueblo odia a los persas, y los odia con razón, gracias a los persas debemos pagar por el grano a los fenicios, los persas además han sometido a nuestros hermanos jonios y es bastante probable que quieran someter a medio o largo plazo toda Grecia a su voluntad, pero seamos sensatos, somos políticos profesionales, debemos ser amplios de miras, es inevitable el advenimiento persa, debemos sacar partido de este hecho, como hicieron los fenicios y como hicieron nuestros hermanos de Mileto, ¡mirad Mileto!, la ciudad más importante del mundo griego, más populosa que Atenas, Corintio o Siracusa, su auge comenzó con la ocupación Lidia, supieron negociar con Creso y supieron mantener esas ventajosas condiciones con los persas de Ciro, como hicieron los fenicios, nunca Tiro, Sidón o Mileto han tenido el esplendor que tienen ahora con la ocupación persa. Podemos negociar ahora con Persia, cuando vengan y os aseguro que vendrán, estaremos a la cabeza de la nueva Grecia, no como vasallos, sino como aliados, tenemos la obligación de negociar por las generaciones futuras, además una alianza con Persia salvaría Atenas de las garras de Cleómenes, hace unas semanas estaba aquí mismo ¿Lo recordáis?, ahora está enviando emisarios a todos nuestros enemigos, una alianza con Persia resolvería el problema—hubo murmullos que no terminaron en un clamor de protesta, parecía que el argumento de Clístenes se había impuesto.

Andrón tomo la palabra en tono sosegado

—Querido padre, colegas arcontes, ha hablado el experimentado político, el hombre que nos ha guiado a la libertad, el hombre que ha logrado que hoy estemos aquí reunidos diez arcontes elegidos democráticamente por todo el pueblo de Atenas, además somos el primer colegio de arcontes elegidos democráticamente, el primero de la historia, nunca ningún pueblo hasta ahora hizo tal cosa, la gente nos eligió, la gente nos mira con detenimiento, no solo nos mira la gente, nos mira la propia historia. La gente no espera que hagamos lo mejor para ellos, la gente espera que hagamos lo que ellos harían y ellos nunca se someterán a un tirano, han logrado la libertad y tendrán que matarlos para arrebatársela, que no os quepa ninguna duda. La demos no permitirá una tiranía y si el tirano es un bárbaro, será inaceptable, ¿es que no lo veis?, no, no lo veis, no lo veis ustedes, no lo ve Iságoras, no lo ve Cleómenes, no lo ve Darío, el pueblo ateniense ha vivido oprimido durante miles de años y ahora por primera vez en su historia es libre, libre para decidir su futuro.

Compañeros, no olvidemos nunca una cosa ¡nosotros somos sus representantes no sus amos!, debemos recoger sus inquietudes y anhelos, sus esperanzas, alegrías, penas y desdichas y gobernar con ellas y para ellos, si Atenas quiere ir sola a la guerra, Atenas ira sola a la guerra, si Atenas odia a Persia, no habrá pactos con Persia, que esta actitud nos lleva al desastre, iremos al desastre, pero iremos hacia nuestra ruina por nuestra propia mano no por la mano de nadie y si perecemos, pereceremos luchando por nuestros principios y nuestra libertad, más vale vivir tres meses libres y en guerra que cien años esclavos y en paz—los aplausos de todo el colegio interrumpió su discurso.

Clístenes, un viejo zorro curtido en mil batallas políticas utilizó una vieja carta que siempre funcionaba, el consenso.

—Colegas arcontes, hijo, tenéis razón, más vale vivir tres meses en guerra pero libres que cien años en paz pero esclavos, pero, ¿y si con nuestra astucia evitamos la guerra y vivimos cien años en paz libres?, con astucia engañamos a Cleómenes para que expulsara a Hipias, ¿por qué no ser astutos?, démosles al pueblo lo que quiere, paz y libertad, a Persia le daremos una alianza, no quiero decir que la vallamos a cumplir, con esta alianza amedrentaremos a los espartanos, a los corintios y a los tebanos, ganaremos tiempo, tiempo para socavar esa coalición demoniaca, tiempo para corromper a sus miembros y desactivar el peligro, si todo sale bien, habremos ganado la paz manteniendo la libertad, si sale mal, poco importa si nos someten los persas o los espartanos.

El silencio se adueñó de la sala, Andrón añadió

—Secundo la propuesta de Clístenes, trabajaremos la astucia e inteligencia para tratar de conjurar los peligros contra nuestra patria, ya tendremos tiempo de luchar si todo sale mal.

La reunión finalizó y Clístenes se marchó con Andrón

—Muy inteligente hijo, pero espero que tengas una buena ristra de culpables para entregar sus cabezas a la asamblea—Andrón parecía desconcertado—si hijo, este juego en el que nos embarcamos ahora es sólo valido para estadistas y rufianes y si somos estadistas rufianes tendremos más posibilidades de éxito, el pueblo querrá tu cabeza cuando se firme una alianza con Persia.

Andrón no dijo nada, solo pensaba en las palabras de Clístenes «pero espero que tengas una buena ristra de culpables para entregar sus cabezas a la asamblea», ¡Clístenes había sido muy hábil!, como de costumbre, Andrón era el arconte eponymus, sobre él caería toda la responsabilidad, él era el héroe, el referente del pueblo, es la cabeza que pedirían, habría que andar con pies de plomo.

Se despacharon emisarios a Corintio, a Tebas a Argos y una embajada partió para Sardes, la encabezaba Polícrates, último arconte de Hipias, Andrón era consciente que Hipias estaba en Sardes, una embajada de gente de su confianza facilitaría las cosas ante los persas, Clístenes se mostró encantado de la idea e hizo que todos los componentes de la embajada fueran pro tiranos.

—Hijo, acabas de salvar tu cabeza—le dijo a Andrón escuetamente.

Clístenes y Andrón colaboraban mutuamente, pero también tenía actividades paralelas, Clístenes se reunió en secreto con Polícrates poco antes de partir para Sardes y le recalcó que había que conseguir un acuerdo con Persia a cualquier precio, fuese lo que fuese. Además, comenzó a enviar ingentes cantidades de dinero a Corintio para crear un partido democrático y corromper a sus dirigentes.

Andrón por su parte mantenía frecuente correspondencia con Milcíades y envió a Eunice y al pequeño Diocles al Quersoneso, Milcíades y Andrón temían más el peligro persa que la alianza que pretendía formar Cleómenes, Persia acabaría a la larga con toda Grecia mientras que si vencía Cleómenes impondría una oligarquía en Atenas.

El verdadero peligro estaba en Persia y solo Andrón, Clístenes y Milcíades parecían darse cuenta de ello, Cleómenes estaba ofuscado por la humillación sufrida en la acrópolis de Atenas y solo deseaba venganza, Clístenes quería un acuerdo con Persia, quizá se veía como tirano de Darío. Solo Milcíades y Andrón mantenían la actitud beligerante y encaminaban sus esfuerzos para derrotar militarmente a Persia.

La campaña escita enseñó a Milcíades dos cosas; que los persas

podían ser batidos y que con los tiranos en las ciudades jonias era imposible la rebelión.

La democracia daba una alternativa real a la tiranía, si los persas apoyaban a los tiranos y los tiranos perseguían a los demócratas, la democracia era enemiga de los persas y por lo tanto propensa a la rebelión, había que favorecer los movimientos democráticos en la jonia, Milcíades y Andrón se apoyaron en la hermandad para tal fin, esta comenzó a crear un estado de ánimo en las ciudades jónicas en la dirección que Milcíades deseaba, tiranía era sinónimo de ocupación persa, y democracia era sinónimo de libertad e insurrección contra los persas, ahora solo faltaba extender y consolidar este estado y cualquier chispa haría estallar la revolución.

Los acontecimientos de Atenas eran observados con minuciosidad en toda la Hélade, todos los griegos esperaban el desenlace de la cuestión ateniense, sabían de los movimientos espartanos y todos dudaban de la supervivencia de la democracia, esta sería asesinada en su propia cuna.

Andrón era consciente de este hecho, si quería una rebelión de todas las ciudades jonias contra Persia no solo bastaba con promover la democracia en esta, había que salvar la democracia en Atenas. Pero ¿cómo?, esa era la pregunta, Clístenes le había apuntado la solución, usando la inteligencia, sabía que Clístenes estaba mandando dinero a Corintio, seguramente para corromper a los dirigentes de la oligarquía filo espartana que regía Corintio. Sí, Corintio era la clave, Tebas era una amenaza menor que la liga del Peloponeso y en la liga del Peloponeso mandaba Esparta.

Corintio era la principal ciudad de esta liga, los corintios eran comerciantes, como los atenienses, ¿quiénes eran sus enemigos?, ¡Egina!, sí, Egina era la rival de Corintio, de hecho, los egineses eran pioneros en la utilización de moneda en las transacciones comerciales, el problema es que Egina también era enemiga de Atenas, para Egina sería muy buena una guerra entre sus dos rivales, lo que le interesaba a Corintio y lo que le interesaba a Atenas era la paz.

Calcis era rival comercial de Atenas, la eliminación de esta le daría todo el comercio con oriente, por eso seguramente se uniría a la alianza de Cleómenes.

Las embajadas a Tebas y Corintio fueron un fracaso, Argos ratificó su alianza con Atenas, la pequeña Platea, enemiga de Tebas también. Eretria, enemiga de Calcis se unió a Atenas. Solo Argos ofrecía un ejército poderoso pues la pequeña Eretria y Platea poco podía aportar.

Cleómenes de nuevo demostró ser el más hábil político de este momento, la experiencia de una guerra sagrada contra Hipias había

sido muy positiva, había permitido a Cleómenes deponer a un "amigo del pueblo de Esparta" e impedir que sus aliados le diesen amparo, Esparta había actuado siguiendo los designios de los dioses, ¿podría repetir la jugada?

Naturalmente, tenía un as en la manga, facilitado por Iságoras. El abuelo de Clístenes, Megacles, engañó a los seguidores del traidor Ciclón que se hallaban refugiados en un templo, para que salieran de este y fueron lapidados. Sus enemigos políticos aprovecharon este hecho para declararlo impío, alegaban que no había respetado el refugio sagrado que proporcionaba los templos de los dioses y lo desterraron, a él y a toda su familia a perpetuidad. Clístenes era nieto de Megacles, ¡había sido desterrado a perpetuidad por impío!, ya tenía Cleómenes otra guerra sagrada, nadie apoyaría a Atenas.

Por fin llegaron los embajadores enviados a Sardes, fue la primera vez que Andrón se sintió solo y traicionado por todos, traicionado por Milcíades, traicionado por Clístenes y traicionado por Polícrates.

Polícrates, el embajador enviado por Andrón a Sardes fue el último arconte de este, era fiel a Hipias y no a la joven democracia, con los poderes que le invistió el arconte eponymus y en connivencia con Hipias había rendido vasallaje en nombre de Atenas a Persia, le había dado la tierra y el agua al rey de reyes, ahora Atenas era formalmente un estado vasallo de Persia y atacar a Atenas equivaldría a atacar a Persia. Pero la traición de Polícrates fue más allá, los persas gustaban de poner tiranos en sus estados vasallos, por lo tanto, exigieron que en Atenas debía haber un tirano, pero no un tirano cualquiera, ese tirano debía de ser Hipias, Sardes exigía a Atenas que admitiera a Hipias como su tirano.

La noticia del acuerdo entre la embajada de Andrón y el rey de reyes precedió a la propia embajada, rápidamente los partidarios de Milcíades y de una guerra con Persia, comenzaron a hablar de traición y empezaron a pedir la cabeza de Andrón. Los partidarios de Clístenes, partidarios de una alianza con Persia, también pedían la cabeza de Andrón, ¡jamás aceptarían la vuelta de Hipias! Andrón se vio acorralado y acosado por su padre y su amigo y casi no tenía tiempo, los embajadores estaban en Mileto y en un par de días llegarían a Atenas.

¡Todos pedían su cabeza!, un emisario de Milcíades le informó de que el Búho de mar llegaría a Atenas poco antes que el barco de Mileto, podría exiliarse en el Quersoneso con Milcíades. Clístenes le ofreció exiliarse en Defos, en el santuario del propio Apolo, allí estaría en suelo sagrado y su vida sería respetada, ¡era el cabeza de turco!

Pero, ¿de verdad lo era?, él había enviado la embajada sí, pero él no era el embajador, él no negoció con los persas, fue Polícrates, el

último arconte de Hipias, un partidario del tirano, un traidor a Andrón y a la democracia, sí, él era el cabeza de turco de Clístenes y Polícrates era su culpable, rápidamente puso a trabajar a la hermandad y el pueblo ateniense encontró en Polícrates el traidor perfecto, el malvado amigo del tirano que traicionó a su patria entregándosela a los barbaros, un noble que quería acabar con un héroe del pueblo, Andrón dirigió la insurrección contra Iságoras, Andrón se casó con una altiva noble, Andrón era uno de ellos y nunca los traicionaría.

Llegaron los embajadores de Mileto y nada más bajar del barco una turba se abalanzó sobre ellos y los descuartizó allí mismo, el pueblo quería la sangre de los traidores, sus familias también siguieron su mismo destino, el tratado con Persia nunca sería ratificado en la asamblea.

Andrón había salvado la cabeza y había descubierto la cruda verdad, tus amigos de hoy pueden ser tus enemigos de mañana, que desdichado era, como necesitaba a Eunice, pero esta estaba en el Quersoneso, pensó en el búho de mar, aún estaba anclado en Falero, por un instante pensó en dejarlo todo y reunirse con ella, olvidar Persia, olvidar a Cleómenes, a Clístenes y a Milcíades, olvidar a Iságoras y a Hipias, solo él, Eunice y el pequeño Diocles, recordó con nostalgia y cierta ironía cuando era un anónimo plebeyo, recordó la conversación con su hermano Diocles años atrás, antes de partir por primera vez al Quersoneso, ¡cómo deseaba estar en primera línea y ahora!

La batalla del cruce

En 506 a.C. se volvió a repetir el colegio de arcontes, el problema seguía siendo el mismo, la liga antidemocrática capitaneada por Cleómenes estaba reuniendo un ejército, la clave era Corintio y los esfuerzos de Clístenes y Andrón iban encaminados en ese sentido, Clístenes además comenzó a tentar a Demarato, el otro rey Espartano, este, estaba a la sombra de Cleómenes, situación que le desagradaba pues era rey como este, Clístenes vio ahí una oportunidad y no dudó en aprovecharla.

Lo único cierto hasta la fecha era que cuando llegará la primavera el ejército del Peloponeso avanzaría sobre el Ática desde el oeste, los tebanos avanzarían desde el norte y Calcis desde el este, la tenaza aplastaría a la Atenas democrática de Clístenes y Andrón, todo lo demás hasta ahora parecía inútil.

Paralelamente, Andrón no descuidó la cuestión persa y continuó fomentando y apoyando los partidos democráticos en la Jonia, era curioso, ni Andrón ni Milcíades impusieron una democracia en las ciudades del Quersoneso, aunque aparecieron partidos democráticos, estos no fueron apoyados por ellos.

Llegó la primavera y llegaron noticias de movilización de tropas en el Peloponeso y en Beocia, ¡ya estaban en marcha!

Andrón tras la batalla del Parnés era el más reputado general ateniense, además era por segunda vez consecutiva arconte eponymus por lo que sus decisiones no se cuestionaron, decidió afrontar la fuerza más mortífera en primer lugar, el ejército de Cleómenes, de nada servía derrotar a Tebas y mermar sus fuerzas si luego tenía que vérselas con Cleómenes y sus espartanos, las mejores tropas hoplitas del mundo, era mejor luchar con sus fuerzas integras contra los peloponesios

Así se decidió, Clístenes promulgó un edicto por el que se daba la ciudadanía a todos los habitantes del Ática, así los ricos metecos podrían contribuir al nuevo ejército ateniense, Atenas consiguió movilizar unos 6000 hoplitas, compuestos por los restos de la nobleza que habían sobrevivido a las diferentes purgas, los comerciantes, principales valedores del partido democrático que se salvaron de las persecuciones de Iságoras y los nuevos ciudadanos. El ejército del Peloponeso se estimaba en 10000 hombres, unos 5000 corintios, 2000 hoplitas espartanos y 3000 hoplitas de diferentes ciudades de la liga del Peloponeso. El ejército aliado estaba al mando del mismísimo Cleómenes y su colega Demarato.

Asimismo, un ejército de 5000 espartanos se movilizó en la frontera entre Laconia y Árgolis, inmovilizando de esta forma el

ejército de Argos.

Andrón eligió un terreno en pendiente, un cruce de caminos cerca de la ruta norte, paso obligado para cualquier viajero que pretendiera acceder al Ática por el oeste. El terreno era favorable si el ejército enemigo venía del oeste, de hecho estaba a medio día escaso de la ruta que va al norte, a Beocia, un ejército enemigo que viajara de norte a sur por este sendero, si supiese que los atenienses están apostados en este punto podría maniobrar y en apenas medio día se habría apostado detrás de ellos con el terreno a su favor.

Los tebanos venían por la ruta norte, si los tebanos los descubrían estarían rodeados por los dos ejércitos. Andrón contaba con que los peloponesios y los tebanos hubiesen fijado el punto de encuentro en un cruce de caminos que había dos días más al sur, cruce que unía la ruta norte con la oeste y que iba paralelo a la costa directa a Atenas, su plan era sencillo, ocultarse en ese punto, esperar que pasasen los tebanos, luchar con los peloponesios, derrotarlos y luego atacar por detrás a los tebanos, con el terreno a favor pues desde ese punto a Atenas siempre la pendiente estaba a favor del que venía del norte, en este caso ellos, pues los tebanos habrían pasado ya de largo, estando entre el ejército de Andrón al norte y Atenas al sur.

Andrón envió exploradores al oeste y a la ruta norte para localizar y seguir los movimientos de las tropas enemigas, un ejército fue visto proveniente del norte, unos 500 hoplitas, ¡no podían ser los tebanos!, no, no lo eran, eran los hoplitas de Platea que acudían al socorro de Atenas.

Platea era consciente de que una vez derrotada Atenas, Tebas tomaría su ciudad, por lo que decidió que la mejor opción era luchar junto a Atenas, había pocas posibilidades, pero sola frente a Tebas no había ninguna.

La llegada de los platenses levantó la moral de la tropa, Andrón además tenía dudas sobre sus tropas, Clístenes por razones políticas había destruido el sistema tradicional de clanes, creando otro artificial para que no pudiera ser manipulado por la nobleza en las elecciones. En el sistema tradicional, las tribus al mando de sus nobles combatían juntas, vecinos con vecinos, hermanos con hermanos, todos en la misma línea, ser valiente o cobarde en combate sería visto por todos tus seres queridos, por todos tus conocidos, lo que favorecía al valor y perjudicaba a la cobardía. Con las tribus de Clístenes luchabas con perfectos desconocidos en tu línea, ¿se darían valor mutuamente o huirían al unísono a la primera contrariedad?

Andrón estaba con estas reflexiones cuando un mensajero de la ruta norte informó de la presencia de un gran ejército, unos 8000 hoplitas, que viajaba rumbo sur, ¡los tebanos!, de los peloponesios no había noticias, ahora había que ocultarse de los exploradores tebanos.

Para su sorpresa le informaron de que los tebanos no habían enviado exploradores, ¡claro!, para qué, daban por hecho de que los atenienses se refugiarían en su ciudad y no esperaban que estos salieran a campo abierto a plantarles cara, sí, los tebanos estaban confiados, pero con los peloponesios era diferente, estos irían igual de confiados sin duda, pero por sistema los espartanos siempre desplegaban exploradores, aunque fueran de maniobras en Laconia, seguían el manual y los procedimientos al pie de la letra y siempre estaban alerta.

Los tebanos pasaron de largo, Andrón envió exploradores al este ¿habrían desembarcado ya las tropas de Calcis?

Las horas pasaban, los tebanos continuaban rumbo sur y los peloponesios no llegaban.

Dos días después tuvo noticias, los tebanos estaban acampados en el cruce, como esperaba Andrón y poco después apareció el ejército del peloponeso.

Los atenienses formaron en el centro y en el ala derecha, los plateenses en el ala izquierda. Los espartanos formaron como de costumbre en el ala derecha, los corintios en el centro y los aliados peloponesios en el ala izquierda.

Desde las filas atenienses se escuchaban las flautas y cánticos de los dorios previos a la batalla, comenzaron a avanzar en orden de batalla y cerraron filas, los atenienses cerraron filas y comenzaron a avanzar hacía los aliados.

Algo sucedió, el centro aliado se detuvo, los corintios abrieron filas y rompieron en una exclamación de inmensa alegría, los atenienses se detuvieron cautelosos, los espartanos y resto de los aliados peloponesios hicieron lo propio, ¿Qué sucedía?

Para el asombro de los atenienses, espartanos y aliados peloponesios, los corintios comenzaron a retirarse y finalmente desaparecieron rumbo al Peloponeso. Los aliados recompusieron filas, ahora Cleómenes estaba en la derecha, Demarato en el centro y los aliados en la izquierda.

Los ejércitos ahora estaban equilibrados, 6000 atenienses contra 5000 aliados, pero había muchos espartanos, demasiados, pero era mejor ahora que antes sin duda.

Y de nuevo de produjo otro hecho insólito, otra vez el centro aliado abrió filas y se retiró, ¡se estaban retirando los espartanos de Demarato! Ante la partida de Demarato, Cleómenes no tuvo más remedio que ordenar la retirada

Andrón lo tuvo muy claro, había que aprovechar la ocasión, aún quedaban los tebanos y los hoplitas de Calcis, por cierto, ¿dónde estaban los eubeos? seguro ya desembarcaron en el Ática e iban al

encuentro de los tebanos, si atacaban a los tebanos podía verse atrapado por los eubeos, por otro lado, quizá pudiera derrotar a los tebanos antes de que estos llegaran, ¡había que encontrar al ejército de Calcis!, pero no podían esperar.

Ahora tenían ventaja, los tebanos esperaban la llegada de un gran ejército en su retaguardia, los peloponesios, pero en realidad llegarían los atenienses, el ejército tebano era mayor que el ateniense, cogerlos por sorpresa era fundamental.

Rápidamente puso en marcha la milicia de Atenas, a la vanguardia situó 3000 hoplitas con capas escarlatas y pintó sobre sus escudos la letra lambda de Esparta, de lejos parecerían los espartanos y no levantarían sospechas.

Clístenes permaneció en Atenas con una improvisada milicia compuesta por el pueblo llano y armado de forma irregular con palos, piedras, arcos y algunas lanzas y espadas, nada que pudiera hacer frente a un ejército hoplita en campo abierto, pero la lucha, si llegaba hasta allí, sería ante las murallas de Atenas, ellos estarían respaldados por estas y así tendrían alguna posibilidad de resistir, aun con un ejército irregular, pero, ¿resistir hasta cuándo?, no habría ayuda, no había esperanza.

Clístenes envió unidades de la marina ateniense rumbo norte para observar desde el mar los posibles movimientos de tropas, así supo de la presencia del ejército tebano en la encrucijada, no había noticias de Andrón y la milicia, pero tampoco había esperanza, tendrían que vérselas con los espartanos en campo abierto, ¡una locura!, ¡un suicidio!, quizá habría sido más sensato proteger la milicia en la propia Atenas, como seguro esperaba que hiciesen Cleómenes, pero ya era tarde, ya sólo quedaba esperar la llegada del ejército invasor.

Clístenes aún podría exiliarse, de hecho, el búho de mar de Milcíades aún estaba anclado en Falero, si esa opción era viable, incluso había cargado ya su equipaje de forma furtiva en el trirreme, por suerte los aliados no habían movilizado una flota, la flota Corintia estaba al otro lado de Grecia, estos no se aventuraban a medirse con la flota de Egina, isla que estaba a 25 kilómetros escasos de Atenas.

Egina no había tomado partido por ningún bando, pero la presencia de la flota corintia, su enemiga comercial, en sus aguas podría ser consideraba una agresión. Además, Egina estaba interesada en la caída de Atenas, también enemiga comercial suya, si esta era sitiada por tierra lo más probable es que se uniera a los aliados bloqueando el puerto de Atenas.

Clístenes era sabedor de estas circunstancias, una vez sitiada Atenas tendría que exiliarse y abandonar la ciudad a su suerte, Cleómenes e Iságoras habían ganado.

Los tebanos, al igual que los atenienses antes del derrocamiento de Hipias, nunca habían visto un ejército espartano, se contaban que marchaban como un solo hombre, que luchaban como un solo hombre, que eran unos terribles y magníficos guerreros.

Divisaron una columna acercándose al paso a su campamento, el ejército visitante no venía en formación de batalla, lo encabezaban miles de hombres vestidos de escarlata, solo podía ser Cleómenes, por lo que no se tomó ninguna precaución, ni siquiera se envió un heraldo a su encuentro.

La tropa y el séquito de los tebanos se agrupó en torno al camino de llegada de los espartanos, todos querían verlos, primero observaban maravillados a esa mancha escarlata, pronto se hicieron visibles y la gente comenzó a murmurar, ¡pues vaya!, ¡esos eran los famosos espartanos!, ¡pero si desfilaban peor que nosotros!, no llevaban en paso y cada uno llevaba la lanza y el escudo como buenamente podía.

Ya cuando comenzaron a entrar en el campamento tebano cundió la alarma, esos no podían ser los espartanos, escudos pintados chapuceramente, desfilando sin marcar el paso, llevando las armas de cualquier forma, no, no eran los espartanos, un oficial tebano se interpuso en el camino de la columna y gritó

—¡Alto!, ¿quiénes sois?

La columna se detuvo, uno de los supuestos espartanos se acercó al oficial y sin mediar palabra lo atravesó con su lanza, la masacre había comenzado.

Los atenienses rápidamente se dispersaron por el campamento tebano matando a todo el que encontraron.

Pero los tebanos tenían a la mitad de sus fuerzas haciendo maniobras en la playa, el repentino estruendo del campamento los hizo dirigirse hacia allí en formación cerrada, ahora habían cambiado las tornas, el ejército ateniense estaba disperso por el campamento tebano entregados a la masacre y al saqueo, no esperaban la inminente irrupción de los tebanos en formación cerrada, Andrón, que llegaba al campamento con la retaguardia ateniense y con las fuerzas de Platea vio el desastre que se avecinaba, envió heraldos al campamento, formó la retaguardia ateniense y a los plateos en formación cerrada, unos 2000 hoplitas.

Los tebanos vieron el movimiento de Andrón, rápidamente dirigieron sus falanges contra él, tenían una ventaja de 3 a 1, la victoria estaba próxima, además vieron los colores Platea en las filas atenienses, ¡mejor!, ese día acabarían con los atenienses y con los platéense a la vez, matarían dos pájaros de un solo tiro.

El choque de las formaciones fue brutal, los atenienses, pese a su manifiesta inferioridad numérica aguantaron el envite, pero, ¿hasta

cuándo?

Los heraldos de Andrón pregonaban la noticia en el campamento tebano, allí cundió el pánico entre los atenienses, muchos tiraron las armas y huyeron con el botín rumbo a Atenas, los tebanos supervivientes también huyeron, solo un grupo de unos 1000 hoplitas se organizó y se dirigió hacia la batalla, las cosas no podían ir peor, la superioridad numérica tebana se estaba imponiendo al coraje ateniense, los atenienses a duras penas mantenían la línea, pero eran empujados hacia atrás. Los 1000 hoplitas atenienses del campamento cayeron sobre la retaguardia tebana cogiéndola totalmente desprevenida, estos no sabían qué cantidad de enemigos les atacaban y rompieron filas, rápidamente el pánico se extendió por la falange tebana y esta de deshizo, la batalla estaba ganada.

Los fugitivos atenienses del campamento tebano llegaron a Atenas con noticias de la inminente derrota a manos tebanas, los detalles de la batalla enfurecieron al pueblo, ¿cómo se podía ser tan negligente?, por culpa de Andrón se había perdido todo, justo cuando los dioses les habían favorecido.

Pronto se vio aparecer un ejército en el horizonte, ¡los tebanos!, comenzaron a gritar, la noticia del desastre y la presencia del ejército hizo que se derrumbaran los defensores y estos huyeran en todas direcciones, Clístenes se dirigió a Falero.

Andrón entró en una ciudad desierta y rápidamente comprendió lo ocurrido, envió de nuevo heraldos por toda la ciudad, Atenas y su naciente democracia se habían salvado.

Las celebraciones de la victoria se prolongaron por días, Andrón convocó al colegio de Arcontes y fue directo al grano

—Señores, en la batalla del cruce contra los tebanos hemos sufrido muchas pérdidas, solo yo soy el responsable, debí prever un movimiento así de los tebanos, ahora he dejado a la ciudad sin apenas milicia, unos 4000 hoplitas y sin posibilidad de recuperación a corto plazo.

Todos miraron a Andrón, Clístenes añadió

—Hijo mío, sí, tienes razón, solo tú eres el responsable de este desastre, desastre para Cleómenes e Iságoras y sobre todo, desastre para los tebanos, cierto que hemos perdido más de la mitad de nuestra milicia, pero hemos salvado a Atenas y a la democracia, la salvaste tú Andrón—Clístenes hizo una pausa—además tengo una idea, es cierto que la clase hoplita se ha resentido, pero la plebe sigue siendo numerosísima, tanto que convendría fundar una colonia—Clístenes volvió a hacer un alto, pasados unos segundos de silencio sepulcral continuó—Calcis se unió a la alianza contra nosotros, por razones que desconocemos no acudió a la cita con sus aliados, pero no importa, nos da el pretexto para atacarlos en su propia tierra, si desplegamos la

milicia frente a su ciudad seguro la rinden sin presentar batalla, les podemos exigir lo que queramos, y lo que queremos en el sur de Eubea, allí fundaremos una colonia nueva donde asentaremos a los excedentes de la demos. Con ello conseguiremos dos cosas, quitar de las calles de Atenas a toda esa masa y conseguir más hoplitas, ellos son demos en Atenas, en Eubea serán propietarios y comerciantes, gente que se puede costear la panoplia, pasarán de ser un estorbo militar a formar parte del ejército, además, podemos darle la ciudadanía a todos los habitantes de las zonas ocupadas consiguiendo así más población y más hoplitas.

Todos permanecieron en silencio, el plan de Clístenes era soberbio, Atenas repondría así, de un plumazo, todas las bajas sufridas en su ejército durante los últimos años.

Andrón dirigió la expedición a Calcis, durante días se trasladó de Atenas a Maratón no sólo el ejército, sino también a los colonos de Eubea. El plan de Andrón era sencillo, desembarcar todo cerca de Calcis, para que los eubeos los viesen bien y dirigirse hacia ellos, estos no distinguirían entre los hoplitas y colonos, verían miles de atenienses y pensarían que todo el ejército de Atenas estaría allí, con esta estratagema pensaba rendir Calcis.

El ejército fue más bien escaso, unos mil hoplitas, se desconfiaba de Cleómenes, quizá tramara algo. Se reunieron 8000 colonos, los eubeos verían 9000 atenienses ante su ciudad.

Se eligió una playa cercana a Calcis para el desembarco, durante dos semanas estuvieron llegando transportes cargados de atenienses, los eubeos al aparecer la expedición buscaron refugio tras las murallas de Calcis, pero al ver como aumentaba día a día el contingente ateniense cundió el pánico, además eran conscientes de que estaban solos, Tebas había sido aplastada y de Cleómenes no se sabía nada. No tardaron en enviar embajadores a la cabeza de puente ateniense para llegar a un acuerdo, al fin y al cabo, ellos no habían enviado sus tropas contra Atenas.

Aceptaron todas las condiciones atenienses, se instauró una democracia en Calcis, también en su rival Eretria, la zona sur de la isla de Eubea paso a manos atenienses, allí se asentaron los colonos atenienses y a la población de estas regiones se le concedió la ciudadanía ateniense.

Andrón volvió triunfante a Atenas sin haber desenvainado la espada. Días después recibieron una embajada de Corintio, sí, Corintio adoptó la democracia justo cuando Cleómenes preparaba su expedición, los sobornos de Clístenes y los esfuerzos de la hermandad hicieron que los comerciantes y plutarcas de Corintio agitaran y dirigieran a la demos a la revolución expulsando a la oligarquía pro espartana. Corintio ahora estaba en manos de comerciantes que no

veían con buenos ojos la destrucción de Atenas por dos razones, la primera era que su destrucción favorecería a Egina y la segunda es que se podía negociar con los atenienses, también comerciantes y demócratas, por eso Corintio retiró sus tropas de la alianza de Cleómenes.

Cleómenes trató de cubrir la ausencia corintia con su propio ejército y el de Demarato. Pero Clístenes había pensado en esto y pidió a Argos, sus aliados, que hicieran maniobras con todo su ejército frente a Laconia. Demarato volvió a Laconia por la amenaza de Argos y quizá aquí también tuvo que ver algo Clístenes y el dinero ateniense, las tropas de Argos favorecieron esa decisión.

Clístenes ya no podía hacer más, el ejército peloponeso era ahora la mitad, aun así era temible y si Cleómenes decidía marchar contra Atenas se podrían unir a los tebanos y a los Eubeos.

En este contexto Andrón, desconocedor de todos estos hechos decidió salir al encuentro de Cleómenes, Clístenes sabía que el ejército ateniense sería mayor, con diferencia, del que dirigía Cleómenes, pero existía la creencia de que un ejército espartano nunca había sido derrotado a campo abierto.

Cleómenes se encontró con la mitad de sus fuerzas, con los argivos movilizados frente a Laconia y con otra democracia, esta vez en una ciudad aliada, Corintio.

Una situación explosiva, demasiado peligrosa para dejar el Peloponeso, había que asegurar la supremacía de Esparta en la región, ya habría tiempo de ajustar las cuentas a los atenienses. Se canceló la expedición.

Andrón ahora conocía la verdad, ¡qué tiempos aquellos en los que dos ciudades zanjaban sus diferencias en un llano y luego volvían rápidamente a la cosecha!, ahora la batalla era el final de un largo juego de intrigas, sobornos y engaños, un juego en el que Clístenes era un maestro.

Milcíades también era un experto en juegos de inteligencia, lo que sucede es que mientras Clístenes mantenía una partida contra Cleómenes de Esparta, el hombre más poderoso de Grecia, Milcíades la jugaba contra Darío, el rey de reyes, señor de los cuatro confines del mundo, el hombre más poderoso del mundo.

Andrón no se presentó las siguientes elecciones, en 505 AC, Clístenes fue elegido Arconte eponymus, sería elegido en este cargo año tras año hasta su muerte.

Andrón se retiró de la vida pública y se fue con Eunice y el pequeño Andrón a la propiedad que tenía Milcíades cerca del Parnés, allí salía a cazar con el pequeño Diocles utilizando el método secreto de los Filaidas y durante algunos años fueron muy felices alejados de todos los asuntos.

La manzana de la discordia

499 a. C. Monte Parnés, Ática.

Andrón y su hermano Diocles llevaban años sin hablarse. Diocles casi no había parado en Atenas durante ese tiempo. La joven democracia había favorecido hasta límites insospechados a los comerciantes atenienses. Diocles aprovechó la oportunidad para aumentar su fortuna y la coyuntura internacional parecía favorecer sus intereses. Darío gobernaba su imperio de forma aterradoramente eficiente, parecía que de momento se había olvidado de la expansión territorial, quizá aún lamía las heridas de su campaña escita. Para culminar esta anómala situación de paz, los griegos no peleaban entre sí, Tebas no se había recuperado de su reciente derrota en el Ática, Argos estaba recobrando su antiguo poder militar ante la vigilante mirada de Esparta, Esparta tampoco quitaba ojo a la joven democracia corintia, Corintio permanecía fiel a Esparta, seguía dentro de la liga del Peloponeso, pero Cleómenes de Esparta aún recordaba la deserción de estos unos años antes ante los atenienses, además eran una democracia controlada por comerciantes, ¡cómo Atenas!, ¿quién le podría asegurar que no cambiaban de bando y se unirían a los áticos? El hecho es que había paz en Grecia y había paz en el imperio persa.

La paz favoreció el comercio y Diocles aprovechó para extender su red comercial por la Jonia y las comunidades griegas de Chipre, ambas bajo dominio persa y con creciente presencia fenicia. Además, consiguió contactos con comerciantes de Crotona y Siracusa, al otro lado del mundo, en la Magma Grecia.

—Bueno hermano, me alegro mucho de verte, ¿cuánto tiempo ha pasado?, estás más gordo y ya te clarea el pelo—dijo Andrón mientras abrazaba a Diocles

Andrón era más joven que Diocles, más alto y musculoso, un joven guapo con una mirada triste, Diocles era el típico mercader orondo.

—Tú sigues igual, fuerte y delgado. Sí demasiado tiempo hermano, yo casi no paro en nuestra ciudad y tú nunca vas —respondió Diocles

—Sí, es cierto, llevo seis años sin ir a Atenas, tu sobrino va con frecuencia, es un joven idealista que se ha enamorado de la democracia—añadió con cierto pesar Andrón.

—Sí, se parece mucho a ti, aún recuerdo el día en que viniste a casa para decirme que partías con Milcíades a Tracia, estabas lleno de ilusión y esperanzas.

—Cierto, era joven e impetuoso, algo mayor que mi hijo Diocles, luego la vida me enseñó su cara amarga.

—También te enseñó su cara dulce.

—Sí, pero sólo lo hizo cuando estaba lejos de mi ciudad, por eso no he vuelto a mi amada Atenas, pero dejemos eso, cuéntame cosas del mundo.

La petición sorprendió a Diocles.

—Bueno, en Naxos estalló la revolución y se proclamó la democracia, los aristócratas huyeron a Mileto y días después Aristágoras partió a Sardes—Diocles detuvo su relato y miró a su hermano, este meditaba sobre sus palabras.

—Conozco a Aristágoras—añadió Andrón como para sí mismo —luche junto a él en la campaña escita, sí, le conozco muy bien, seguro que trama algo malo para Naxos.

—Bueno, el tiempo dirá, durante mi visita a Chipre me encontré con Hecateo de Mileto.

—¿El historiador?

—El mismo, estaba de regreso de un largo viaje por el imperio persa, incluso dice haber viajado mas allá, ¡me encanta ese tipo!, busca explicaciones a los acontecimientos históricos alejadas de los dioses.

—Si Mileto fuese una democracia no me cabe ninguna duda de que lo acusarían de impiedad, los individuos de forma aislada atienden a razones, pero cuando se unen cuatro personas ya no razonan y se vuelven viscerales.

—¿Todavía te culpas por lo de los embajadores de Sardes?

—No, ya no me culpo, tomé una decisión errónea y luego no tuve más remedio que actuar como actué, pero todos me traicionaron, Clístenes, Milcíades, ¡el pueblo pedía mi cabeza!, en fin, ya paso.

—Entiendo, la turba despedazó a los embajadores y a su familia —añadió Diocles

—¡Exacto!, la multitud no razona.

—Lamentablemente tienes razón Andrón, Hecateo sería condenado por impío, por cierto, ¿recuerdas a Heráclito?

—¿Ese filósofo que afirma que todo cambia, que nada permanece estable?

—¡Bien!, pues apareció otro diciendo justo lo contrario, un tal Parménides, un pitagórico discípulo de Jenófanes de Elea

—Explícate

—Este dice que el ser es y el no ser no es.

—Lógico, no ha descubierto nada.

—Bueno, él cree que sí, él cree que no existe la pluralidad pues el ser es único.

—Valla, cuéntame cosas más ligeras.

—¿Conoces las columnas de Heracles?

—Eso está más allá de la Magma Grecia

—Mucho más allá, pues allí había un imperio llamado Tartesios que ha desaparecido.

—Es el sino de todos los imperios, los persas supongo que desaparecerán con el tiempo

—Sí, todo cambia por mucho que Parménides se empeñe en negarlo—sentenció Diocles.

Se abrió la puerta y entró el joven Diocles, algo más alto que su padre Andrón, delgado y fuerte, se notaba que estaba en la plenitud de su juventud, era un joven apuesto de largo cabello.

—¡Tío!, ¿cuánto tiempo?

—¡Sobrino!, que alto estás, estás hecho un hombretón.

—Ya terminaste tus viajes.

—Bueno, de momento parece que sí, aunque esas cosas no se planean, quién sabe.

—Me encantaría viajar y conocer mundo.

—Eres igual que tu padre, él decía eso mismo no hace mucho.

Eunice, la madre de Diocles, esposa de Andrón y hermana de Milciades irrumpió en la estancia, seguía estando delgada y bella, sin duda por su rústica vida junto a Andrón, se dirigió a su marido.

—Andrón, vi a tu padre ayer, está muy mal, creo que pronto morirá.

—Tendremos que ir a Atenas, es cierto que teníamos diferencias, pero le debo mucho a Clístenes.

Al día siguiente Andrón, Eunice y los dos Diocles llegaron a Atenas, el hermano de Andrón, Diocles, se dirigió a su casa del Cerámico, Andrón y su familia se dirigieron a casa de Clístenes, en la zona noble de la ciudad.

Atenas había cambiado desde la última vez que la vio Andrón, era mucho más populosa, la paz y el comercio habían traído gentes de todo el mundo griego, era una ciudad de oportunidades y todos los vividores y gente con pocos escrúpulos de Grecia acabaron en el Ática, Atenas era populosa, sucia e insegura. Andrón no estaba contento con lo que veía.

Clístenes los recibió cálidamente, seguía siendo arconte, un año más, su deterioro físico era notable y causó una grave impresión en Andrón. Afortunadamente parecía que aún tenía las ideas muy claras. Eunice se marchó con las mujeres de la casa y Andrón y Diocles permanecieron con Clístenes.

—Hijo, parece que me has leído el pensamiento, tenía pensado hacerte llamar, tengo que pedirte un favor

—Claro padre, ¿de qué se trata?

—En Naxos se ha instaurado una democracia, eso ocurrió a principio de año y debido a mi estado de salud no hemos enviado

embajadores aún, quería ir yo personalmente, nos interesa muchísimo conseguir acuerdos comerciales con ellos, todas nuestras rutas comerciales hacia la jonia pasan por Naxos, además tienen un ejército poderoso y una armada considerable, serían un excelente aliado contra esos piratas de Egina. Son los naxios quienes mantienen las rutas comerciales limpias de piratas con su flota. No podemos olvidar tampoco que Naxos tiene abundantes recursos naturales que podríamos explotar, es famoso su vino y su mármol verde con vetas blancas.

Clístenes miró a Andrón, este parecía dudar

—¿Qué sucede hijo?

—Padre, tengo un mal presentimiento con Naxos, no sé, los aristócratas se refugiaron en Mileto, allí gobierna Aristágoras, un personaje sin escrúpulos al que conozco bien. ¿Sabes que partió poco después a Sardes?

—Entiendo, crees que trató de convencer a los persas para que restituyan a los tiranos en Naxos.

—Él solo se movilizaría si creyera que puede sacar partido a la situación, dinero ya tiene de sobra, creo que quizá se postule él mismo como tirano de Naxos, ¡tendríamos a los persas a las puertas de casa, aquí mismo en la Cicladas!

—Ya empezamos con vuestra obsesión por una invasión persa, Milcíades y tú siempre estáis con lo mismo. Darío se marchó tras la ocupación de los estrechos, ya esta mayor, no creo que vuelva.

—¿Seguro?, otro persa al que también llamaban el Grande, Ciro, el fundador de la dinastía, murió en combate contra los escitas, y ¡era un anciano!

—Más razón si cabe aún para que viajes a Naxos, solo podemos ir tú o yo, somos los iconos de la democracia y nos tendrán en cuenta, tómatelo como un viaje de placer, ve con tu hijo Diocles, llévate contigo Megacles, tu hermano.

Andrón dudó un momento

—Está bien iré a Naxos y llevaré a Megacles y Diocles conmigo.

Una semana más tarde Andrón, Diocles y Megacles llegaron a Naxos. Fueron recibidos en el puerto por una multitud que ansiaban conocer a Andrón, el hombre que fundó la democracia, el hombre que plantó cara al temido Cleómenes de Esparta, el hombre que derrotó a los tebanos, el hombre que conquistó Calcis, un semi dios, un mito viviente.

Naxos era una ciudad impresionante, el comercio la había hecho florecer, construida en torno a su acrópolis, con un puerto natural amplio y fácilmente defendible, tenía unas magníficas murallas bien conservadas.

Nada más desembarcar fueron alojados cómodamente para que descansaran del viaje.

Aprovecharon la tarde para visitar el ágora, el centro de la vida en cualquier polis griega, esta estaba repleta de tenderetes donde los comerciantes exponían sus productos, era similar al ágora grande de Atenas, salvo que la proporción de los tenderetes de orientales era mayor, había fenicios, iraníes y egipcios. Se notaba que Naxos era un territorio fronterizo —primero llegan los comerciantes, luego llegan las tropas—pensó Andrón con cierta amargura.

A la mañana siguiente, Andrón fue conducido a la casa de Filisto, arconte de Naxos, allí le esperaba todo el colegio de arcontes. Presentó sus credenciales como embajador de Atenas y una propuesta de tratado comercial con Naxos.

—Bienvenido oficialmente a Naxos, Andrón de Atenas, esperábamos hace tiempo un embajador de la cuna de la democracia, pero esto nos halaga en grado sumo, Atenas nos envía a uno de sus padres, a un héroe.

Andrón esperaba algo parecido a eso.

—Nosotros solo fuimos los primeros, la llama de la libertad arde en el alma de todos los griegos y era cuestión de tiempo que esta abrasara a los tiranos, al igual que nosotros, ustedes expulsasteis a vuestros opresores, fuisteis ustedes solos sin ayuda de nadie, al igual que hicimos nosotros unos años atrás.

—De todas formas tus hazañas te preceden. Luchaste contra los espartanos, derrotaste a los tebanos, invadiste Eubea.

—Fue ese fuego que prende el alma de todos los griegos y no yo quien nos dio ese impulso decisivo, fuego que arde en el pecho de los naxios al igual que en los atenienses. Corintio sintió sus llamas y abandonó a Esparta en el mismísimo campo de batalla. Recuerdo bien ese día, avanzaban los dorios entonando sus cánticos bajo el son de sus orquestas, una experiencia aterradora por cierto, los espartanos marchaban con una precisión mortal, todos como un solo hombre, cantando con una sola voz, ¡espeluznante!, cuando un grito de júbilo rompió las filas corintias, estos se dieron media vuelta y desaparecieron. Luego se marcharon los espartanos y tras ellos el resto de los aliados peloponesios. Nosotros asistimos boquiabiertos a estos hechos.

—Es muy emocionante, espero que en la cena me cuentes más detalles de esta y el resto de tus batallas.

—Esta es la única batalla agradable que libré y es agradable porque vencimos sin luchar, no murió nadie. Ninguna muerte es agradable.

—Bueno, entiendo—Filisto cogió la propuesta ateniense y la expuso a sus colegas.

Los arcontes naxios estudiaron la propuesta con detenimiento. Andrón esperaba en una sala contigua, una hora después entro Filisto.

—Hemos estudiado la propuesta de Atenas y tenemos una pequeña duda, ¿qué nos ofrecéis por la exclusividad?

Andrón se quedó perplejo ante la pregunta, exclusividad, monopolio, eso no estaba en sus planes, quizá tampoco estaba en los planes de los naxios, ¿qué nos ofrecéis por la exclusividad?, eso significa que había otras ofertas aparentemente ventajosas para Naxos y querían que Atenas la mejorara para sacar mayor partido ¿Ofertas de quien? Pensó en los fenicios, sí, los fenicios se mostraban muy activos en el Egeo, pero los griegos los odiaban, a ellos, sus enemigos comerciales tradicionales y a sus señores los persas, los mismos que habían sometido a sus hermanos de la Jonia, los mismos que habían sometido a sus hermanos de los estrechos. Los mismos que obligaban a pagar aranceles abusivos a los griegos libres y tributos desorbitados a sus vasallos griegos. No, no habría exclusividad con los fenicios, sí comerciarían con ellos, pero no en exclusiva.

Bueno, solo había que aplicar la lógica, tendrían que ser los corintios o los eginetas, o ambos, a Corintio le quedaba algo lejos pues su zona de influencia era occidente, pero quizá hubieran decidido iniciar la expansión comercial hacia la jonia y los ricos mercados asiáticos. Si era Egina, sería terrible para Atenas, rodeada por Egina y Naxos, ambas con considerables flotas de guerra, mejor no pensarlo.

—Debo consultarlo a Atenas, lo mismo se demora la respuesta, —respondió Andrón.

—Entiendo, —replicó el naxio—si lo deseas, serás mi huésped.

—Acepto encantado.

Andrón tenía en mente resolver un par de asuntos antes de volver a Atenas, ¿quién quería la exclusiva?, conociendo este dato se sabría si era una seria amenaza para Atenas. Además, seguía con la intuición de que su antiguo camarada de armas y amigo Aristágoras tramaba la ruina de los naxios, recordó la visita previa del fenicio Magón a Milcíades, poco antes de la campaña escita, sí, el imperio ya tendría que estar movilizando sus tropas si planeaba una expedición en la zona, los jonios, como vasallos del gran rey, tendrían que aportar barcos y tropas, preparativos que serían visibles, ¡claro!, Milcíades, siempre Milcíades, su gran cuñado, era vasallo de Darío, tendría que aportar barcos y tropas, él conocería detalles, quizá no supiera contra quien se preparaba la expedición, pero seguro que estaba convocado en algún lugar en determinada fecha, si era así, Naxos tendría serios problemas.

Inmediatamente envió dos mensajeros en sendas naves, uno hacia el Ática y el otro hacia el Quersoneso tracio, señorío de Milcíades.

Andrón, Diocles y Megacles paseaban por el ágora, sólo podían esperar la respuesta de Atenas y la de Milcíades, de todas formas Andrón pensaba que ahí mismo, en el ágora estaba la respuesta a todas sus preguntas, seguro que estaban allí mismo los negociadores de la potencia desconocida que pretendía un acuerdo en exclusiva con Naxos, quizá un comerciante egineta, uno corintio, alguien que tuviera un tenderete en el ágora, conocedor de la realidad naxia. Lo mismo ocurría con los persas, si verdaderamente pretendían una invasión, seguro que ya habrían enviado a sus agentes para evaluar las fuerzas enemigas, con la ventaja de que serían apoyados y guiados por los partidarios de los exiliados, sí, eso era seguro, en el ágora estaba la solución a todas sus preguntas, sólo tenía que mirar e interpretar correctamente lo que veía.

Comenzó a inspeccionar la comunidad asiática, los fenicios eran mayoría, observó con cierto estupor que todos los comerciantes asiáticos pasaban por un tenderete en concreto, ¿casualidad?, lo dudaba, abría que estar pendiente de ese tenderete.

También estuvieron en el puerto de Naxos, los navíos eginetas y corintios eran fácilmente reconocibles, solo tenía que esperar a alguno y seguir a los comerciantes que descargaran mercancías de estos, ese día no llegó ningún barco ni de Egina ni de Corintio.

Andrón casi no veía a su anfitrión, el arconte naxio se dedicaba enteramente a su trabajo y apenas paraba por casa, mejor, así tendría tiempo suficiente para sus pesquisas, volvieron al foro, al tenderete fenicio, de nuevo se produjo el desfile de mercaderes orientales, y curiosamente, ¡griegos engalanados al estilo oriental!, recordó la afición que tenía la nobleza ateniense de ponerse prendas persas, ¡eran nobles naxios!, ahora no le cabía ninguna duda, el propietario de esa tienda era un espía persa.

De nuevo en el puerto de Naxos no arribó ningún barco de Egina ni de Corintio, estuvo observando la distribución del puerto, una gran cala con dos playas naturales, la playa mayor, casi enfrente de la salida al mar, era el puerto comercial, al fondo de la cala, había una playa pequeñita donde los naxios astutamente habían construido su puerto militar, cubierto y oculto del mar abierto por el brazo de la cala y alejado del puerto comercial. Ese brazo de la cala, un gran risco elevado, proporcionaba además un lugar idóneo para instalar observadores y defensas ante un eventual ataque al puerto de Naxos, se apreciaban varios puestos de vigilancia y una pequeña fortaleza.

Poco antes de que oscureciera, visitaron las murallas de Naxos, accedieron libremente a ellas, eran unos extraordinarios miradores solo superados por la acrópolis.

Naxos como Atenas, no tenía un cuerpo militar profesional, las

unidades profesionales permanentes llevaban inexorablemente a la tiranía por lo que si alguna vez tuvieron alguna fue disuelta con la democracia, como sucedió en Atenas. El primer edicto que se promulgó tras la expulsión de Hipias fue la supresión de su guardia mercenaria.

La armada de Naxos tenía un retén compuesto por ciudadanos elegidos por turno, en la práctica nunca le tocaría a un rico comerciante servir de remero. Con este reten Naxos ponía diariamente tres trirremes en alta mar y cubría los puestos esenciales de vigilancia del puerto y de acceso a la zona militar de este.

Los arcontes se turnaban mensualmente para comandar esta fuerza permanente.

Naxos, como todas las ciudades griegas, confiaba su defensa a los milicianos hoplitas .

Los ciudadanos menos favorecidos económicamente servían en la infantería de marina si podían pagar el equipo o de remeros si no tenían recursos.

Andrón pensó en este modelo, tarde o temprano Atenas tendría que abordar la construcción de una armada, como mínimo como la de Naxios. El comercio ateniense se veía constantemente amenazado por los piratas eginetas, la propia Egina estaba a 25 kilómetros escasos de Atenas, bueno, esa opción ya se trataría.

Las murallas de Naxos eran impresionantes y estaban bien conservadas. Naxos se situaba en un extenso valle, la parte este de la ciudad daba al mar y estaba cubierta por su puerto y la cala que lo albergaba, al norte estaba la acrópolis y al sur y al oeste se extendía el amplio valle donde se asentaba la ciudad. La ciudad tenía dos puertas, una al sur y otra al oeste y Andrón dedujo que como en Atenas, su acrópolis debía de poseer un laberinto de pasadizos que salían de la ciudad.

Andrón miró detenidamente la acrópolis, la fortaleza pelágica, así llamaban los atenienses a su acrópolis, Atenas, una ciudad cuyo origen se perdía en la noche del tiempo. Los pelagios, los antiguos moradores de Grecia, asiáticos, como los persas, fueron sometidos por un pueblo griego, los aqueos, estos y los pelagios formaron un nuevo pueblo de habla griega, este pueblo derrotó a los troyanos, Agamenón era el líder de este pueblo y Menelao, el rey de Esparta, era el marido cornudo de Elena de Troya. Luego llegó otro pueblo de habla griega, los dorios y sometieron casi toda Grecia, sólo Atenas se salvó de la invasión, Atenas, las islas orientales, como por ejemplo Naxos y la Jonia, allí estaban los descendientes de los héroes homéricos, allí y no es ese villodrio que se asienta cerca de las ruinas de la otrora floreciente ciudad de Esparta, sí, la Esparta de hoy era Doria, allí ya no vivía ningún descendiente de Menelao, bueno, quizá los esclavos,

fuese como fuese, los atenienses eran los auténticos griegos descendientes directos de los héroes de Troya, a diferencia del resto que eran Dorios.

Estaba Andrón con estas reflexiones cuando fue interrumpido por Diocles.

—Padre, mira el horizonte—Diocles señaló al sur, Andrón se volvió en esa dirección alejando de su vista y de su mente la fortaleza pelágica y la Grecia de Homero—¿y si los persas acamparan ahí?

Andrón pensó esa inquietante posibilidad.

—Si yo fuera los persas acamparía un poco más al este, allí, en aquella playa podría el campamento base, luego desplegaría el ejército tras aquellos campos de cultivo, así impido la entrada de mercancías a la ciudad y tengo espacio suficiente para las maniobras de mi caballería, haría lo mismo en la otra puerta y pondría un destacamento de caballería tras la acrópolis, por supuesto el puerto lo bloquearía. Luego a esperar que la ciudad me plante batalla campal. Los persas tendría ventaja pues los griegos luchamos con infantería pesada hoplita, demoledora en el cuerpo a cuerpo pero muy lenta ya que marchan en formación cerrada, con estos espacios tan amplios, diezmaría la falange griega antes de salir de los campos de cultivo con los hostigadores, arqueros y caballería de proyectil. Luego me retiraría rápidamente a aquellos montículos—señaló unos montes bajos al final del valle y si la falange me sigue continuaría acosándolos. Si llegan finalmente a los montes, cosa que dudo muchísimo, los flanquearía con los hostigadores por un flanco y la caballería por el otro mientras los lanceros persas aguantan el envite de la falange. Pensad que la falange griega cargaría cuesta arriba, imaginad, con toda la panoplia recorrer esa distancia y luego cargar contra la línea enemiga cuesta arriba, y además constantemente hostigados. Si los griegos huyen, en cualquier fase descrita, se lanzaría tras ellos la caballería persa.

—¿Y si tuvieras que defender Naxos?, —añadió Filisto.

Andrón, Diocles y Megacles miraron sorprendidos al Arconte

—Lo siento, os estaba buscando para tratar un asunto y no pude evitar oír el planteamiento de esa hipotética batalla—se excusó Filisto.

Andrón miró a Diocles y a Megacles—anda iros a visitar aquel templo—señaló un templete que había cerca de la muralla, en el interior de la ciudad.

Los jóvenes marcharon briosamente.

—La hetairiai local, la hermandad—dijo Filisto escrutando a Andrón.

—Entiendo—respondió con cautela Andrón.

—Tengo noticias preocupantes de Mileto.

—Prosigue, te lo ruego Filisto.

—Bueno, el modelo ateniense no sólo fue seguido en nuestro sistema de gobierno, observamos con detenimiento las maniobras de Clístenes en Corintio y con Demarato . Observamos el magistral uso que se hizo de la hermandad, no solo por Clístenes, sino por Milcíades y tú mismo en la jonia, fomentando a través de esta los partidos democráticos. Las hetairiais de Mileto, incluso las que trabajan para Aristágoras son partidarias de la democracia y nos han hecho llegar informes de forma regular.

Clístenes utilizó las hetairiais para derrocar a la oligarquía pro espartana de Corintio e instaurar allí una democracia. Gracias a ello los corintios se retiraron del campo de batalla frente a las tropas de Andrón. Andrón y Milcíades las utilizaron para promover partidos democráticos en todas las ciudades griegas vasallas del gran rey, pero ellos sólo iniciaron el movimiento, este de forma autónoma se extendió como la pólvora por todas las ciudades griegas, los comerciantes y las hetairais fueron el medio de transmisión de la democracia que pronto prendió en el alma de los griegos.

Andrón observaba detenidamente a Filisto, delgado, nervioso, con ojos pequeños y penetrantes con un brillo de triunfo.

—Aristágoras recibió a los exiliados y estos fueron escuchados, luego Aristágoras partió para Sardes—informó Filisto quien hizo una pausa para observar la reacción de Andrón.

—Conozco esa noticia, los comerciantes de toda Grecia la transmiten.

—Creo que conoces algo más, o por lo menos lo sospechas, la hermandad me informó de que cuando enviaste un mensaje a Atenas partió otro para Milcíades, tu cuñado y vasallo persa. Se me informó de tus paseos por el ágora y de tu interés por cierto comerciante fenicio sospechoso de ser un agente persa. De tus visitas al puerto y ahora estas en la muralla describiendo un hipotético despliegue persa y su plan de batalla.

Andrón estaba perplejo, Filisto observaba las reacciones del ateniense.

—Con estas pruebas se diría que eres un agente persa… yo pienso que estas aquí para defender a tu patria, yo pienso que estas evaluando nuestro sistema defensivo, creo que sabes o ves muy probable que los persas van a atender las suplicas de los exiliados, creo que piensas que una expedición persa no se detendrá en Naxos, crees que todas las Cicladas serán sometidas. Las Cicladas, Eubea, sí, el sur de Eubea es territorio ateniense, la ocupación de Eubea supondría la guerra con Atenas. Creo que Atenas nos envió su mejor general porque teme un ataque persa, las Cicladas y Eubea son la antesala del Ática y defenderlas es defender a Atenas.

—¿Supongo que tienes una proposición?—preguntó Andrón.

—Naturalmente—sonrió Filisto—¿no viniste por un acuerdo comercial?

—Cierto, y existe la posibilidad que todo lo que me has contado sean solo conjeturas.

—Por supuesto, pueden ser solo rumores ¿qué mensaje te enviaría Milcíades?

—Pues que está bien y me preguntaría por su hermana y su sobrino o quizá me diga que el rey lo ha movilizado, le ha pedido su flota y 2.000 hoplitas y que debe compadecer a principios de junio en Mileto.

—Ese mensaje de Milcíades parece que sería crucial

—En efecto, pero el tiempo jugaría en nuestra contra, habría que actuar ya mismo.

—¿Y qué habría que hacer?

Andrón miró la vasta llanura donde minutos antes había imaginado un despliegue persa, recordó la acrópolis y el puerto de Naxos, recordó una vieja pregunta que se hacía Milcíades durante la campaña Escita, ¿Cómo vencer al ejército persa?, una panda de lanceros pesados como los hoplitas frente a un ejército combinado diseñado para infligir muchísimas bajas antes del choque, y su gran movilidad, con una llanura como aquella no se les podría derrotar.

Andrón reflexionaba sobre esto cuando cayó en la cuenta, la movilidad era la clave, los hoplitas eran lentos y pesados, pero letales en el cuerpo a cuerpo, los persas eran ligeros y veloces, necesitaban espacio para hacer maniobrar su caballería, necesitaban espacio para sus hostigadores y arqueros, cuerpo a cuerpo los hoplitas vencerían, miró la inmensa llanura frente a Naxos, no, no habría batalla contra en ejercito persa ahí, habría que estar loco.

—Yo si fuera tú me prepararía para un largo asedio.

—¿Un largo asedio?

—En este terreno nunca ganaremos a los persas, solo venceremos si los forzamos al cuerpo a cuerpo y con este terreno no lo buscarán, nos diezmaran de lejos y luego nos aplastaran.

Filisto sonrió, Andrón ya se identificaba con los naxios y hablaba en primera persona.

—Entonces ¿cómo actuar ante esa eventualidad?

Andrón reflexionó unos minutos mirando hacia el mar

—Tendríamos que evitar a toda costa luchar en esta llanura, la lucha en las calles de Naxos nos será más ventajosa, el terreno urbano favorece el cuerpo a cuerpo y es ahí donde reside nuestra única ventaja—Andrón miró el interior de Naxos—sí, es la única posibilidad, pero tiene una terrible desventaja, nosotros mismos.

—¿Nosotros mismos?

—Si nuestra moral es elevada y no tenemos distensiones

internas, les ocasionaremos tales bajas que su dispositivo quedará inutilizado, simplemente tendrán que levantar el sitio por falta de efectivos. Ese sería el mejor escenario, siempre que nos asalten, si nos sitian, bueno, una ciudad sitiada es presa fácil de los rumores.

—¿Qué harías entonces?

—Comenzar a acumular alimentos, requisar todas las cosechas y almacenarlas en la ciudad, pero desde ahora mismo, en un sitio la falta de alimento decanta el conflicto. Fuentes de agua, apostar centinelas, hay que evitar que sean envenenadas por agentes persas. Una población que sabe que tiene alimentos y agua abundantes resiste un asedio. Los orientales de Naxos deben ser expulsados, así echaremos a muchos espías y partidarios persas y nos quitamos bocas que alimentar. El partido aristocrático, es sospechoso de colaborar con los disidentes, por lo tanto, debemos considerarlo pro persa, ¿cuántos arcontes aristocráticos tenemos?

—Cuatro

—Son muchos, casi la mitad del colegio, debemos excluirlos de estos planes, este plan debe ser iniciado en secreto, de manera inmediata, la hermandad, debe estar informada y colaborar con nosotros.

—¿Pero cómo?

—Una demostración, en mi honor, movilizaremos la milicia, la haremos practicar para un desfile y unos ejercicios militares en honor de Andrón, héroe de la democracia. Una fiesta para agasajarme, con eso justificaremos el acopio de alimentos, nadie reparará de entrada en que son unos preparativos excesivos para un homenaje y para cuando lo hagan ya sabremos que traman los persas.

Filisto convenció al colegio de arcontes de la celebración del homenaje a Andrón, un desfile, maniobras militares, una gran fiesta, era lo que los naxios necesitaban tras la convulsa situación política que acababan de superar, esa misma tarde se aprobó el decreto en la asamblea, la hermandad favoreció y fomento la aprobación de la propuesta.

Esa noche Megacles y Andrón abordaron el tema de la sucesión de Clístenes.

—Andrón, soy un mes menor que tú y Clístenes me trata como a tu hijo Diocles

—Cierto, los padres siempre ven muy jóvenes a sus hijos.

—Estoy preocupado por la sucesión, ¿cómo se articulará nuestra familia?

—Se avecinan tiempos difíciles para Atenas, mucho me temo que más pronto que tarde tendremos que plantearnos la cuestión persa.

—Si negociamos con ellos pueden ser buenos tiempos

—¿Lo ves?, tenemos opiniones distintas, eso favorecerá a la familia, Clístenes me enseñó que todo esto es un juego, Clístenes me enseñó que la única forma de no perder en un juego es jugando en los dos equipos.

—Entiendo, yo apoyaré a los que quieren negociar con los persas y tú a los que quieren la guerra.

—Exacto, así estaremos en los dos bandos y venza el bando que venza, nosotros siempre prevaleceremos.

—¿quién será el cabeza de familia?

—Como tú has dicho nos llevamos un mes, tú eres hijo legítimo, yo soy adoptado, Clístenes y yo queremos que seas tú, ya traté con él el asunto antes de retirarme.

—Entiendo.

—Megacles, vas a tener que hacer cosas que no te gustarán.

—Lo sé

—¿Quiero que hagas una cosa?, cuando recibamos el mensaje de Milcíades, coge a Diocles y vuelve a Atenas.

—¿Estás seguro de que habrá guerra?

—Sí, la habrá, aquí comienza la defensa de nuestra patria.

Al día siguiente la milicia comenzó su instrucción en las vastas llanuras de Naxos, Diocles fue incorporado a la línea a petición de Andrón, Filisto le facilitó una panoplia, la armadura completa

Paralelamente, los graneros y despensas de Naxos comenzaron a llenarse. Desde ese primer día se pusieron centinelas en las tres fuentes de la ciudad, nadie entendía muy bien el motivo, pero tampoco nadie lo preguntó, estaban muy ocupados con los preparativos de la fiesta y sus quehaceres diarios.

Dos semanas más tarde la ciudad había llenado todos los almacenes disponibles con víveres, incluso se habían alquilado barcos de transporte que rebosaban alimentos.

No llegaban noticias de Tracia, la gente comenzó a preocuparse, ¡dos semanas de instrucción militar!, eso era inaudito, por norma general la instrucción era como una fiesta mensual que duraba tres o cuatro días, la clase hoplita, o sea, los ricos de la ciudad olvidaban sus obligaciones diarias, se cubrían con la panoplia y durante tres días eran soldados, para muchos era una liberación, un descanso de sí mismos, pero dos semanas, era una exageración.

Luego estaba el acopio de alimentos, la vigilancia de las fuentes, era evidente que los arcontes estaban preparando a Naxos para una guerra, mejor dicho, para un sitio, ¿pero de quién?

Llegaron noticias por medio de mercaderes de que en Mileto se estaba concentrando una flota persa, unas 200 naves, para Andrón estaba claro que era la fuerza invasora pero los informadores anunciaban que el destino de esta fuerza era Tracia, nadie en Naxos desconfiaba de los persas.

Andrón se encontraba en el puerto realizando maniobras con los encargados de tensar la cadena que cerraría la salida de la cala en caso de ataque cuando recibió un aviso urgente de Filisto, se dirigió a casa de este y allí lo esperaba con un hombre, llevaba pantalones y un jubón acolchado, era un marinero fenicio.

—Andrón, tenías razón, mañana, la flota persa que está en Mileto, esa que va a Tracia, vendrá aquí, a Naxos.

Andrón miró al mensajero

—¿Por qué nos cuentas esto?

—No tengo reparo en responder —añadió tranquilamente el fenicio— mi señor Megabates, primo del Rey, ha sido insultado y cuestionado por Aristágoras, el primo de Darío desobedecido por un griego, un griego impertinente que incluso ha negado su autoridad en público.

—Entiendo...

Andrón recordó una cena en el Quersoneso, una cena presidida por Darío, en ella Milcíades, el anfitrión, junto a Andrón y a un oficial espartano impuesto por Cleómenes, se sentaron en la mesa presidencial, junto a los notables persas y junto a dos griegos, Histieo y su primo Aristágoras, los milesios, recordó como los persas despreciaban a estos griegos, ¡claro, la envidia!, que mala era la

envidia, sí, no cabía ninguna duda, Aristágoras se consideraba el jefe de la expedición, pero los persas designaron comandante al primo de Dario y Artafernes, Megabates, ¿una bicefalia?, lo dudo, cada uno se considera comandante en jefe y habrán chocado en mil cosas, ¿por qué Megabates los avisaba?, por envidia, seguro que Aristágoras ante los continuos enfrentamientos con el persa solicitó la intervención de Artafernes, primo de Megabates y hermano de Dario y sátrapa de Lidia, este debió apoyar a Aristágoras y Megabates despechado trata de arruinar la misión,

—Excelente— pensaba Andrón—, muy buenas noticias.

El sitio de Naxos se produjo como Andrón había previsto. Los griegos no plantaron batalla en campo abierto y los persas no asaltaron las murallas de Naxos, el puerto fue bloqueado y los asiáticos fueron expulsados de la ciudad.

Andrón pretendía que estos informaran a los persas de los preparativos de los Naxios para el combate y de que disponían de abundante agua y alimentos.

Andrón fue nombrado por la asamblea comandante en jefe de las fuerzas armadas naxias.

Una vez completado el cerco, Aristágoras solicitó una entreviste con el comandante naxio, daba por hecho que pese a los preparativos, los naxios se rendirían al ver el despliegue persa.

Se celebró la entrevista y Aristágoras se encontró frente a Andrón, sabía por medio de la inteligencia persa que estaba en Naxos y sospechaba que los preparativos eran cosa suya, pero, ¡lo había nombrado su jefe!, Aristágoras supo que Naxos no se rendiría.

—Amigo Andrón, ¿cuánto tiempo?, ¡mi camarada de armas!, pero estas en el bando equivocado, deberías estar aquí, junto a mí y tu cuñado Milcíades—Andrón miró atónito, Milcíades estaba junto a Aristágoras y a un persa malhumorado, Megabates—como en la campaña escita, ¿la recuerdas?

—Claro que la recuerdo amigo Aristágoras, fueron tiempos felices.

—Sí, es cierto, fueron tiempos felices. He seguido tu carrera con detenimiento amigo, llegaste a la cumbre en Atenas, la salvaste de los espartanos, derrotaste a los tebanos, conquistaste Eubea, dime ¿por qué dejaste el poder?

—Para mí el poder no es un fin en sí, es un medio para conseguir un fin, la democracia, salvar mi ciudad, una vez logrado ese fin el poder me pareció algo despreciable y lo abandoné, de hecho, lo abandoné todo, me fui con mi mujer y mi hijo al campo.

—El poder es el fin en sí y no el medio, tú lo has saboreado, has mandado hombres en la batalla, has decidido sobre el destino de tu ciudad, quien prueba eso no vuelve a ser el mismo, tú lo sabes, pero bien, aquí estamos, tu sitiado en Naxos y nosotros aquí, sabemos cómo va a terminar esto, ¿recuerdas la conversación entre Darío y Milcíades? ¿Recuerdas cuando Milcíades dijo que había que saber de dónde sopla el viento?, Darío respondió que el viento siempre sopla de oriente, aquí esta Milcíades, a favor del viento, con los persas, sabes lo que va a pasar.

—Naturalmente que sé lo que va a pasar, nada, no va a pasar nada, tengo espías, como tú. Sé que esta expedición la sufragan los exiliados y no la corona persa, que quiere decir eso, yo te lo diré, tus fondos son limitados, una vez se terminen, tendrás que marcharte, sé que Persia no pondrá ni una moneda en esta expedición.

Andrón calló, miró a Aristágoras, miró a Milcíades y miró a Megabates, un brillo de triunfo se percibía en los ojos del persa, Andrón vio el reflejo, Milcíades vio el brillo en los ojos del asiático, Aristágoras también lo vio, supo de donde había obtenido Andrón la información, supo que su destino estaba unido a la expedición, si fracasaba sería destituido.

—Como te decía, amigo Aristágoras, no va a pasar nada, yo no

sacaré mi ejército de Naxos, tú no asaltarás la ciudad, sabes que en el cuerpo a cuerpo la ventaja es de la falange y tengo más hoplitas que tú, agotarás el dinero y te marcharás, sabes que es cierto.

Aristágoras comprendió el plan del persa, sus rencillas personales habían prevalecido, había informado a Andrón y este los esperaba, además seguro que habría convencido a Artafernes para que no apoyara económicamente la expedición, sí, eso era, él pagaría los gastos, era un paseo militar, eso prometió Aristágoras al sátrapa persa, ahora las cosas se complicaban, ya no sería un paseo, haría falta más dinero que no saldrían de las arcas persas, fracasaría y sería depuesto, ya no mandaría en Mileto.

La reunión terminó y el sitio continuó, Aristágoras veía como día a día su tesoro menguaba. Estaba condenado al fracaso, pero podría hacer algo, recordó en sus fantasías a un esclavo enviado por Histieo desde Susa unas semanas antes, llevaba un mensaje oculto en el cuero cabelludo, al pelarlo al cero pudo leer una sola palabra, revélate.

Ya habían pasado tres meses de sitio y la situación no había variado, los naxios no se rendirían, Megabates se jactaba públicamente de que destituiría al milesio de su cargo, en un momento de desesperación Aristágoras organizó una cita secreta con Milcíades y Andrón, una nueva conspiración estaba en marcha.

La reunión tuvo lugar al amparo de la noche, en el sector custodiado por las fuerzas del Milcíades, Andrón llegó al campamento de Milcíades como un invitado, saludo a muchos de los soldados que se encontró, habían servido juntos tiempo atrás, durante la campaña escita, le sorprendió que todo el mundo no se sorprendiera de verle, cierto es que eran griegos como él o los naxios, pero también es cierto que sabían que él era el comandante en jefe enemigo, algún traidor podría avisar a los persas.

Llegó a la tienda de Milcíades e inmediatamente uno de los centinelas le hizo pasar, allí se encontraban Milcíades y Aristágoras charlando animadamente.

Milcíades saludo efusivamente a su antiguo pupilo y tomaron asiento, Aristágoras se dirigió severamente a sus interlocutores.

—No me voy a ir por las ramas, sabéis que he fracasado, ese bárbaro mal nacido ha arruinado la expedición, mi tío quiere que me rebele contra los persas y sé que ustedes deseáis la ruina de los medos , ¿cómo lo hacemos?

Andrón miró a Milcíades, este parecía reflexionar.

La ruina de los medos, ¿cómo causar la ruina de los persas?, Aristágoras era consciente de que Milcíades y Andrón ya trataron de sublevar a los jonios contra Darío durante la campaña escita, ¡y casi lo

consiguen!, Histieo lo evitó in extremis recordándoles a todos que debían su cargo a Darío, y no solo porque los puso de tiranos, sino porque garantizaba su continuidad en el cargo, sin Dario, habría conspiraciones en sus ciudades, como sucedió por ejemplo en Atenas, debían su cargo y su permanencia en él a los persas.

—Para mí está claro que los señores de la jonia no van a secundar una rebelión—dijo Milcíades como para sí

—No, no la secundaran, todos estuvieron en la campaña escita y ya viste lo que pasó—añadió Aristágoras con pesar.

—Hay un factor nuevo, apuntó Andrón.

—Cierto, un factor con el que no contábamos durante la campaña escita—señaló Milcíades animado.

—¿Qué factor es ese?—preguntó Aristágoras.

—La democracia—respondió Andrón.

Aristágoras miró desconcertado a Milcíades y Andrón, ambos callaron durante unos instantes

—Desde que triunfó la democracia en Atenas hemos favorecido e impulsado la creación de partidos democráticos en todas las ciudades griegas—informó Andrón

—Seguro, desde la campaña escita comprendimos dos cosas, la primera es que Persia es el gran enemigo del mundo libre, por lo tanto, no había que escatimar esfuerzos en arruinar sus proyectos y la segunda es que mientras las ciudades griegas tuvieran señores, no se podría organizar una alianza contra los persas—continuó Milcíades.

—Atenas como estrategia de guerra, fomentó las democracias en el Peloponeso cuando se vio amenazada por la coalición de Cleómenes de Esparta. Fue un éxito, Corintio expulsó a la oligarquía pro espartana y adoptó la democracia, sus soldados se retiraron de la guerra en el mismo campo de batalla, yo lo vi pues yo estuve allí —añadió Andrón

—Era el camino a seguir, por ello además de favorecer y crear partidos democráticos en todas las ciudades griegas en general, en la jonia asociamos la democracia con la independencia y la tiranía con la opresión persa—continuó Milcíades.

—Entiendo—dijo sobresaltado Aristágoras— la revolución democrática es la única posibilidad para fomentar una rebelión contra Persia, y ahora, ahora tenemos una oportunidad de oro.

Milcíades y Andrón miraron extrañados a Aristágoras

—Sí señores, una oportunidad única, ahí están—señaló hacia el campamento persa—todos los señores de la jonia, no sería difícil capturarlos—explicó entusiasta Aristágoras

—No, aquí no podríamos hacerlo, están movilizados, esperando entrar en batalla, alertas, además medio ejército es asiático, fenicios, egipcios, asirios, persas, medos—puntualizó Andrón.

—La flota persa de la zona está aquí en pleno, nos podríamos también hacer con ella y dominaríamos el mar—añadió Milcíades como pensando en voz alta.

Aristágoras sonrió, había conseguido involucrar a Andrón y Milcíades en su conjura.

—Es evidente que cuando llegues a Mileto, Artafernes te destituirá y designará otro tirano, quizá ya lo tenga todo decidido pero a los persas les gusta seguir todas las formalidades, desembarcaréis en Mileto, partirán los asiáticos, después los griegos y luego serás cesado, así pues tenemos tres días, llegada a Mileto, día siguiente partida de la flota fenicia con el ejército asiático, y partida de los griegos a sus polis al siguiente día. En esos dos días debemos capturar a los señores de la jonia y consolidar la democracia en Mileto. Tenemos que buscar un líder carismático entre los milesios que los guíe hacia la democracia —esbozó Andrón

Milcíades y Aristágoras reflexionaron sobre este plan durante un rato, el silencio se adueño de la tienda y los sonidos de la noche se hicieron latentes.

Aristágoras rompió el silencio

—Está claro que yo seré quien lleve a Mileto a la democracia —guardó silencio y miró a Andrón y a Milcíades

Estos asintieron, pensaron que lo importante era iniciar la revuelta, si esta tenía éxito, poco importaba que forma de gobierno había en Mileto y si fracasaba tampoco importaría mucho.

—Bien, entonces y recapitulando, llega la flota a Mileto, la mayoría son barcos de guerra griegos, de los jonios, los fenicios aportaron todos los cargueros y algunos barcos de guerra. Al día siguiente parten los cargueros con los asiáticos y su escolta, quedan en Mileto las tropas griegas y los señores de la jonia, casi toda la flota de guerra que tiene el imperio en el mediterráneo estará en el puerto militar de Mileto, en ese momento, este día es clave, lo llamaremos día A, al día siguiente partirán los jonios y sus flotas, quedando en el puerto militar una pequeña guarnición persa y unas diez trirremes milesias para el control de la piratería—expuso eficientemente Milcíades

Aristágoras miró sobresaltado a Milcíades, tenía muchos datos sobre la operativa y distribución de fuerzas de Mileto

—Coincido contigo Milcíades, ese día A es crucial, una vez se marchen los asiáticos debemos apoderarnos de la flota y de los tiranos de la jonia—añadió Andrón.

—Y una vez conseguido este objetivo, yo proclamaré la democracia en Mileto y remitiremos a los tiranos a sus respectivas ciudades, bien encadenados por supuesto, allí los recibirán los partidarios de la democracia, esto será en el segundo día, el día B

—continuó Aristágoras

—Sería conveniente movilizar a los partidos democráticos y prevenirlos, deben actuar nada más tener noticias del día B, el día B será el inicio de la revolución democrática en toda la jonia, el día B será el día de la revuelta jónica—sentenció Milcíades.

Ese mismo día, en los barcos que partieron hacia Mileto por suministros para el ejército imperial, viajaron varios agentes de Milcíades con órdenes de transmitir las consignas a los cabecillas de los grupos democráticos de toda la jonia.

Megabates estaba tan obsesionado con su venganza sobre Aristágoras que no se percató de la conspiración, solo pensaba en el día de la destitución de este, se relamía pensando en la ruina del milesio y no dudaba en alardear de ello ante los oficiales persas de la expedición.

En Atenas se observaban los hechos con preocupación, eran conscientes que Naxos era solo el primer objetivo de una campaña mayor, los persas volvían a ponerse en movimiento y esta vez atacaban las islas Cicladas, el escudo natural del Ática y Eubea, los demócratas más radicales, dirigidos por los intermediarios de Milcíades proponían el envío de un cuerpo expedicionario ateniense a Naxos, proponían la guerra abierta con Persia.

Clístenes seguía pensando que luchar abiertamente con Persia era un suicidio, pensaba que la negociación era la solución, pensaba que el advenimiento persa era inevitable y había que tomar ventaja y convertirse en los mejores aliados de los persas, como hicieron los fenicios .

Este tipo de alianza es la que buscaba Clístenes para Atenas, daba por hecho la invasión persa y la derrota griega, había que aceptar lo inevitable y sacar ventaja ahora, como hicieron los fenicios.

En la asamblea se propuso el envío de un cuerpo expedicionario, Diocles, el hermano de Andrón, instruido por los hombres de Milcíades, tomo la palabra

—Atenienses, hermanos, lo estáis viendo, nuestros hijos los naxios, una democracia como la nuestra, unos griegos como nosotros, están siendo atacados por los bárbaros. Sí, por los bárbaros, los mismos que someten a nuestros hermanos de la jonia, los mismos que someten a nuestros hermanos de los estrechos, los que nos cobran aranceles por lo que es nuestro, los que nos quieren imponer al odiado Hipias, sí, a Hipias, quieren que el tirano Hipias vuelva a gobernar en Atenas, nosotros lo expulsamos y ellos nos lo quien imponer, nos imponen sus tasas, nos imponen al tirano, someten a nuestros hermanos jonios, ahora quieren someter a Naxos, ¿se pararan ahí?, no, vendrán aquí, vendrán aquí a someternos no lo dudéis, mi hermano Andrón—hizo una pausa y el pueblo comenzó a corear su nombre durante unos minutos—mi hermano Andrón ya está allí, luchando por Naxos, luchando por Atenas, luchando por vosotros, él, como en el pasado, lucha por Atenas, lucha por su gente, él, nuestro mejor general ya combate a los bárbaros, como combatió a Hipias, como combatió al rey de Esparta, ayudémosle, vallamos en su ayuda, salvemos Naxos de los bárbaros.

Un clamor desbordó el ágora grande de Atenas, el pueblo quería salvar a Andrón de los bárbaros, el pueblo quería la guerra con ellos, quería liberar a Naxos de su asedio, quería liberar la jonia de su yugo, querían el libre tránsito por los estrechos.

Clístenes comprendió que no podía oponerse a ese sentimiento,

pero quizá si podría evitar que la asamblea mandara una expedición a Naxos.

Clístenes pidió la palabra, el presidente de la asamblea se la dio.

—Atenienses, hermanos, Diocles tiene razón, los bárbaros son una plaga que hay que erradicar, si no lo hacemos, consumirán toda Grecia—estas palabras sorprendieron a la asamblea, Clístenes era considerado pro persas, incluso se decía que se dejaba sobornar por ellos, todos callaron expectantes.

—Yo envié a mis hijos a Naxos, yo envié a mi hijo Andrón, yo envié a mi hijo Megacles y yo envié a mi nieto Diocles, yo los envié a Naxos porque sabía que mis hijos, lo mejor de mí, sabrían como resolver esta crisis, y lo están haciendo, lo están haciendo, están luchando contra los bárbaros, los están conteniendo, nos están dando tiempo. No os quepa ninguna duda de que si no es por mis hijos Naxos ya habría caído, todos conocéis a Andrón, solo a él podía encomendar esta misión y estaba tan seguro de que triunfaría que incluso lo mandé con mí otro hijo Megacles y con mi nieto Diocles, ¿mandaría un padre a sus hijos a la muerte?, ¿mandaría un abuelo a su nieto a la perdición?, no hermanos, un padre se sacrifica por sus hijos y yo no he sacrificado a los míos, yo envié a mis hijos a ganar tiempo, los mandé a salvar a Naxos y Andrón salvará a Naxos, como salvo a Atenas del rey de Esparta.

La asamblea rechazó enviar un cuerpo expedicionario a Naxos, ya habían enviado a Andrón y él salvaría a Naxos.

Cleómenes, el rey de Esparta junto a Demarato, analizaba detenidamente los acontecimientos, de nuevo una expedición persa amenazaba Grecia, pero ¿hasta dónde llegaba el peligro?, ¿afectaba a Esparta y a la liga del Peloponeso?, lo dudaba mucho, una cosa era luchar contra una ciudad y otra muy distinta contra una confederación de ciudades.

De todas formas habría que seguir los movimientos persas con detenimiento.

Leónidas, hermano de Cleómenes, se dirigía a casa de este. Leónidas tenía cuarenta años, era atlético y tenía numerosas cicatrices por todo el cuerpo, señal de que había participado en numerosos combates, era diez años más joven que Cleómenes. Leónidas era un buen espartano, un excelente comandante aunque no tenía la inteligencia ni la sagacidad de su hermano Cleómenes.

Se le acercó el éforo Dionisio.

—Buenos días Leónidas, ¿vas a ver a tu hermano, nuestro gran rey?

—Sí, tenemos una reunión

—Seguro que trataréis el tema de Naxos, no sé por qué pero me

da que sí, de todas formas te recuerdo, aunque sé que eres un fiel servidor del estado, que esos asuntos se deben tratar con los éforos y en la asamblea, el rey es un simple jefe militar.

—Tienes razón Dionisio, pero mi hermano al final siempre se sale con la suya, ya lo sabes

—Creo que Esparta estaría mejor con un rey que respete la ley y no que la retuerza a su conveniencia, a Esparta le vendría muy bien un rey como tú.

—Pero mi hermano es el rey, así son las cosas

—¿Tu hermano no tiene hijos varones?, tiene a Gorgo, su hija, ¿qué tiene, nueve años?, si algo le sucediese a Cleómenes tú serías el nuevo rey. Bueno compañero, te dejo.

Dionisio se marchó y Leónidas llegó a casa de Cleómenes, Gorgo estaba en la puerta jugando con su primo Pausanias, que apenas tenía tres años. Gorgo miró a su tío y le sonrió.

—Pausanias, vete con tu madre, yo tengo que irme con tío Leónidas y tío Cleómenes

—No quiero, quiero jugar

Gorgo dirigió una mirada severa a Pausanias

—Vale prima, hasta luego.

Gorgo había heredado toda la inteligencia de su padre, era una niña muy precoz y terriblemente sagaz.

Gorgo y Leónidas se sentaron junto a Cleómenes en torno a una mesa. A Cleómenes le gustaban estas reuniones, le ayudaban a clarificar ideas, por eso las solía realizar, su hermano mediano Leónidas era el perfecto espartano, con todas sus virtudes y defectos y Gorgo, lástima que fuera una niña, era muy inteligente, incluso más que su padre, en ocasiones le señalaba detalles que a él le pasaban desapercibidos.

—Bien, hoy voy a tratar el sitio de Naxos, parece ser que los persas se vuelven a movilizar—planteó Cleómenes.

—Habría que observarlos, quizá sea una operación persa encuadrada en una campaña aún más amplia.

—Es posible, vamos a lo básico, ¿qué conocemos?, Los exiliados naxios pidieron socorro a Aristágoras y este solicitó apoyo persa, en teoría el objetivo es restaurar a los exiliados—expuso Cleómenes.

—Quizá las cosas sean así de simples—repuso Leónidas

—De Aristágoras tenemos un extenso informe elaborado por Dikenes, participó junto a este en la campaña escita—señaló Leónidas.

—Incuestionable, es un tipo ambicioso, tiene una ambición desmedida de hecho, Aristágoras no iría a Naxos para restaurar a los exiliados, iría para hacerse con ella—respondió Cleómenes

—Sí, los persas tampoco movilizarían un ejército para tomar una isla, estos deben pretender no sólo tomar Naxos, también Paros y

Andros, quizá también Eubea — dijo Leónidas.
— ¿Y los atenienses?, preguntó Cleómenes
— Mandaron su mejor general, Andrón — respondió Leónidas
— Le conozco, es muy peligroso, — respondió Cleómenes. — es interesante esto, ellos son los principales perjudicados, si los persas se apoderan de las Cicladas, estarán a las puertas de Eubea y a las puertas del Ática, el sur de Eubea es de Atenas, un ataque persa a Eubea sería igual que atacar el Ática, el país de los atenienses, no han mandado su ejército a defender Naxos, solo su general.

Cleómenes guardó silencio unos instantes
— Lo bueno, si es que tiene algo bueno, de la democracia es que todo se debate en la asamblea, hay muchos ciudadanos pros espartanos que nos mantienen informados, los atenienses pensaron en mandar un ejército a Naxos, nuestro buen amigo Milcíades y su facción estaban detrás de esta propuesta, Clístenes, ese perro traidor , logró evitar el envío de la expedición — continuó Cleómenes.
— ¿Deberíamos aliarnos con los atenienses? — preguntó Leónidas.
El silencio se hizo de nuevo señor de la sala.
— Podemos utilizar a los persas para eliminar la democracia en Atenas, eso de la democracia es una fuente de problemas en Grecia, luego seguramente pongan un tirano y se marchen a Asia, como hicieron en la Jonia — respondió Cleómenes.
— ¿Y si quieren toda Grecia?
— ¿Grecia?, a nosotros solo nos importa el Peloponeso, esa debe ser nuestra prioridad, todo lo demás es negociable. Si los atenienses ven un ataque inminente de los persas, vendrán a buscarnos, que no os quepa ninguna duda, y nos aliaremos con ellos, naturalmente procuraremos que sean los atenienses quienes lleven el peso de la guerra y sean ellos los que se desgasten, si son derrotados, nos habrán hecho un gran servicio dañando al ejército persa, además así los persas eliminarían la democracia, si vencen los atenienses, tendrán tantas bajas que nos será fácil instalar una oligarquía en Atenas, siempre ganamos.
Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación.
— Adelante — ordenó Cleómenes

Un soldado ataviado con la panoplia completa entró en la sala, llevaba el casco en la mano izquierda, en la derecha un rollo.
— Noticias de Atenas majestad —
El soldado extendió el brazo y dio el royo a Cleómenes
— Puedes retirarte.
El soldado dio media vuelta y salió de la sala cerrando la

puerta, Cleómenes miró los sellos del royo, los reconoció, eran de un agente de Milcíades en Atenas, rompió el sello y desenrolló el tubo, durante unos instantes leyó el mensaje.

—Los persas se retirarán de Naxos, la jonia se va a sublevar contra Persia—informó escuetamente Cleómenes ante la mirada atónita de Leónidas

Gorgo no dijo nada, tampoco manifestó ninguna reacción.

Megabates mandó construir fortificaciones en lugares estratégicos de Naxos, luego las entregó a los nobles naxios y comenzó el embarque del ejército. El asedio había terminado, Aristágoras no se hacía ya cargo de los gastos de la expedición y el persa ordenó levantar el sitio con gran placer, había llegado la hora de la venganza, Megabates imaginaba ya a Aristágoras despojado de su imperio en Mileto, lo imaginaba implorando un destino a su primo Artafernes en Sardes, sí, que dulce le parecía aquello al persa.

Los naxios celebraron con júbilo la partida persa, Andrón envió a Megacles y a Diocles a Atenas y el mismo se embarcó rumbo a Mileto con un grupo de hombres escogidos entre los naxios por su lealtad personal a Andrón y por su habilidad en la lucha, eran los 100 de Andrón, una guardia personal que solo le debía lealtad a él, creada con el consentimiento de los naxios con objeto proteger a Andrón de los agentes persas, en otra persona hubiera sido impensable, Pisístrato, el padre de Hipias, consiguió que el senado ateniense le permitiera protegerse con una guardia personal y este la usó para tomar el poder y proclamarse tirano. Pero Andrón era uno de los padres de la democracia, no había peligro alguno.

La leyenda de Andrón creció, de nuevo Andrón había triunfado, de nuevo Andrón había salvado la democracia. Megacles, el hermano de Andrón y futuro cabeza de familia estaba celoso, siempre a la sombra de Andrón, para colmo defendía ideas antagónicas a las suyas, pero él sabía muy bien qué hacer, solo tenía que esperar su momento.

Andrón y sus cien embarcaron en un trirreme, para los arcontes naxios fue un alivio que un héroe popular que acababa de salvar a la ciudad de los persas y que disponía de una guardia personal se marchara tras los persas, poco después divisaron la vanguardia de la flota persa, unos trirremes se les acercaron, eran naves de Milcíades.

Andrón se llevó una desagradable sorpresa al comprobar que su hijo Diocles estaba con él rumbo a Mileto y no con Megacles rumbo a Atenas, el joven se escapó a nado de su nave y se ocultó en la de Andrón. A la menor oportunidad la embarcaría rumbo al Ática.

Las naves de Mileto y las del Quersoneso se adelantaron al resto de la flota, también lo hizo la de Megabates.

Megabates y Aristágoras desembarcaron a la vez en el puerto militar de Mileto, el persa dirigió una mirada de desprecio al griego, montó a caballo y partió de inmediato rumbo a Sardes.

Aristágoras observó como se alejaba, allí partía su vida hasta ahora, allí terminaba su dominio como tirano persa.

Andrón junto a sus cien fue guiado a unos almacenes cerca de la base de la flota imperial, el plan de actuación ya había sido preparado durante el viaje de vuelta a Mileto entre Milcíades y Andrón, Aristágoras lo aprobó entusiastamente.

Nada más partir la flota persa con el ejército asiático rumbo a Fenicia, Aristágoras convocó una fiesta en la sede del almirantazgo, en la base de la marina imperial, a ella asistieron todos los señores de la jonia, todos sabían que era la última fiesta que daría Aristágoras como tirano de Mileto, y estaban en lo cierto.

Un oficial milesio, Yatrágoras, entró en la base poco después con un fuerte grupo de hoplitas con panoplia completa, estaba encargado de realizar una exhibición en la fiesta de Aristágoras, el comandante persa no puso objeción alguna, era la última fiesta del finado tirano.

Los hechos se precipitaron, Yatrágoras y sus hoplitas redujeron rápidamente la guardia persa que custodiaba la sede del almirantazgo y capturaron a todos los señores de la Jonia. Paralelamente, los cien de Andrón eliminaron a los centinelas persas y capturaron el retén del cuerpo de guardia y los barracones donde descansaba la reserva, la base de la marina imperial y todos sus ocupantes habían sido capturados.

Al día siguiente fué convocada una reunión con todos milesios en el ágora, todos esperaban que Aristágoras anunciará su destitución, pero les esperaba una sorpresa mayúscula, Aristágoras tomó la palabra como estaba previsto.

—Ciudadanos de Mileto, hermanos, todos conocéis lo acontecido en Atenas, la democracia ha nacido y los dioses nos la han ofrecido—hizo una pausa,

Toda el ágora estaba perpleja, a los murmullos le siguió un silencio sepulcral.

—Ciudadanos, los dioses nos crearon libres, libres para decidir nuestro destino, libres para decidir a nuestros gobernantes, que ningún hombre decida el destino de Mileto, que sea el pueblo el dueño de su destino—Aristágoras se calló ante los gritos de júbilo de los asistentes.

—Ciudadanos, yo, tirano de Mileto, renuncio a mi cargo y os entrego el poder, solo el pueblo de Mileto es dueño de su destino.

La alegría invadió el Ágora, Aristágoras jugó sus cartas

—Ciudadanos, ya me conocéis, yo hice de Mileto la ciudad más importante de Grecia, yo le acabo de dar a Mileto la libertad. Ciudadanos, este es Andrón—señaló a Andrón que estaba tras él junto a Milcíades en la tribuna, sí, ciudadanos, el mismo Andrón que expulsó al tirano de Atenas, el mismo Andrón que se enfrentó a los

espartanos y derrotó a los tebanos, el mismo Andrón que impidió que los persas tomaran Naxos, Ciudadanos – Aristágoras se dirigió junto a Andrón y lo abrazó – Andrón es mi amigo.

Los miembros de la hermandad, estratégicamente colocados, comenzaron a aclamar a Aristágoras como Arconte , pronto todo el Ágora pedía que Aristágoras fuera el primer arconte democrático de su historia, Aristágoras aceptó.

Milcíades y Andrón presenciaron atónitos los acontecimientos.

Aristágoras envió a los señores de la jonia a sus respectivas ciudades encadenados, la mayoría fueron linchados por su pueblo, los menos y más afortunados fueron desterrados, durante una semana la depuración democrática tiñó de sangre noble las calles las ciudades de la jonia, la democracia había triunfado.

Dos semanas después de la proclamación de la democracia en Mileto, en el promontorio de Mícala, sede del santuario Panjonico tuvo lugar una reunión de todos los diputados de la jonia, Andrón y Milcíades asistieron, era septiembre del año 499 a. C.

Los cien de Andrón eran los encargados de la seguridad del evento, ningún diputado abría asistido de otra forma, Andrón estaba junto a Milcíades y Diocles en un mirador que daba al Egeo, al sur se divisaba Mileto, frente a este, la isla de Lade, al norte la isla de Lesbos, hogar de la poetisa Safo, hacia occidente estaban las Ciclada, Naxos, Paros y Andros, más allá Eubea y su hogar, el Ática, el Ática, hace apenas siete meses estaba allí, siete meses, salió a finales de febrero para Naxos, y ahora estaba en la Jonia, apunto de organizar una rebelión contra el imperio más grande que jamás había existido.

¿Qué estaría pensando Artafernes?

Artafernes envió al nuevo tirano a Mileto y tres días después recibió noticias terribles, su tirano había sido juzgado por la asamblea popular de Mileto, había sido hallado culpable de tiranía, colaborar con los persas, espionaje y traición, había sido condenado a muerte y ejecutado en el acto, la asamblea popular la dirigía el depuesto tirano Aristágoras, ahora líder del partido democrático

La insurrección de Mileto no era un problema menor, Mileto era la ciudad más importante del mundo griego, podría reunir unos 12.000 hoplitas. Además, en Mileto estaba la base de la marina imperial en el Egeo, seguro que Aristágoras se había apoderado de la marina imperial, habría que reunir un ejército tan grande como el que acababa de volver de Naxos para tomar Mileto.

Artafernes envió mensajeros a las ciudades Jonias ordenando su movilización contra Mileto, también ordenó la movilización de los lidios, los carios, los capadocios, los pónticos, los griegos de los estrechos y los tracios. Con estos recursos podría movilizar un ejército de unos 25.000 hombres y una flota de unas 200 naves, más que

suficiente para doblegar a los orgullosos milesios.

Los siguientes días Artafernes recibió las peores noticias que podía imaginar. Todas las ciudades griegas de la jonia habían depuesto a sus tiranos y habían adoptado la democracia, además se habían declarado libres, rompiendo la obediencia debida a los persas. Había comenzado a expulsar de sus ciudades a los asiáticos y gracias a ellos supo que Aristágoras, Milcíades y un tal Andrón, el que dirigió tan exitosamente la defensa de Naxios frente a sus tropas, eran los cabecillas de la revuelta. La cosa se le había ido de las manos, rápidamente envió mensajes a su hermano Darío en Susa.

Artafernes estaba convencido de que faltaba un conspirador más, Histieo, seguro que el recluido milesio desde Susa habría formado parte en conjura, pero no podía demostrarlo, de momento.

Diocles observó a su padre Andrón y se dirigió a él

—Padre, estoy muy orgulloso de ti, crecí escuchando la leyenda de Andrón, pero era muy pequeño y no era consciente de lo que oía, luego te retiraste, pensé que eras un cazador disoluto que no quería saber nada de su ciudad, todos hablaban de ti, pero tú solo pensabas en pasatiempos cinegéticos, me costaba creer que el héroe que todos mencionaban fuera mi padre.

Andrón miró a Diocles.

—Debías de estar en Atenas con tu tío Megacles, tengo planes para ti, ya es hora de que te busque un instructor, como lo fue Milcíades para mí.

—Seguro—intervino Milcíades—quería tratar ese tema contigo.

—Tarde o temprano Atenas entrará en guerra con Persia—dijo Andrón como para sí—La división política actual de Atenas, aristócratas reaccionarios frente a demócratas será sustituida por belicistas contra pacifistas.

—Cierto—añadió Milcíades—los partidarios de Hipias y la nobleza más rancia apoyaran la paz con Persia, también muchos comerciantes. En cambio los demócratas radicales y el pueblo en masa apoyarán una guerra con Persia.

—Sí, mi padre Clístenes es el jefe del bando pacifista y tú, amigo Milcíades eres el jefe del bando belicista.

—Clístenes está en las últimas, no creo que dure mucho tiempo mi querido Andrón.

—Y Megacles no es Clístenes, mi actual hermano es menos sutil que nuestro padre, se está aliando con Jantipo y mucho me temo que la lucha política se va a endurecer.

—Se comenta que los Persas tienen en nomina a Clístenes y a Megacles—añadió Diocles.

Andrón y Milcíades miraron al joven

—Puede ser, Clístenes tiene los bolsillos muy grandes, pero

sospecho que la lista de asalariados de los persas es mayor de lo que imaginamos—respondió Milcíades.

—Preveo una acción de Megacles contra mi cuando Clístenes desaparezca, mi querido Milcíades

Diocles miró asombrado a su padre

—Yo también lo creo, así dejará claro que se terminó la ambigüedad de Clístenes y se posesionará inequívocamente como jefe del bando pro persa.

—¿En qué mentor habías pensado para Diocles?, preguntó Andrón

—Tengo en mente dos personas brillantes del bando beligerante, Arístides o Temístocles.

—Será Temístocles, se crió en el Cerámico, Arístides sería el jefe del partido Aristocrático si no fuera inminente una guerra.

—Sí, la guerra hace extraños amigos, Andrón, Temístocles, Arístides y yo mismo Milcíades en el bando belicista. Clístenes, Megacles y Jantipo en el bando pacifista.

—La muerte de Clístenes será el detonante de las hostilidades.

—Mucho me temo que si querido Andrón, voy a hablar con Aristágoras, nos vemos luego.

Milcíades entró en la sala, Andrón y Diocles estuvieron un rato en silencio mirando al mar.

Aristágoras inició la sesión.

—Hermanos de la Jonia, hombres libres, precisamente hace un rato, cuando salí de Mileto hacia aquí, me encontré con un anciano, un anciano muy conocido y venerado en Mileto, su nombre es Hermócrates. Hermócrates se dirigió hacia mí y me abrazó, me dio las gracias, yo le miré a los ojos, vi auténtica felicidad en su alma, le pregunté el porqué de su gozo y porque me daba las gracias, me respondió que él nació libre, que Creso de Lidia ocupó Mileto, que luego los persas derrotaron a Creso y que él junto con los demás milesios creyeron recuperar la libertad, pero los persas sometieron Mileto y toda la Jonia, y eso no fue hace mucho, que él gracias a mí era de nuevo libre, libre como en su niñez, que ya nunca sería siervo de ningún bárbaro, que ya no sería siervo de ningún griego, que moría libre—Aristágoras hizo una pausa—sí hermanos, nuestros abuelos nacieron libres, libres como nosotros, los dioses quieren que los griegos sean libres y no tengan señores, ni barbaros ni griegos, los jonios somos libres porque así lo quieren los dioses.

Un clamor de júbilo inundó el santuario.

—Lo malo es que los persas no lo saben, se creen nuestros dueños y conociéndolos seguro que ya están reclutando un ejército para someternos—se hizo el silencio en la sala—sí hermanos, la próxima primavera estarán aquí, no lo dudéis—pero no os preocupéis,

hace 30 años derrotaron a nuestros padres porque estos no lucharon juntos, cada uno se atrincheró en su ciudad y se olvidó del vecino, así, una a una fueron cayendo las ciudades de la jonia. Pero eso no pasará ahora, estamos aquí todos juntos, crearemos un mando único y un gran ejército griego recibirá a los barbaros, los derrotaremos fácilmente y tomaremos Sardes, seremos libres como nuestros abuelos, se acabaron los impuestos abusivos, se terminaron las obligaciones militares, se terminó el favorecer a los fenicios, ¡la jonia es griega y la jonia es libre!.

De nuevo una aclamación interrumpió su discurso

—Un mando único, un mando colegiado, los representantes de cada ciudad nombrarán un estratega y luego, con todos los representantes se formará un colegio de estrategas que dirigirán la guerra. Nadie mandará en nadie, todo se decidirá de forma democrática.

De nuevo un clamor invadió el santuario

Andrón y Milcíades mostraron su desagrado ante la idea.

Milcíades pidió la palabra y le fue concedida

—Hermanos, un mando colegiado de todas las ciudades es muy democrático, es muy bonito, pero es ineficaz, de hecho, será igual a no tener mando, imaginaos, largas deliberaciones para decidir atacar a los persas en tal o cual territorio, ¿y si hay que abandonar una zona?, el mando acarrea tomar decisiones necesarias que pueden ser impopulares, eso solo lo puede hacer un comandante en jefe y no un grupo de políticos, los políticos antepondrán sus intereses locales al bien común y no se actuará, los persas tendrán un mando único, los persas actuarán de la forma más eficiente posible, siempre lo hacen. Los persas estudiarán todas las opciones y elegirán la más efectiva, no la que les convenga políticamente.

El silencio se adueñó del recinto

—Tú sigues siendo un tirano impuesto por los persas, gritó el representante de Halicarnaso.

—Indiscutible, gritaron otros diputados

—¿Para cuándo la democracia en el Quersoneso?—preguntó el diputado de Mitilene.

El Quersoneso y sus ciudades tienen un mando único, todas las ciudades actuaran de acuerdo con los intereses generales y si alguna de ellas debe ser evacuada o abandonada por el interés de la causa o por razones estrategias así se hará.

Gritos de indignación interrumpieron a Milcíades.

—No debemos abandonar al enemigo ninguna ciudad—grito el diputado de Éfeso.

Hecateo de Mileto pidió la palabra, un eminente historiador que acababa de recorrer el imperio persa merecía ser escuchado.

—Hermanos, yo os contaré con lo que nos enfrentamos, pensáis que los persas están en Sardes, a tres días de camino desde aquí y es cierto, ahí está Artafernes, el hermano del rey. Pensáis que Susa, la capital del imperio, está unos días más allá de Sardes e incluso alguno de ustedes habrá oído hablar de la India, lugar misterioso y limite oriental del imperio, seguro que está varios días de camino más allá de Susa. Pues no hermanos, Sardes si esta a tres días, pero Susa, la capital persa, está a tres meses de camino de aquí, si señores, tres meses viajando durante todo el día y llegaremos a Susa—hizo una pausa, los diputados lo miraban incrédulos—y desde Susa hasta la India, otros tres meses, si hermanos, un hombre tardaría seis meses en llegar a la India, medio año. Si alguno de ustedes partiera hoy desde aquí hacia la India, estaría de vuelta en este santuario en doce meses, un año entero de viaje para ir y venir, ¿os imagináis la de pueblos que sometieron los persas?, cientos de miles, millones de súbditos tributando a Darío le dan una riqueza inagotable y millones de soldados a su disposición. ¿Cómo luchar contra eso?, no se puede —volvió a callarse y miró a los diputados, en sus caras vio incredulidad y cierto pesar—Quizá no sea tarde aún para evitar la guerra, solo hemos depuesto a sus tiranos y tomado su base naval, podemos alegar que era un movimiento contra los tiranos y no contra Persia, podemos alegar que si respetan nuestra democracia les seremos leales.

Fue interrumpido por furiosos insultos y gritos

—¡Traición!

Aristágoras aprovechó para tomar la palabra

—Diputados de la jonia, hermanos, todos sabemos que los persas no nos perdonarán el haber depuesto a sus tiranos, exigirán nuestras cabezas e impondrán nuevos tiranos—la sala de nuevo se quedó en silencio—sí, Persia es enorme, se tarda un año en ir y venir a la India, pero los persas no son tan terribles, se basan en un miedo infundado a su imbatibilidad, yo luche con ellos en la campaña escita, Andrón y Milcíades, aquí presentes, lucharon conmigo, y perdieron, si hermanos, Darío fue derrotado, Darío tuvo que huir de una panda de barbaros, nosotros lo vimos, salió con el rabo entre las patas. ¿y qué me decís de Naxos?, otra derrota persa.

Aristágoras hizo una pausa

—¿Pero no los habéis visto?, claro que los habéis visto, llevan pantalones y ropa estampada, se maquillan y usan joyas como mujeres, ¿a esos afeminados les tenéis miedo?, luchan a caballo sin apenas armadura, yo os digo que la falange griega en formación cerrada hará huir a esas nenas como lo hicieron los escitas, no son rivales para nuestros muros de bronce, ¿por qué no asaltaron Naxos?, yo os lo diré, porque temían la falange griega, yo estuve allí, Milcíades

estuvo allí y sobre todo, Andrón, el comandante naxio, el hombre que los derrotó esta aquí con nosotros.

Vítores y gritos de alegría interrumpieron a Aristágoras, Andrón, Milcíades y Diocles observaban expectantes, Aristágoras continuó.

—Lo que nos apuntó nuestro buen amigo Milcíades es cierto.

—No, es un tirano persa—grito alguien desde el fondo.

—No podemos abandonar a ninguna ciudad por razones estratégicas—gritó otro.

—Si hermanos, es cierto, debemos elegir un colegio de estragas que decidirá la política a seguir durante la guerra y nombrará un comandante en jefe para cada acción.

La propuesta fue secundada en el acto por todos los diputados.

Hecateo de Mileto volvió a pedir la palabra, le fue concedida, los diputados lo miraban con manifiesta hostilidad

—Hermanos, ya que hemos decidido luchar contra Persia debéis saber que no son «las nenazas» que nos describe Aristágoras, ¿acaso «unas nenazas» podría construir semejante imperio?

Abucheos interrumpieron su discurso, Hecateo continuó.

—No tienen flota, nosotros se la arrebatamos, ahora seguro que están construyendo barcos en los astilleros fenicios y egipcios para luchar contra nosotros, debemos construir más naves para así mantener la superioridad en el mar, sólo dominado el mar tenemos alguna oportunidad de triunfar.

Se hizo el silencio, la propuesta sorprendió a los diputados y la sopesaron, el diputado de Mitilene preguntó

—¿Construir barcos es caro?, ¿dónde obtendremos el dinero?

—De los templos, —respondió rápidamente el historiador.

—¡Impío!, ¡Impío!, no solo eres un cobarde sino que además eres un impío, grito un diputado del lado derecho.

Rápidamente todos comenzaron a llamarlo impío y cobarde a viva voz.

Andrón recordó la conversación con su hermano Diocles, la masa no razonaba, pero la idea de construir una flota potente para asegurar el dominio de los mares le pareció buena, los persas tendrían una fuente casi inagotable de oro y de soldados, pero astilleros sólo tenían en Egipto y en Fenicia, los griegos tenían más astilleros que los persas y parecía que la guerra la ganaría quien dominase el mar.

Aristágoras tomó de nuevo la palabra.

—Hermanos, no hará falta esquilmar los templos de los dioses, como apuntó Hecateo, tenemos superioridad en el mar, sólo tenemos que ir a Fenicia y destruir los astilleros persas, así mantendremos la superioridad e infligiremos una derrota a los persas, además pienso viajar a Grecia, si esta cámara me designa para tal fin, para buscar

aliados entre los griegos europeos.

La propuesta de Aristágoras fue secundada, se le otorgó la misión de recabar apoyos en el continente europeo para la causa jonia, se decretaron levas en todas las ciudades de la jonia y se convocó un consejo de guerra con los estrategas de todas las ciudades, el consejo de guerra y el punto de reunión de todo el ejército jonio sería en Éfeso la siguiente primavera.

Milcíades partió para el Quersoneso, debía movilizar la milicia de las ciudades bajo su mando y el tiempo apremiaba, supusieron acertadamente que los persas ya estaban reclutando un ejército y construyendo naves, la siguiente primavera tendría que vérselas con ese ejército.

Andrón y Diocles partieron hacia Atenas, Aristágoras trataría de conseguir el apoyo de Cleómenes de Esparta y luego iría a Atenas, Andrón pretendía que solicitase su apoyo a la asamblea directamente, Clístenes seguía dominado el colegio de arcontes y solicitar a este la expedición sería inútil.

Andrón llegó a Atenas y de nuevo fue recibido en loor de multitudes, el héroe ateniense que había derrotado a los persas en Naxos, Clístenes, que apenas podía andar, fue a recibirlo, como enviado personal suyo a Naxos y como padre quería recibir parte del mérito, Megacles y Jantipo no asistieron al acto, sabía que Aristágoras viajaba camino de Esparta y suponían que después vendría a Atenas a solicitar su apoyo.

Magón, el embajador especial de Darío para Atenas entró en un callejón del Cerámico, era estrecho y oscuro, allí lo esperaba un joven de unos treinta años, vestido elegantemente, de cara achatada y mirada inteligente, lo invitó a entrar en una caseta pequeña, dentro había una tosca mesa con dos sillas rudas sillas de madera

—Mis querido Temístocles, ya es hora de que te ganes la fortuna que te paga Darío

—Mi querido Magón, supongo que debes estar refiriéndote al asunto de la revuelta que tenéis en la jonia ya sabes que los griegos llevamos mal eso de la sumisión. Aristágoras debe estar a estas horas en Esparta hablando con Cleómenes, supongo que quieres que cuando llegue a Atenas, porque vendrá, los atenienses no le apoyemos en su rebelión.

—Chico listo, vales cada moneda que te damos.

—Valgo más que eso fenicio, tenemos acuerdos puntuales que no hipotecan mi futuro, con respecto a tu problema, Aristágoras querrá exponer su petición de ayuda ante la asamblea, sabe que el gobierno de Atenas está controlado por Clístenes y sabe que Clístenes no embarcará a Atenas a una guerra abierta con Persia. Conoce a los griegos, el sabe el odio que les tenemos a los persas y a los fenicios, ante la asamblea utilizará estas cartas y obtendrá el apoyo de esta para la guerra. La solución es bien sencilla, debes evitar que Aristágoras haga su petición a la asamblea, debe hacerla al gobierno de Clístenes que la rechazará, pero claro, la cuestión es cómo evitar

que hable en la asamblea. ¿habéis pensado en asesinarlo?, claro que sí, lo pensasteis y si no lo habéis hecho es porque no habéis podido, tampoco podéis hundir su barco porque él os arrebató vuestra flota, la única opción que os queda es esta, los asuntos que se tratan en la asamblea se inscriben antes en un registro, si el asunto no está inscrito en el registro no se debate en la asamblea, hay que impedir que Milcíades o alguien de su entorno pueda inscribir en el registro la petición de Aristágoras, lo ideal sería saturar el registro, que haya tantos asuntos que tratar que se necesiten meses resolverlos. Aristágoras no puede esperar meses para ser escuchado, tendrá que pedir ayuda al gobierno y este se la negará.

—Saturar el registro, es magnífico, eres un auténtico genio, vales cada moneda que pagamos.

Magón se levantó de la mesa, sacó una pesada bolsa de unas alforjas y lo dejó caer en la mesa, estaba llena de monedas de oro, sin mediar palabra salió de la caseta.

Esa noche se reunieron Clístenes, Megacles y Jantipo, a la reunión asistió un fenicio, Magón, embajador especial del gran rey.

—Quiero dejar constancia como arconte de Atenas que mi país no tiene nada que ver con esta insensata revuelta, dijo Clístenes solemnemente.

—Pero tu hijo Andrón comandó y venció a nuestras fuerzas en Naxos. Andrón, tu hijo, un ateniense, Milcíades, otro ateniense y Aristágoras son los cabecillas de esta revuelta, de tres cabecillas dos son atenienses, uno tu hijo, el otro, bueno su hermana está casada con tu hijo, ¡tu familia está detrás de esta revuelta!, ¿Atenas está declarando la guerra a Persia?

—Ya sé lo que parece Magón, pero no es así, mi hijo es un radical incontrolado como Milcíades, de hecho, ninguno de los dos ostenta cargo alguno en el gobierno ateniense, son dos radicales griegos que casualmente son atenienses, pero Atenas no tiene nada que ver con la sublevación.

—Dos radicales griegos familia tuya, ¿acaso no enviaste tú a Andrón a Naxos?

—¡Lo envié por un tratado comercial!, aquí, está el nombramiento y las cartas que cruzamos—Magón examinó las cartas durante unos minutos—como has observado son puramente comerciales, todo lo demás lo hizo a título particular. Milcíades, fue enviado por Hipias al Quersoneso, ¿es responsable Hipias de sus acciones?, claro que no, son dos radicales problemáticos, como Aristágoras. Si te complace, Andrón es hijo mío por adopción, esta se hizo de forma irregular y fue validada por razones políticas por Hipias, sería fácil anularla y así romper cualquier vinculo familiar entre mi familia y estos radicales.

—Es un gesto más simbólico que otra cosa pero me complace y complacerá a Darío. También quiero que hagas otra cosa, pronto llegará Aristágoras a pedir ayuda a Atenas en su rebelión contra Persia, sabe que el gobierno le negará la ayuda pues lo controlas tú, por eso propondrá el asunto en la asamblea, los griegos nos odiáis y seguro que la asamblea aprueba el envió de un cuerpo expedicionario a la jonia.

—No veo como poder evitarlo, los partidarios de Milcíades y Andrón son muchos, cualquiera puede inscribir el asunto en la asamblea.

—Esa es la clave, saturar las inscripciones.

Clístenes permaneció en silencio.

—Es genial, de simple que es parece tonto, pero será letal, la asamblea tendrá tantos asuntos que tratar que tardará meses Aristágoras en exponer su caso.

—Exacto, señores, para mañana tenéis mucho trabajo, tienes que repudiar a Andrón y tenéis que saturar el registro de asuntos para la asamblea.

El asunto de la anulación de la adopción de Andrón distrajo la atención de los atenienses durante los días siguientes, mientras Clístenes y sus seguidores inscribían asunto tras asunto en el orden de la asamblea. Nadie se percató de la maniobra pues toda la atención estaba fijada en el escándalo de la adopción.

Aristágoras desembarcó en un pequeño puerto en Laconia, el país de los espartanos. Tomaron un finísimo sendero hacia el norte, se notaba que estaba poco transitado, el flujo constante de personas habría dejado su huella en el sendero y no era así, divisó las ruinas de la ciudad homérica de Esparta, aquellos espartanos extintos eran de su misma raza, no como los espartanos actuales que eran dorios. Poco después divisó un conjunto de construcciones simples y chozas de adobe, sobresalía un feo templo con una cúpula de bronce, tan sencillo como toda la ciudad, no tenía murallas ni elementos defensivos, aquello era Esparta.

¿Cómo podía ser que ese conjunto de aldeas miserables causara tanto terror?, si dada pena verla, pero eso era Esparta.

—Ahora sé porque tienen tantas ganas de morir los espartanos en combate, para no volver aquí—se dijo para sí Aristágoras.

Cerca de la ciudad, se divisaban unos barracones de madera y algo más allá se veía unas líneas paralelas escarlatas que se movían perfectamente sincronizadas, eran los espartitas realizando su instrucción diaria, aquello era lo que causaba terror y no el conjunto de chozas que tenía a unos metros, aquello era Esparta y no ese grupo de casuchas en las que disponía a internarse.

Entró a la ciudad por una calle ancha, esta rebozaba vida, pero le chocó una cosa, mujeres, cientos por todos sitios, mujeres atléticas, casi desnudas, las míticas espartanas, había algunos artesanos y al este, en el campo opuesto donde estaba el ejército con su instrucción, se divisaban labriegos sembrando la cosecha, sin duda los esclavos ilotas, los artesanos debía de ser los periecos, la segunda clase de Esparta.

En las ciudades de la jonia y en Atenas no era normal que las mujeres circularan libremente por la calle, y por supuesto tan ligeras de ropa, las mujeres solían estar recluidas en casa y ni siquiera cenaban con los hombres. Solo las porne, las prostitutas baratas, andaban libremente por la zona portuaria de las ciudades, escasamente vestidas y muy maquilladas buscando clientes.

Un hombre fornido, con el cuerpo lleno de cicatrices, con larga barba, nariz rota y mirada glacial, de unos cincuenta años vestido con una sencilla túnica roja los recibió.

—Soy Cleómenes, rey de Esparta, ¿eres el milesio Aristágoras?

—Sí, respondió Aristágoras.

—Sígueme.

Entraron en una cabaña próxima que apenas se diferenciaba del resto, en una amplia sala había una gran mesa y varias sillas, la mesa

y las sillas eran toscas, sin adorno alguno, como tampoco había adornos en la sala, allí esperaban Leónidas, Demarato y el éforo Dionisio, tomaron asiento.

—Bien milesio, expón tu petición—ordenó el éforo

—Majestades, éforo, he venido en persona a hablar con ustedes, porque quiero solicitar la ayuda de Esparta contra Persia. Esparta es la primera potencia de Grecia, árbitro y juez de los griegos, Esparta permitió que los Lidios de Creso no hace mucho tiempo sometieran a los griegos de la jonia, no hizo nada cuando unos barbaros sometieron a sus hermanos griegos, Esparta, como potencia dominante debió socorrer a sus hermanos y no lo hizo. Tampoco hizo nada cuando poco después, los persas, habiendo destruido a los lidios, sometieron a sangre y fuego a la jonia, de nuevo Esparta, la ciudad más poderosa de Grecia, arbitro y juez de los griegos, permitió que sus hermanos volvieran a caer bajo el yugo de los bárbaros. ¿qué hará Esparta ahora?, ¿volverá a dejar a sus hermanos en manos de los bárbaros o asumirá su responsabilidad como ciudad dominante, rectora y protectora del mundo griego y ayudará a sus hermanos?

Aristágoras hizo una pausa y miró a Cleómenes, este tenía clavados sus fríos ojos en el milesio y su expresión no mostraba emoción alguna.

—La verdad es que la empresa que os propongo es muy fácil, tan fácil que cuando la realicéis os preguntaréis que por qué no se hizo antes. Los bárbaros no son valientes, prueba de ello es que siempre luchan con aplastante superioridad numérica, pero no os alarméis, que sean muchos no debe impresionaros, luchan con flechas, dardos y lanzas cortas, luchan con túnicas y turbantes, sí con túnicas ,con pantalones y turbantes, algunos llevan prendas acolchadas y su infantería usa protecciones y escudos ¡de mimbre!, ¿qué pueden hacer esos bárbaros contra la mejor falange hoplita del mundo?, nada, son cobardes, los escitas, menores en número, los hicieron huir, yo estuve en esa expedición y lo vi, vi a Darío en persona huyendo de los escitas, como también los vi huir de Naxos ante nuestros hermanos.

Volvió a hacer una pausa, Cleómenes no levantaba la glacial mirada de Aristágoras y tampoco dejaba ver sus emociones

Aristágoras, tenía el discurso preparado, había indicado que era un «deber» de los espartanos, el proteger a los jonios, había indicado que los espartanos no habían cumplido con su obligación. Había dicho que los persas eran cobardes y fáciles de vencer, ahora había que despertar su codicia.

—Mis queridos espartanos—prosiguió Aristágoras—Mileto es la ciudad más importante del mundo griego gracias al comercio con los Persas, el oro fluye de todas las partes del imperio. Creso, antiguo rey de Lidia inventó la moneda de oro. Lidia es tan rica que Darío se la

dio a su hermano Artafernes, y no sólo poseen oro, sino también plata y bronce en cantidad inagotable, riquísimos trajes, fértiles tierras, enormes manadas de ganado, extensísimos pastos y bosques, incontables esclavos, todo eso majestad es ya suyo, sólo tiene que cogerlo—Aristágoras sacó un mapa del imperio persa impreso en unas tablas de bronce—majestad, esta es la jonia—señaló en el mapa un punto, nuestros vecinos los Lidios—señaló en el mapa—pueblo de fértiles tierras e incontables minas de plata. Aquí están los Frigios —volvió a señalar en el mapa—pueblo rico en ganado y en grano. Aquí están los cilicios, frente a Chipre, pagan una renta de 500 talentos al imperio—señala otro punto en el bronce—los armenios, riquísimos ganaderos y aquí la provincia de la Cisia, donde esta Susa, la capital y sede del tesoro imperial. Todo esto lo podéis considerar ya vuestro.

Hizo una pausa, Cleómenes observaba inmutable.

—Majestades, pensad esto, ahora Esparta suda sangre por ganar un metro de tierra a los argivos o a los arcades. Los mesenios llevan más de cien años sometidos y aún se resisten. Estos son vuestros enemigos, pueblos que no tienen ni oro ni plata y que suelen morir con sus armas en las manos. Luchad contra los persas, cobardes, fáciles de derrotar y con riquezas que harían palidecer al propio Zeus.

Aristágoras guardó silencio y miró fijamente a Cleómenes.

Fue el éforo Dionisio quien rompió el silencio.

—Amigo milesio, danos tres días para meditar tu propuesta, pasado ese tiempo, te haremos saber nuestra decisión.

Aristágoras se retiró algo contrariado, pero tenía tres días por delante, debía fijar toda su atención en Cleómenes, si convencía a este no le cabía ninguna duda de que este sabría manejar a los éforos y a Demarato.

Una vez se retiró Aristágoras, Dionisio preguntó.

—¿Qué os ha parecido?

—Una insensatez, combatir lejos del Peloponeso no es viable, no podemos alejar nuestro ejército de casa, los ilotas podrían amotinarse, además esta Argos, tenemos una democracia en Corintio, tenemos a los atenienses instigando revoluciones democráticas por toda Grecia, no, el ejército no debe salir de Grecia—añadió efusivamente Demarato.

Cleómenes meditaba en silencio, todos lo miraban

—Lo que dice mi colega es cierto, pero también es cierto que los persas tarde o temprano vendrán a Grecia, ¿debemos esperar a que nos ataquen?—preguntó Cleómenes como para sí.

—Bien, nos reuniremos dentro de tres días, poco antes de recibir al milesio y acordaremos una respuesta.

Cleómenes sabía lo que significaba aquello, Dionisio no quería

guerra, había dado tres días a Aristágoras para que este tratara de sobornarlo y así poder acusarlo ante la asamblea y destituirlo.

Cleómenes se marchó de la sala

—Bien—dijo Dionisio

—Tenemos una oportunidad de eliminar a Cleómenes —respondió Demarato.

—Ni siquiera tenemos que demostrar nada, sólo con apuntar las visitas de Aristágoras a Cleómenes servirán para acusarlo de traición —añadió Leónidas.

Los tres guardaron silencio. Este se vio roto minutos después por un soldado, sin coraza, pero con casco y espada.

—Salve Demarato, rey de Esparta tengo un mensaje de Cleómenes, rey de Esparta.

El soldado entregó el mensaje a Demarato, Dionisio se le adelantó y cogió el mensaje, con un gesto malhumorado despidió al soldado, desenrolló el manuscrito y lo leyó con desdén

—Nuestro amigo Cleómenes, como de costumbre, se ha imaginado nuestra treta y la ha evitado. Sale de inspección inmediatamente hacia nuestros destacamentos en la frontera con Árgolis, vendrá a Esparta poco antes de la reunión.

—Dioses como odio a ese hombre—añadió Leónidas malhumorado.

—Tarde o temprano cometerá un error—sentenció Dionisio.

Leónidas se dirigía a su casa cuando su sobrina Gorgo le abordó.

—¿Qué tal tío?

—Hola sobrina, ya sé lo de tu padre, estará fuera tres días.

—Tío, hace tiempo que quiero hablar contigo

Leónidas se sorprendió, cogió a la pequeña y se sentaron en un banco

—Dime sobrina, de que quieres hablar.

—Mi padre y yo conocemos tus reuniones con Demarato y los éforos.

Leónidas estaba atónito.

—No es malo siempre que puedas aprovechar la situación tío.

Leónidas no daba crédito a lo que escuchaba.

—Los éforos tarde o temprano eliminarán a mi padre, espero que tarde, pero es inevitable. Tú serás el nuevo rey y te casarán conmigo.

Leónidas miró a su sobrina, una niña de nueve años, como a una extraña, no la conocía.

—Yo seré la reina, lo sería de todas formas si mi padre no tiene un hijo varón, tú eres su heredero y deberás casarte conmigo.

—Entiendo, dijo Leónidas

—Ya me estoy encargando de que mi madre no pueda tener hijos, le suministro unas hiervas a diario, son un potente anticonceptivo, lo aprendí de los ilotas mesenios

Leónidas escuchaba en silencio.

—No habrá heredero varón, tú reinarás y yo reinaré contigo, no tenemos prisas, mi padre morirá, tiene muchos enemigos y tarde o temprano lo cazaran. Debes estar enterado de todo pero no debes comprometerte a nada, me informarás de las conjuras y decidiremos la forma de actuar.

Leónidas se sorprendió al oírse decir—de acuerdo sobrina.

Gorgo se levantó y se dirigió hacia Pausanias con el que comenzó a jugar.

Leónidas la miró durante un rato, ¡era una niña!, sí, era una niña, tan inteligente o más que el propio Cleómenes, una niña inteligente, muy ambiciosa y peligrosa.

Aristágoras recibió la noticia de la partida de Cleómenes con desagrado, era evidente que estaba metido en los líos políticos de los espartanos.

Tres días más tarde se volvió a celebrar la reunión, Dionisio hábilmente cedió el protagonismo a Cleómenes.

—Milesio, tenemos una pregunta que hacerte, ¿cuántas jornadas hay desde la jonia hasta la corte de Darío en Susa?

Aristágoras dudo, si decía la verdad existía la posibilidad de que los espartanos se negaran a luchar, pero puede que ya supieran la respuesta y estuvieran probando la sinceridad del milesio.

—Majestades, éforos, la distancia entre la Jonia y Susa es de tres meses de camino, cientos de pueblos que los valiosos espartanos tomarán fa...

—No continúes amigo milesio, Esparta no luchará lejos de Grecia, debes abandonar Esparta antes de que se ponga el sol —sentenció Cleómenes interrumpiendo el discurso de Aristágoras.

Aristágoras abandonó la sala cabizbajo, aún tenía una carta que jugar.

—Sabia decisión Cleómenes, has sabido recoger el sentir de los éforos—añadió sarcásticamente Dionisio.

—No lo dudo, como tampoco dudo que los persas vendrán, lo que me interesa es que Esparta se aproveche de ese hecho. Aristágoras viajará a Atenas, conoce a Andrón y a Milcíades, luchó con ellos durante la campaña escita de Darío y corren rumores de que tuvieron que ver con el levantamiento jonio. Andrón y Milcíades tratarán de arrastrar a Atenas a la guerra y si Clístenes no anda listo lo conseguirán. Con una poca de suerte Atenas entrará en guerra contra Persia, los persas eliminarán la democracia de Atenas y restaurarán a Hipias como tirano.

—Si no hubieras depuesto a Hipias ahora no tendrían que reponerlo los persas—censuró Dionisio.

—Amigo Dionisio, yo no depuse a Hipias, fue el propio Apolo, ¿acaso dudas de la voluntad de los dioses?

—Claro que no, la devota Esparta siempre honra a los dioses

Dionisio sabía que Cleómenes de alguna forma había sobornado al oráculo de Apolo, el poder de un rey de Esparta era fuerte pero el del pueblo espartano a través de su asamblea era superior. Había enviado agentes a Delfos para conseguir pruebas para destituir a Cleómenes pero sus investigaciones concluyeron que el culpable fue Clístenes, el ateniense. ¿Acaso Clístenes y Cleómenes estaban confabulados? lo dudaba, Cleómenes nunca habría aceptado una democracia en Atenas, sin duda Clístenes engañó a Cleómenes y a la asamblea espartana. Por eso Cleómenes tenía tanto interés en eliminar la democracia, Clístenes se la había jugado. Por lo menos eso pensaba Dionisio y casi era la verdad.

Cleómenes llegaba a su casa, unos metros más allá jugaba Gorgo con el pequeño Pausanias, Aristágoras apareció de repente.

Gorgo al ver al Milesio corrió junto a su padre

—Majestad, me gustaría hablar con usted a solas.

—Habla libremente milesio, mi hija sabe callar.

—Majestad, olvidé decirle que como compensación por convencer a los éforos te pagaría 10 talentos, solo para ti, no sería parte del fácil botín que obtendrías por las conquistas y no estaría fiscalizado por los éforos.

—No me interesa milesio.

—Quizá sean mejor 20 talentos, solo para usted, se podría comprar Mesenia con ese dinero.

—Los espartanos no usamos dinero.

—50 talentos majestad, podrías comprar el Olimpo con esa cantidad.

Gorgo intervino en la conversación y con una mirada despectiva hacia Aristágoras añadió.

—Padre, si no despides a este extranjero acabará sobornándote.

Aristágoras miró con ira a la pequeña y Cleómenes rompió en una sonora carcajada

—Sí, tienes razón, ¡Aristágoras, debes abandonar la ciudad antes de la puesta de sol!

Cleómenes y Gorgo entraron en la casa.

—Muy sagaz hija mía, lástima que seas mujer, serías un magnífico rey.

—Padre, para ti los éforos no son obstáculo para hacer tu voluntad, para mi ser mujer no será obstáculo para reinar.

Cleómenes miró burlonamente a su hija.

Aristágoras partió una hora después rumbo a Atenas.

Andrón y Temístocles llegaron a un acuerdo para que este fuera el tutor de su hijo Diocles. Además, inscribieron a Aristágoras en la lista de asuntos a tratar en la asamblea, era terrible, había miles de asuntos que tratar inscritos antes, sin duda una estratagema de Clístenes.

Además, Clístenes había presentado una demanda ante los tribunales para solicitar la anulación de la adopción de Andrón, esta demanda se convirtió rápidamente en la noticia de moda, solo se hablaba de eso en la ciudad.

—La jugada de Clístenes es magistral—añadió Temistocles.

—Sí, Clístenes está muy mayor, pero sigue estando en plenas facultades, —añadió Andrón.

Diocles miraba perplejo, fue su tío quien le sacó de dudas.

—Sobrino, Clístenes ha saturado el registro de asuntos con miles de temas, así no se tratará el asunto de Aristágoras por lo menos en un año, cuando los persas ya estén movilizados y sea tarde para la Jonia. Aristágoras podría pedir ayuda a los arcontes, pero a estos los controla Clístenes. Además, para evitar que destapemos la maniobra y que la asamblea por aclamación decida tratar el asunto de Aristágoras ha presentado la demanda de anulación, esa es ahora la noticia en Atenas, y será la notica dominante cuando llegue Aristágoras, este pasará desapercibido, no será atendido por los arcontes, no será escuchado por la asamblea y el pueblo no le prestará atención pues estará pendiente del juicio.

—Entonces, ¿Clístenes ha ganado?

Todos callaron unos minutos

—¿Y la hermandad?—preguntó Andrón

—Clístenes la compró para no intervenir en este asunto, añadió Temístocles.

—Puedes haremos lo que no esperan—dijo Andrón alegremente.

Todos miraron a Andrón.

—La táctica de Clístenes es perfecta, no hay forma de presentar a Aristágoras a la asamblea, pero ¿qué pasaría si la asamblea por aclamación mañana mismo resolviera celebrar el juicio por la anulación de mi adopción?

Temístocles se sobresaltó y exclamó.

—¡Es brillante!—de un plumazo eliminarás las tretas de Clístenes, el pueblo deseará fervientemente que la adopción sea anulada, tú eres su héroe, un héroe que no solo odia como ellos a los persas, sino que los derrotó en Naxos y provocó la revuelta jónica, tu triunfó será su derrota, con ese triunfo el pueblo pedirá por

aclamación tratar inmediatamente el asunto de Aristágoras, la asamblea votará la guerra con Persia.

Así se hizo, la asamblea resolvió celebrar el juicio y la hermandad fue decisiva para ello. La hermandad no intervino en el tema de Aristágoras como había ordenado Clístenes, pero si intervino en el asunto de Andrón.

La adopción fue anulada y Andrón ya no era hijo de Clístenes, el pueblo recibiría a Aristágoras en masa como a un héroe, había instaurado la democracia en Mileto, había instaurado la democracia en toda la jonia y había desafiado a los odiados persas, habría guerra con Persia.

Clístenes sabía que Andrón y Milcíades había ganado, pero quizá se pudiera evitar la catástrofe que se avecinaba, la asamblea aprobaría sin duda el envío de un cuerpo expedicionario, pero ¿y si la expedición era mínima?

Magón montó en cólera, ¿cómo era posible que esos advenedizos griegos fueran tan insensatos?, podía entender a Clístenes, un estadista con visión de futuro que viendo lo inevitable quería situar a su pueblo en buena posición en el advenimiento del nuevo orden, pero esos fanáticos como Milcíades y Andrón, comprendía incluso a Aristágoras, un hombre desesperado y acabado que «huía hacia adelante», pero no entendía ese fanatismo que guiaba a los griegos a luchar por su libertad a pesar de saber que estaban perdidos, que no había opción alguna, aun así luchan por preservar su libertad e independencia.

Libertad, estúpida palabra, ¿qué es la libertad?, básicamente es hacer lo que a uno le dé la gana. Por este principio en el imperio persa solo Darío era libre, todos los demás hombres, desde la India hasta esa cloaca donde se encontraba ahora, Atenas, eran sus vasallos y debían hacer su voluntad. Pero Magón se sentía libre, los fenicios se sentían libres, quizá la libertad no fuera más que un sentimiento o un concepto, concepto discutido y discutible. ¿Cómo morir por un concepto?, un concepto que además era discutible. Eso era una locura, sí, eso era una locura, Andrón y Milcíades eran unos locos fanáticos que iban a llevar a su patria a la ruina por un concepto discutible.

Aristágoras por fin llegó a Atenas, fue recibido como un héroe que luchaba contra los persas y un adalid de la democracia.

Magón asistió al recibimiento atónito, era increíble, si hace apenas unos meses ese mismo hombre estaba al mando de un ejército persa sitiando la ciudad griega de Naxos.

La asamblea ateniense por aclamación dio la palabra a Aristágoras, Clístenes solo podía observar como su ciudad alegremente se dirigía al abismo.

—Hermanos atenienses, Mileto os necesita, la jonia entera os

necesitan, vuestros hijos os necesitan.

Gritos de júbilo interrumpieron el discurso.

—Hermanos, los barbaros nos amenazan, los persas quieren arrebatarnos nuestra libertad, quieren destruir nuestra democracia —hizo una pausa para que se difundiera su discurso—Atenienses, en la jonia están vuestras murallas, allí habitan vuestros descendientes, allí habitamos vuestros hijos, hijos a los que abandonasteis cuando Creso nos ocupó, porque Solón, el aristócrata, era su amigo, prefirió abandonar a su sangre a enfrentarse a su amigo. Lo mismo hizo Pisístrato, el tirano padre de tiranos, dejó a sus hijos solos ante los persas, nos habéis abandonado dos veces, dos veces habéis permitido que los barbaros nos sometan, dos veces permitisteis que vuestra sangre, que vuestros hijos fueran esclavos, ustedes, nuestra metrópolis, la patria de nuestros antepasados nos habéis abandonado en manos bárbaras, ¿volveréis a hacerlo?—guardó silencio durante un momento, estaba siguiendo el mismo patrón que había utilizado con los espartanos, ahora había que mostrarles lo fácil que era vencer a los persas—lo peor de todo hermanos nuestros, no es que no hayáis abandonado dos veces, lo peor es que los barbaros no son rival—hizo de nuevo una pausa—Naturalmente son muchos, y si luchan con los griegos ciudad por ciudad vencerán, a costa de muchas bajas eso sí, no puede ser de otra forma, ¿sabéis que usan pantalones y se pintan como mujerzuelas?, ¿sabéis que luchan sin armaduras?—volvió a hacer una pausa—como lo escucháis, esos barbaros afeminados luchan sin armaduras y no sólo eso, usan flechas y jabalinas en vez de lanzas y espadas, ¿cómo podrían parar el muro demoledor de la falange hoplita?, sencillamente no pueden, como lo escucháis, el ejército combinado de toda la jonia junto a su madre patria barrería fácilmente del campo de batalla a esos barbaros, da igual cuantos sean, serían fácilmente aniquilados por nuestros hombres de bronce, ¿acaso los escitas no los derrotaron? , y eso que los escitas luchan como ellos, como cobardes, a distancia, sin armaduras y lanzando palitos, pues los derrotaron, yo estaba allí y lo vi, también lo vio Andrón y Milcíades, insignes atenienses ambos. Y no solo los derrotaron los escitas, también los derrotaron los naxios, sí, los naxios, hace apenas unos meses fracasaron en su intento de tomar Naxos, fueron derrotados por unos griegos como nosotros. No lo dudéis, los hechos hablan por sí mismos son cobardes y afeminados, no usan armaduras y luchan con palitos, pero hay más, como lo escucháis, hay más—volvió a hacer una pausa—son inmensamente ricos, tan ricos que el propio Zeus palidece ante su riqueza, tienen oro en abundancia, mares de plata, mareas de ganado e infinitas cosechas, son millones, millones de posibles esclavos y todo eso será vuestro, es vuestro ya de hecho, cada miembro de esta asamblea será tan rico como un rey.

Volvió a hacer una pausa, la codicia hizo mella en el corazón de los atenienses que antes ya estaban dispuestos a ir a la guerra contra los bárbaros, gritos de júbilo inundaron el ágora grande, Clístenes estaba al borde de un ataque al corazón

—Como se puede ser tan insensatos, no se dan cuenta que nos van a meter en un desastre del cual no saldremos, se dirigen alegremente hacia su propia destrucción, ya llorarán cuando los barbaros asolen el Ática, ¿cómo se puede ser tan irresponsable?, ¿cómo se están dejando engañar?, llega un demagogo extranjero, un tirano de Mileto, les dice lo que quieren escuchar y los arrastra al desastre, ¿es que no ven que lo que promete el milesio es mentira?, si fueran unos cobardes afeminados no habrían conquistado el mundo y lo han conquistado y ha sido precisamente Darío, el actual rey de Persia, Darío, Darío el Grande, el hombre que llevó a su pueblo a la máxima expansión territorial, con ese hombre quieren meterse.

Megacles agarró a Clístenes.

—Calma padre—la guerra con Persia es ya inevitable, Milcíades y Andrón han ganado de momento.

Clístenes se recompuso y solicitó la palabra, de nuevo el viejo zorro tenía una carta que jugar.

—Atenienses, Atenas no abandonará a sus hijos esta vez, Atenas irá a la guerra contra los bárbaros—aquellas palabras sorprendieron a todo el mundo, Aristágoras miró a Andrón y este miró a Temístocles, se hizo el silencio en el ágora por un momento Clístenes reaccionó —Atenas enviará su ejército a la jonia a luchar con sus hermanos contra los persas—una aclamación interrumpió sus palabras, Clístenes se había hecho con el control de la situación.

Temístocles cogió del brazo a Andrón

—Esto huele mal—añadió.

—Los enemigos de nuestros amigos son nuestros enemigos…

La asamblea volvió a interrumpir con gritos de júbilo. Aristágoras, Andrón, Diocles y Temístocles se miraban perplejos, Megacles y Jantipo sonreían, era evidente que tenían preparado algo.

—Amigo milesio—añadió Clístenes—vienes de Esparta, dinos, ¿enviará Esparta tropas a la jonia?—se hizo el silencio y todos miraron a Aristágoras—No hace falta que respondas, yo os lo diré ciudadanos, no, no las enviarán y no las enviarán porque saben que nosotros si lo haremos, naturalmente que lo haremos, nuestro ejército irá a la jonia, eso es seguro, y los espartanos lo saben y por eso Cleómenes querrá aprovechar la ocasión, nuestras tropas lejos, Atenas indefensa, vendrá él mismo de nuevo aquí, vendrá al frente de su ejército, como hizo no hace mucho y no tendremos nada que oponerle, pues nuestro ejército al mando de nuestro más insigne general Andrón estará en la jonia —hizo de nuevo una pausa—el silencio era sepulcral

—Atenas irá a la jonia amigo milesio—continuó Clístenes —como nos has indicado, los barbaros son cobardes, afeminados y fáciles de vencer—una representación ateniense, digamos 1.500 hoplitas y unas 20 naves será más que suficiente, total los barbaros saldrán corriendo a entregarnos sus tesoros nada más vernos formar nuestras falanges, será como una excursión, preguntadle a los naxios o a los escitas—la asamblea continuaba en silencio

—Pero los espartanos es otro cantar, esos no son cobardes ni afeminados, de hecho, sólo un hombre los ha podido vencer, Andrón, propongo que Andrón sea nombrado comandante en jefe de nuestra milicia y que esta se movilice para disuadir a Cleómenes de un eventual ataque— propuso Clístenes

Gritos de aprobación se elevaron en la asamblea

—También propongo a Melantie como comandante en jefe del cuerpo expedicionario ateniense en la jonia—un clamor se alzó en el ágora

La asamblea aprobó enviar un cuerpo expedicionario a la jonia, Melantie, hombre cabal y reputado militar y sobre todo fiel partidario de Clístenes sería el comandante en jefe del reducido cuerpo expedicionario ateniense a la jonia, 20 naves y 1.500 hoplitas, Andrón de nuevo era el jefe de la milicia de Atenas.

—Muy hábil Clístenes, con esa memez de los espartanos retiene el ejército ateniense en el Ática, a ti Andrón te aleja de la jonia y la expedición la comanda un partidario suyo famoso por su extremada prudencia en el mando, lo raro sería que nuestras tropas no le pidieran permiso a los persas para luchar con ellos—añadió Temístocles.

—Eso no importa—añadió Aristágoras—el mando del ejército aliado no lo tendrá Melantie, lo tendrá mi hermano Caropino. Por muy conservador que sea este cuando esté en línea frente a los persas tendrá que luchar. Además, Atenas esta formalmente en guerra con Persia, ha unido su destino al de sus colonos de la jonia, da igual que mande 1.000 hombres como 10.000, Atenas compartirá la victoria con sus hermanos jonios o la destrucción con sus hijos de la jonia, conozco a Darío y es muy vengativo, solo nos queda vencer o morir, tanto a los jonios como a los atenienses.

—Me temo que estas en lo cierto mi querido Aristágoras —agregó Andrón.

Clístenes, Megacles, Jantipo y Magón se reunieron en el domicilio de Clístenes

—Señores, ¿es lo que queríais?, guerra, pues guerra tendréis, ¿qué creéis que estamos haciendo ahora?, yo os lo diré, se están reclutando tres ejércitos en todo el imperio y se está construyendo una nueva flota en mi patria, Fenicia. El año que viene, cuando llegue el buen tiempo, los tres ejércitos se pondrán rumbo a la jonia y todo

habrá terminado, vuestra patética rebelión será eliminada, Atenas será arrasada y vuestros hijos serán nuestros esclavos, vuestras hijas habitarán en nuestros harenes y ustedes tendréis de nuevo a Hipias como gobernante de la provincia Persa del Ática, ese es el futuro de Atenas y de los griegos—dijo enojado Magón

—Si somos enemigos no tenemos nada más que hablar—añadió fríamente Clístenes.

—Persia siempre recompensa a sus amigos, aunque habiten un nido de víboras como Atenas—respondió Magón conciliador.

—¿En qué tipo de recompensa piensas?

—Hipias volverá a ser el tirano de Atenas, así lo ha dispuesto Artafernes, pero es un anciano, será tirano mientras viva, cuando muera alguien de tu familia, tú Megacles, podrías ser el nuevo tirano.

Clístenes no dijo nada, nadie pronunció palabra alguna, Magón salió de la casa con una sonrisa en la cara.

—Hemos derrotado a Andrón en la asamblea padre, él no comandará el ejército ateniense en la jonia y este ejército será simbólico.

—Hijo mío, Andrón nos ha derrotado, sí, le hemos privado del mando, pero él ira a la jonia, tenlo por seguro, sobre el número de tropas, eso es irrelevante, lo relevante es que el ejército ateniense ocupará territorio persa, que el pueblo ateniense les ha declarado la guerra y ha enviado su marina y su ejército contra ellos, da igual que sea un barco con 50 infantes de marina o los 10.000 hoplitas de Atenas.

—Pero entonces...

—Andrón debe ser el jefe del ejército ahora, no sabemos qué trama Cleómenes, quizá espere que enviemos las tropas a la jonia para invadir el Ática.

El cuerpo expedicionario ateniense

Aristágoras partió para Mileto vía Eretria, lo que restaba de invierno lo ocupó en amotinar a los peones, pueblo tracio deportado por Darío años antes a Asia, contra el imperio. Los peones instigados por Aristágoras abandonaron su asentamiento en Asia y volvieron a Tracia transportados por la flota jonia, esto hizo que durante todo el invierno las fuerzas imperiales anduvieran por toda Asia menor tras los peones y no se ocuparan de la revuelta.

Andrón dirigió el ejército ateniense hasta el cruce, allí ya se enfrentó a los espartanos con éxito en el pasado. La expedición ateniense estaba lista para embarcar hacia la jonia y Eretria envió cinco naves con 150 hoplitas que se integrarían en el contingente Ateniense.

Eretria tenía una deuda de gratitud con Mileto por el apoyo militar que esta le había prestado en el pasado contra Samos, enemiga tradicional de Mileto.

Un nuevo suceso conmocionó Atenas, Clístenes, el padre de la democracia y el líder de Atenas murió.

La noticia era esperada pero no por eso causó menos impresión, Clístenes siempre había estado gobernando Atenas desde que se formó la democracia y ahora esta parecía huérfana.

En la ciudad y a causa de la guerra con Persia había dos facciones claramente diferenciadas, los partidarios de la guerra contra Persia por un lado, un grupo heterodoxo que si no existiera guerra seguramente militarían en bandos opuestos, compuesto por aristócratas del partido democrático como Milcíades o Temístocles, ricos comerciantes del partido democrático como Diocles o Andrón y aristócratas del partido aristocrático como Arístides. Solo les unía el odio al persa.

En el partido por la paz con Persia pasaba lo mismo, estaban casi todos los miembros del partido aristocrático, los partidarios del finado tirano y muchos comerciantes del partido democrático que realizaban operaciones comerciales con el imperio persa. Esta facción estaba comandada por Megacles y Jantipo.

En las elecciones celebradas salió como Arconte Diocles, hermano de Andrón, Megacles obtuvo el arconato de su tribu, como también lo obtuvo Jantipo, aun así, los partidarios de la guerra eran mayoría en el nuevo gobierno de Atenas.

Diocles trató de que el mando de la expedición a la jonia le fuera otorgado a Andrón pero Jantipo con un discurso brillante ante la asamblea logró que Andrón, máximo activo militar de Atenas, continuara al mando del ejército en el Ática ante un eventual ataque

espartano.

Por fin llegó el buen tiempo y salió la flota ateniense rumbo a Éfeso, entre los hoplitas embarcados había un joven de apenas 14 años que se había formado con la milicia de Naxos. Un joven que a pesar de su corta existencia ya había estado en la guerra, había luchado contra los persas unos meses antes en Naxos y sobre todo, era el hijo de Andrón, Diocles. Megacles sabedor de los deseos de su antiguo sobrino lo había incitado a alistarse. Como el jefe de la expedición era partidario suyo no hubo problemas en enrolarlo. La tropa lo cogió con júbilo, era el hijo del gran Andrón y ya que él mismo por deseo expreso de la asamblea no podía guiarlos, su hijo si estaría con ellos, pensaban que este les traería suerte, ya había combatido a los persas y los había derrotado.

Megacles se relamía de gozo, sabía que cuando Andrón supiese que su hijo se hallaba junto al cuerpo de ejército ateniense en la jonia iría a buscarlo abandonando el mando del ejército.

Lo podría acusar de deserción, y eso en tiempos de guerra estaba penado con la muerte.

Éfeso fue el lugar acordado para la reunión, Diocles desembarcó en Coposo junto al resto de los atenienses y fueron alojados en varios destartalados barracones improvisados para tal fin. Junto los atenienses estaban los 500 hoplitas de Eretria y los griegos del Quersoneso.

—Las tropas de tío Milcíades—pensó Diocles.

El joven pidió permiso a su superior inmediato y se dirigió a ver a su tío, el comandante ateniense fue informado de inmediato, la trampa a Andrón estaba activada.

Milcíades se disponía a salir de su tienda para el consejo de guerra que se celebraría minutos después cuando se encontró de frente con Diocles

—Estás muy alto y guapo sobrino, te sienta muy bien la armadura. Acompáñeme

Diocles miró a su tío, este no parecía sorprendido, comenzaron a caminar con paso firme

—Vale tío.

—Supongo que Megacles tuvo algo que ver en tu enrolamiento

—Sí tío.

—Bueno, estas aquí y eso es lo que importa..

Entraron en un gran barracón, allí estaban todos los jefes de la jonia, el comandante ateniense y el eretrio.

—Hermanos, griegos, hay vamos a dejar claro a los persas que somos libres, hoy vamos a dejar claro a los persas que la jonia esta unida, que nos apoya toda Grecia, vamos a decirle a los persas que se olviden de nosotros y nos dejen en paz.

Todos aplaudieron entre vítores.

Aristágoras expuso entonces un mapa de bronce de grandes proporciones tapado hasta ahora con una gran sabana justo detrás de él.

—Debemos dejarles claro que vamos en serio, y creo que eso implica acción, continuó Aristágoras.

—¿Qué tipo de acción?—planteó el delegado de Halicarnaso.

—Una acción militar que incline a los indecisos a unirse a la rebelión.

—Sí, pero que acción, preguntó el comandante samio.

—La mejor defensa es un buen ataque—añadió Milcíades.

—Exacto, y eso haremos, atacaremos el corazón persa de la zona, atacaremos Sardes, sede de la satrapía, si Sardes es destruida, los indecisos se unirán a la revuelta, puede que hasta Egipto y Babilonia lo hagan, Darío tendrá una insurrección general entre manos—añadió con pasión Aristágoras.

Todos callaron meditando la prepuesta

—Los carios, los lidios de la costa y los tracios desde luego que se unirían a nosotros si tomamos Sardes, puede que los chipriotas también, hay muchos griegos allí—dijo Milcíades como para sí.

—Chipre es fundamental, con la toma de Sardes se sublevaría, ¡están frente a Fenicia!, sería el objetivo número uno de Darío y con ello alejaríamos la guerra de la jonia—respondió Aristágoras—.Está claro que todo pasa por tomar Sardes—dijo Aristágoras.

La reunión parecía un diálogo entre Milcíades y Aristágoras, estaba claro quiénes eran los cabecillas de la insurrección.

—A Sardes podemos ir desde Éfeso y atacarla desde el norte o podemos bajar a Mileto y atacarla desde el oeste—propuso Aristágoras.

—También podemos ir a Halicarnaso y atacarla desde el sur —añadió el comandante de Halicarnaso.

—La escaramuza de este invierno de los peones ha dejado muchas cosas claras, primero que los persas apenas tienen tropas en Lidia, segundo que los persas apenas tienen flota. Sabemos que están construyendo una nueva flota, sabemos que están reclutando al menos dos ejércitos, si desplazamos el ejército griego a Mileto o Halicarnaso les daremos tiempo a que sus ejércitos entren en Lidia, debemos atacar ahora, debemos atacar desde aquí, en tres días estaremos en Sardes por el norte, los cogeremos sin tropas y por sorpresa, nunca imaginarán un ataque nuestro y mucho menos por el norte, esperaran algún ejército nuestro cerca de Mileto—replicó Milcíades.

Todos asintieron.

Efectivamente, los persas tenían dos ejércitos en marcha hacía Lidia en esos momentos, pero el incidente de los peones hizo que un

tercer ejército persa se adelantara a Lidia y estaba acampado a las afueras de Sardes, en el camino a Mileto.

Datis estaba al mando de este ejército, un general experimentado que ya participó en la campaña escita, se reunió con Artafernes la víspera de su partida.

—Según nuestro servicio de inteligencia, los rebeldes con un pequeño apoyo de Atenas y Eretria se están congregando en Éfeso.

Datis hizo una pausa.

—Bien, fue un error, debieron reunirse en Mileto pues es ahí donde te dirigirás.

—Sí mi noble Artafernes, Mileto es la cuna de la revuelta cuando la tomemos descabezaremos la rebelión.

—Aristágoras, Milcíades y Andrón deben ser neutralizados, sin ellos no habrá conflicto.

—Los otros dos ejércitos, cuando lleguen, serán enviados uno al norte, a Éfeso y otro al sur, a Halicarnaso y a mantener el orden en la Caria, los carios parece ser que están sopesando unirse a la revuelta.

—Los carios, los chipriotas y los tracios, mi querido Datis.

—No les daremos opción, dentro de cuatro o cinco días Mileto estará arrasada y todos los rebeldes se rendirán en masa, los tracios, los carios, los chipriotas o cualquier otro pueblo que este conspirando ahora contra nosotros sufrirán un repentino ataque de lealtad.

—Sí mi querido Datis, y les devolveremos la visita a Atenas y Eretria, debemos ser corteses, y ya que andamos por la Grecia europea pues nos la quedaremos.

Los griegos siguieron el curso del río Caistro hacia el este guiados por los efesios hasta el monte Tmolo, en la cara sur de este monte instalaron sus cuarteles y enviaron exploradores a Sardes.

Datis se dirigió a Mileto pero tuvo que detenerse mucho antes, sus ojeadores descubrieron infinidad de patrullas griegas, el ataque sorpresa a Mileto era imposible, aun así decidió no dejarse ver por los griegos hasta que los otros dos ejércitos entraran en Lidia, luego coordinarían un ataque conjunto a toda la jonia. El ejército de Datis quedó acampado a día y medio de Mileto… y de Sardes.

Los exploradores griegos informaron de que Sardes estaba prácticamente indefensa, solo habría alguna tropa en la acrópolis, en el palacio del propio Artafernes.

Caropino, hermano de Aristágoras, era el comandante en jefe de la expedición, con muy buen criterio, decidió que un comando formado por jonios que conocían Sardes tomaría las murallas y así asegurarían la entrada del ejército en Sardes.

Milcíades y Aristágoras volvieron a Mileto, Aristágoras mandó a sus agentes a la Caria para incitar a estos a la rendición, además había

rumores de un ejército persa cerca de Mileto, sin duda bulos difundidos por los persas, pero habría que estar alerta, o parecerlo por lo menos

Aristágoras movilizó a todo hombre útil que no estaba con Caropino, triplicó los centinelas de la ciudad y puso vigías en todo el perímetro a Mileto con un radio de un día de distancia, si algún ejército se aproximaba él lo sabría.

Milcíades envió agentes más allá de la Lidia, debía encontrar, evaluar y notificar sobre los ejércitos persas, su composición, dirección, situación, etc.

Además, envió agentes a Chipre y comenzó a elaborar la campaña para recuperar los estrechos, ¿no era por eso esta guerra?

Sardes en llamas

Andrón recibió la visita de Megacles en el campamento. Este mantenía el ejército activo con continuas maniobras, además había infiltrado agentes en Corintio y en todas las ciudades del Peloponeso, tenía vigilados los caminos de salida de Laconia, no había nada, nada de nada. si Esparta estaba organizando una coalición no era de forma inmediata.

—Qué te trae por aquí Megacles.

—Directo al grano, ¿verdad?

—Para que perder el tiempo con formulas vanas.

—Soy arconte de Atenas y vengo a inspeccionar el estado de las tropas.

—¡Ah!, sí, por supuesto.

—Qué valor tenéis en tu familia, se ve que estáis hechos de otra pasta, la pasta de los héroes.

Andrón miró sobresaltado a Megacles, este se percató

—Tu hijo es muy valiente al enrolarse en el cuerpo expedicionario, tú también quisiste ir, la asamblea no te lo permitió, te consideramos más útil aquí, hay que tener a los mejores perros guardianes cerca de casa.

Había venido para provocarlo, para contarle que su hijo estaba en la Jonia, para que lo agrediera y abandonara el ejército sin licencia.

—Sí Megacles, los atenienses, por lo menos la mayoría, estamos hechos de la misma pasta que los héroes, en tu caso no, pero mi hijo por supuesto que sí. Si vienes a inspeccionar, adelante, ahora estoy ocupado.

Tenía que ir a la Jonia, ese era su lugar, en cambio, estaba allí esperando un ataque improbable de los espartanos, seguro que Megacles argumentaría que el ataque no se producía por la movilización de la milicia, pero es que no había preparativos de guerra.

Era evidente también que Megacles pretendía prenderlo, juzgarlo y condenarlo a muerte, nada gustaba más al pueblo que un héroe, pero la caída de este, era sublime, por eso a los atenienses les gustaban tanto de las tragedias.

Ahora no podía escapar, tendría que esperar otra oportunidad, ¡Milcíades!, seguro que andaba por Éfeso, él se haría cargo de su sobrino hasta que Andrón llegara.

Milcíades no consiguió que Melantie cediera a su sobrino al contingente tracio, es más, le aseguro que lucharía junto a él en la línea, lo cual era un honor.

Y una maldición, el polemarca se solía situar en el lado derecho junto a sus mejores hombres, pero matar al polemarca era una forma rápida de terminar con la batalla, por lo que el flanco derecho solía estar muy castigado por hostigadores antes y durante la batalla, si una flecha, jabalina o piedra derribaba al polemarca la línea se derrumbaría y comenzaría la matanza.

Diocles fue convocado a una reunión secreta, los partidarios de su padre, el bando de la guerra tenía planes

Hermócrates, un rico comerciante de vino inició la sesión

—Debemos asegurarnos de que los persas no se olviden de que Atenas participa en esta compaña, el plan de Megacles con la designación de Melantie es que Atenas participe de forma simbólica en la campaña, así siempre podrán alegar que activamente no participamos en la guerra, ¡esos cobardes! No importa, Sardes no solo debe ser tomada, debe ser destruida, así el mensaje será más contundente, y debe ser destruida por Atenas, a pesar de Melantie, nosotros la destruiremos. ¿os habéis fijado en sus construcciones?, son de adobe con tejados de paja, ¡de paja!, cualquier chispa hará que eso prenda de forma inmediata, pero eso vendrá después, antes hay que saquear, matar y violar, los persas deben recordarnos.

Todos asintieron, el joven Diocles estaba estupefacto, tenía una imagen idílica de la guerra, una lucha entre guerreros en un claro del bosque, cerrar filas, luchar a muerte con otros guerreros, vencer y volver a casa lleno de gloria, como su padre hizo con los tebanos, pero aquello no era la guerra, casi no había tropas en Sardes, se infiltrarían como ladrones, matarían, saquearían y violarían a civiles indefensos, destruirían la ciudad por razones políticas.

Hermócrates pareció leer los pensamientos de Diocles.

—Muchacho, tu padre no es un santo, esto es la guerra no lo dudes.

Un hombretón pelirrojo dio una palmada a Diocles

—¡Esta es la parte bonita de la guerra, matar, violar, saquear!

Todos rieron aparatosamente.

Hermócrates se quedó con Diocles y todos se marcharon

—Tu tío Milcíades me encargó que cuidará de ti. Trató de llevarte junto a él pero Melantie se negó, mucho me temo que trame tu muerte.

Diocles estaba perplejo.

—Si mueres en combate nadie podrá acusar a Melantie ni a Megacles, todos sabrán que ellos te mataron, pero nadie podrá probarlo, tu padre es el objetivo y tu solo eres una forma de hacerle daño. No te preocupes, haz lo que yo te diga y saldrás de esta.

Mientras los ojeadores de Datis eludían las patrullas griegas y evaluaban las defensas de Mileto, los incursores de Caropino tomaron

las murallas de Sardes, el ejército avanzó rápidamente hacia la ciudad pero los centinelas de la acrópolis dieron la alarma. Demasiado tarde para impedir la entrada en la ciudad pero a tiempo para cerrar la fortaleza de la acrópolis y movilizar la guardia personal de Artafernes, el hermano de Darío y sátrapa de Lidia.

Artafernes subió a una torre que dominaba la ciudad y vio como se desplegaban las tropas griegas, la fortaleza fue sitiada y se tomaron los cruces estratégicos de la ciudad. Artafernes estaba tranquilo, su guardia personal no era lo bastante numerosa para defender las murallas de Sardes pero si era más que suficiente para defender la fortaleza interior, además los invasores no traían máquinas de asalto, Datis mandaba todas las tardes informes a Sardes, en día y medio llegaría un mensajero y vería la ciudad tomada por los griegos, este avisaría a Datis y este volvería para liberarlo, además tenía noticias de que los otros dos ejércitos estaban a tres o cuatro días de Sardes, su cautiverio por tanto no sería inferior a tres días

Nada más entrar los atenienses en Sardes, Hermócrates fue por Diocles.

—Sígueme si quieres vivir

El joven se retiró de Melantie y fue tras Hermócrates, a su señal, todos su seguidores rompieron la formación y con gritos de locura comenzaron la matanza, el resto de los Ateniense se les unió en el acto y lo mismo hizo el contingente Eretrio que le seguía y el samio que le precedía, pronto medio ejército griego estaba saqueando, matando y violando.

Caropino terminó el cerco a la acrópolis y vio como la mitad de sus fuerzas se lanzaban a una orgía sangrienta, a duras penas pudo contener a los milesios y a los hoplitas de Halicarnaso para que no se unieran a la fiesta.

Hermócrates, Diocles y tres hombres más entraron en una lujosa villa derribando la puerta, tres esclavos les salieron al paso Hermócrates apartó a uno de ellos con un golpe con el escudo y atravesó a otro con su lanza, el tercero se dirigió hacia Diocles con un hacha para cortar leña en alto. Diocles soportó el golpe del hacha con el escudo y clavó su lanza en el estómago del esclavo, este cayó al suelo moribundo

—Muy bien chico, pero esa herida lo matará lentamente, remátalo si no quieres que con su último aliento te dé muerte, dijo Hermócrates

Diocles miró al esclavo retorciéndose de dolor en el suelo, dudo.

—Mátalo ya si quieres vivir.

Diocles descargó su lanza sobre el cuello, el esclavo dejó de gritar y de moverse, estaba muerto

—Ven ahora viene lo mejor.

Comenzaron a explorar la casa protegidos con sus escudos y con la lanza sobre sus cabezas, cuando encontraban a alguien lo mataban, dos, tres, cinco, ya no sabía cuántas personas indefensas había matado

Entraron en una habitación, allí estaban ocultas las esclavas y los señores de la casa, mecánicamente mataron a los hombres.

Al saqueo ya se había unido una decena de hombre, todos miraron a las jóvenes unos segundos, se lanzaron sobre ellas y comenzaron a golpearlas mientras les arrancaban la ropa, pronto estaban desnudas, sangrando y siendo violadas, Hermócrates estaba penetrando a una niña de apenas la edad de Diocles cuando vio al joven petrificado, le propinó un fuerte puñetazo y la dejó casi inconsciente, se incorporó y fue por Diocles.

—¡Dioses, es que el gran Andrón no te ha enseñado nada!, esta debe ser una de las hijas del dueño, mira que manos, y que piel, además era virgen, bueno, por detrás todavía lo es. Hermócrates le dio la vuelta a la joven aturdida.

—Es para ti, vamos ¡jódela!, hazle lo que quieras.

Diocles se dejó llevar por el sangriento frenesí, la vista de la joven desnuda lo excitó.

—Ahora viene el saqueo, mira a esos bobos, recogen esos aparatosos objetos, valiosos sin duda, pero aparatosos, piensa que lo que cojas debes llevarlo a Atenas, tres días acarreando todo eso en territorio enemigo. Siempre puedes malvenderlo a un comerciante del ejército, pero si continúas siguiendo mis indicaciones, matarás mucho, joderás más y llegarás rico a Atenas—abrió un arcón—mira daricos de oro, son pequeños y fáciles de transportar, coge esos de ahí y mételos en una bolsa, átatela a la cintura tras la espada, ahora coge esas gemas.

Aquel día fue muy largo, Diocles perdió la cuenta de las personas que mató y las muchachas que violó, además era virtualmente rico.

Al caer la noche Hermócrates reunió a su grupo.

—La verdad es que no lo pasaba tan bien desde que viene de la Magma Grecia, ahora está oscureciendo, pienso que podríamos iluminar esto un poco.

Rápidamente se improvisaron unas antorchas y comenzaron a prender fuego a los tejados de paja. El fuego se propagó rápidamente.

Caropino desde el cerco de la Acrópolis vio el resplandor de las llamas, pronto le llegaron noticias del incendio, la población estaba abandonando la ciudad presa del pánico y el ejército griego hacía lo propio. No le quedó más remedio que levantar el sitio.

Artafernes desde la fortaleza observaba los acontecimientos, vio

como se iniciaba el incendio, vio como la población enloquecida abandonaba la ciudad, vio como los griegos huían con su botín y vio como levantaban el sitio, ahora era el momento, ordenó a su guardia un ataque a la retaguardia griega que se retiraba apresuradamente.

Los griegos se reagruparon en su campamento más allá de la vista de las murallas de Sardes, Caropino reunió a los jefes de los diferentes contingentes

—Bueno, lo importante es que nuestro objetivo de cumplió, hemos tomado, saqueado y arrasado Sardes, no hemos capturado a Artafernes, una lástima, pero no influye para nada en el éxito de la misión.

—Sí, comentaron al unísono los presentes

—Existen rumores, informaciones de prisioneros y supuestos emisarios vistos en el camino a Mileto, de que un ejército persa puede estar situado en el camino de Mileto, añadió el polemarca samio.

—Debemos confirmar ese rumor rápidamente, esta posición no es segura, creemos que hay dos ejércitos persas que viene hacia aquí, si esos rumores son ciertos los dos ejércitos podrían estar ahora en el camino de Mileto—reflexionó Caropino.

—Lo más sensato será buscar el abrigo de la costa, y confirmar si hay tropas persas en Lidia—apuntó Melantie

Los griegos enviaron observadores al camino de Mileto y comenzaron la vuelta a Éfeso, iban confiados, cargados con los tesoros arrancados a Sardes y muy despreocupados, no tomaron las elementales medidas de precaución de enviar patullas a la vanguardia y la retaguardia del ejército. Además, a esta columna había que añadirle la de esclavos capturados en Mileto, y una legión de mercaderes y prostitutas, muchos del propio Sardes que iban tras el ejército para hacer negocio con los soldados, ahora hombres muy ricos tras el saqueo.

—Esto es lo que yo llamo vida—añadió Hermócrates—yo mi fortuna la hice así, me gusta la guerra, decidir sobre la vida y la muerte, sentir el poder, ¿lo has sentido verdad Diocles?, claro que sí, mírate ahora, no pareces el mismo, y sigues siendo un adolescente, pero ya eres un hombre, has probado el poder real, y has ganado confianza, has visto y has cometido atrocidades, eso te ha hecho despertar a la edad adulta, has perdido de golpe todo vestigio infantil y sabes que eres poderoso, sabes que puedes matar a quien te incomode con tus propias manos, ya lo has hecho, sabes que puedes poseer a cualquier chica o chico si lo deseas, sólo tienes que tomarlos por la fuerza, no solo eres poderoso, eres decidido y eso te da ventaja, es una sensación maravillosa verdad

—Sí que lo es

—Además eres rico, mira a tus compañeros, cargados hasta

arriba de costosa chatarra, nosotros apenas cargamos el equipo militar y estas bolsas en el cinturón, y lo curioso es que tenemos tanto dinero o más que ellos. Inteligencia Diocles, hay que saber donde luchar y que saquear. Para mí esta guerra ya terminó.

—¿Pero cómo? —preguntó Diocles

—Esta guerra se pondrá fea para nosotros, dudo que volvamos a saquear alguna ciudad persa, es más presiento que las ciudades saqueadas serán las nuestras.

—Pero si hemos ganado.

—Exacto, hemos ganado, ahora aplicamos la inteligencia y nos volvemos al Ática, cogemos un barco y nos vamos a Sicilia, ¡Oh Siracusa!, tengo una casa allí, aquello es el paraíso para unos caballeros de fortuna como nosotros, bellas mujeres, muchas guerras en las que alistarnos, muchos saqueos y violaciones, ¿sabías que los siracusanos comen tres veces al día?

—No, no lo sabía, pero creo que deberíamos luchar aquí contra los persas.

—Créeme Diocles, aquí ya solo queda sufrimiento para nosotros, mira a tu alrededor, ¡ni siquiera enviaron ojeadores!, créeme, esta relajación no es buena, si apareciera un ejército persa nos masacrarían.

Datis recibió atónito las noticias de la toma de Sardes, ¿cómo era posible? De inmediato ordenó la marcha sobre Sardes y envió ojeadores para localizar al ejército griego. La sorpresa se tornó en indignación cuando se enteró del saqueo e incendio de la ciudad.

A medio día de camino de Sardes se capturaron dos ojeadores griegos, se les torturó con saña y gracias a ello se enteraron de que el ejército griego había partido hace apenas un día hacia Éfeso, también supieron que el ambiente entre los griegos era relajado y confiando, estaban eufóricos por su victoria, iban cargados con los tesoros de Sardes e iban despacio.

Datis envió el ejército al camino de Éfeso, envió ojeadores en esa dirección y se adelantó con la caballería meda a Sardes.

Allí encontró la ciudad calcinada, incluso el gran templo a Cibeles fue destruido por los griegos, la fortaleza estaba intacta. Artafernes recibió a Datis con alegría.

—Debí prever una cosa así, es lógico que nos atacaran, cuando se corra la voz los pueblos indecisos, como los Carios, los Tracios y puede que los chipriotas se unirán a la rebelión—se quejaba amargamente Artafernes.

—Lo importante es que tenemos al ejército griego en nuestras manos, van camino de Éfeso como a un día de aquí y sobre todo no nos esperan, los podemos sorprender con el botín de Sardes en sus manos, serán aniquilados y después de esa derrota dudo mucho que

vuelvan a enviar un ejército contra nosotros, aún podemos tornar la derrota en Victoria.

—Pues a por ellos Datis, además tengo buenas noticias, a un día de aquí también llegan dos ejércitos más.

—Perfecto, manda uno tras el mío a Éfeso y el otro que se dirija a Mileto.

Los ojeadores persas rápidamente localizaron el ejército griego. Datis forzó la marcha y pronto los alcanzaron, la columna griega avanzaba lenta y despreocupadamente.

Datis convocó un consejo de guerra con los comandantes del ejército de apoyo que se había adelantado

—El ejército de apoyo nos alcanzará mañana. Los griegos mañana llegarán a la costa—señaló un lugar del mapa—aquí está la flota griega. Fijaos en este valle, por aquí pasaran para embarcarse y allí libraremos la batalla, cerca de sus barcos, así tendrán la tentación de romper filas y huir a sus naves. Además, atacaremos con la pendiente a nuestro favor, así nuestros dardos llegarán más lejos.

Datis hizo una pausa, los comandantes miraban el mapa, había un paso que cruzaba una pequeña cordillera paralela a la costa, por allí pasarían los griegos, luego iniciarían el descenso hacia la costa y hacia su flota, ellos llegarían detrás y formarían en la altura, los griegos tendría que formar con la pendiente en contra o tratar de alcanzar las naves, en ambos casos la ventaja estaba con los persas, salvo que los griegos protegieran en paso, claro está.

—Por si algunos de ustedes no lo sabéis, los griegos luchan de una forma especial, los vi en la campaña escita, ellos lo llaman formación cerrada, colocan sus escudos solapados los unos contra los otros, formando un muro de madera y bronce, y avanzan así contra el enemigo. En el cuerpo a cuerpo, con esta formación son letales. Pero tiene unos cuantos puntos débiles, para empezar su movilidad es reducida, pueden ser fácilmente flanqueados por nuestros hostigadores. Lo más determinante es que su sistema se basa en el equipo y la disciplina individual, si algún hoplita es presa del pánico y huye, provocará un efecto devastador en sus filas, su línea estará rota, su muro tendrá una brecha y todos huirán deshaciendo su formación. Esta huida es su perdición, equipados con una robusta armadura de pies a cabeza son lentos y vulnerables individualmente, fáciles de alcanzar, luego solo necesitamos perforar su armadura.

Su comandante suele alinearse en su flanco derecho, a nuestra izquierda con sus mejores tropas, la muerte de este suele provocar la rotura de su formación y la huida de esta.

Nuestra estrategia será la siguiente, mandaremos a nuestros hostigadores que los flanqueen por derecha e izquierda, someteremos al flanco derecho griego a un intenso fuego con nuestros arqueros,

nuestra caballería pesada flanqueará su lado derecho y si aún no son presa del pánico, los arrasará por detrás, con esta maniobra debe morir si jefe y comenzaría la huida.

Las predicciones de Datis comenzaron a hacerse efectivas, los griegos pasaron la montaña confiados y no tomaron el paso, rápidamente los persas los siguieron y cuando los griegos estuvieron lo suficientemente alejados comenzaron a cruzar el paso y el despliegue para la batalla.

Aun así los griegos tardaron en percatarse del hecho. Caropino vio asombrado como estaban formando los persas tras ellos en la parte alta, les había pillado por sorpresa.

Rápidamente ordenó formar la falange. Los milesios formaron en el ala derecha griega, los jonios en el centro y los atenienses y los eubeos en el ala izquierda.

Diocles formó en la línea junto a Hermócrates, el comandante ateniense estaba demasiado ocupado con la inminente batalla y no reparó en Diocles.

—Chico, esto huele muy mal, mira—señaló las alturas—nos hemos dejado ganar el alto, además son muchísimos, diría que el doble que nosotros, ese milesio inepto no tomó el paso y lo ocuparon los persas, ahora tienen el terreno a su favor—dijo Hermócrates.

—Ya veo—añadió preocupado Diocles.

—Cuando se rompa la línea no corras, pega tu espalda contra la mía y paso a paso, despacio, nos iremos hacía la flota

—Sí, pero no caerá la línea.

Datis vio la disposición griega, vio que los atenienses y los eretrios estaban en el lado izquierdo.

—Esto será más fácil de lo esperado, mirad, los griegos europeos forman en un extremo, yo los hubiera puesto en el centro, ellos son los liberadores, si ellos huyen la formación entera caerá.

Todos asintieron.

—Haremos esto, todos los arqueros que disparen al contingente milesio, estos pensarán que ahí soltaremos nuestro golpe, como es normal. Los hostigadores a pie que flanqueen el lado derecho griego y que ataquen su centro. La caballería de proyectil debe atacar su centro y el lado izquierdo, además de flanquear el lado izquierdo y ahora el golpe de gracia, la caballería pesada bactriana y los catafractas partos flanquearan el lado izquierdo y caerán sobre los eubeos por la espalda, si estos huyen, los atenienses tendrán su flanco izquierdo al descubierto y también huirán, si huyen estos, los harán todos.

El plan de Datis fue ejecutado y el comandante eretrio murió pisoteado por la caballería pesada persa. Los atenienses comenzaron una huida hacia la flota y a estos le siguieron los jonios.

Hermócrates y Diocles retrocedieron espalda contra espalda, escudos y lanzas en alto, despacio pero seguros hacia la playa, recibieron el impacto de cientos de proyectiles, pero no encontraron fisuras en sus armaduras, sus compañeros eran un blanco más fácil, se había despojado de su panoplia y eran un blanco propicio para ellos.

Unos doce lanceros persas los atacaron cuando estaban a escasos metros de los barcos, Hermócrates y Andrón se mantuvieron espalda contra espalda, su armadura era mejor y sus lanzas más largas.

Diocles vio como aparecían tres lanceros ante él con las lanzas en alto, descargó su lanza con todas sus fuerzas sobre el más próximo, este se cubrió con su escudo pero la lanza Diocles lo atravesó y cayó fulminado.

El otro lancero lanzó un ataque que estrelló en el escudo de Diocles, volvió a descargar su lanza y cayó al instante.

El tercero atacó cuando aún tenía clavada la lanza en su compañero, Diocles no podría usar su lanza, lo dejó acercarse y esquivó la lanza persa con el escudo, luego con este golpeó y aplastó la cabeza del persa.

Rápidamente dieron cuenta de nueve de los doce lanceros, armados con lanzas cortas y escudos y defensas de mimbre.

Hermócrates se quitó el casco y giró a su compañero, este lo imitó

—Allí, mira.

Diocles miró,

Los lanceros estaban apartándose rápidamente, tres caballeros partos con sus catafractas y sendas lanzas estaban preparándose para cargar.

—Cuando te indique rodilla a tierra, lanza sobre el escudo, mete la cabeza y empuja todo lo que puedas.

Diocles asintió.

Los caballeros iniciaron la carga, Diocles los vio acercarse, vio como preparaban sus lanzas, como estas los apuntaban, escucho el ruido de los cascos de los caballos y el tintineo de las catafractas, sintió como la tierra temblaba.

—Ahora, gritó—Hermócrates.

Diocles puso el escudo en tierra, se acurrucó tras él y clavó la lanza aguantándola con todas su fueras, Hermócrates solapó su escudo junto al de Diocles e hizo lo mismo.

—Cuando te diga empuja el escudo con todas tus fuerzas—grito Hermócrates.

Los segundos se hicieron eternos, los cascos de los caballos y el tintineo de las catafractas eran infernales, la tierra temblaba.

—Ahora.

Diocles empujó con todas sus fuerzas, el choque fue brutal, salió despedido, su lanza se incrustó en el pecho del caballo, este cayó fulminado lanzando al jinete por los aires, la lanza del jinete arrebató el escudo a Diocles.

Diocles, aturdido se incorporó.

—Corre muchacho, por tu vida corre—escuchó gritar a Hermócrates.

Se levantó pesadamente y comenzó a correr, se despojó de su coraza, sintió el agua de la playa en sus pies, estaba aturdido, vio la figura negra de una nave, estaba salvado.

Hermócrates y Diocles fueron recogidos por una nave milesia y llevados a Mileto.

—Bueno chico, contigo lucharía en cualquier guerra—añadió jocosamente Hermócrates.

—Nos han destrozado los persas, lo hemos perdido todo.

—No creas, nosotros seguimos siendo ricos—Hermócrates se tocó los sacos que aún colgaban en su cintura—y los tuyos también están, seguimos siendo ricos.

—No me refiero a eso.

—Ah, te refieres a la guerra, bueno, la batalla está perdida, pero tenemos la flota.

—Qué pasará ahora

—Ahora, ahora a Siracusa, conozco a unas gemelas en la ortiga que...

—No me seas superfluo

—Esta guerra para mí ya terminó, volveré a Atenas y desde ahí iré a Corintio, allí me embarcaré a Italia, las cosas pintan muy mal para nosotros, es mejor estar bien lejos de los persas.

—Yo creo que me quedaré por la jonia una temporada.

—Entiendo, bueno, ve a Atenas primero, seguro que tu padre te da la oportunidad de volver.

En Mileto Milcíades lo encontró y alojó en el palacio de Aristágoras.

—Tío, que alegría, ¿Dónde está Hermócrates?

—Un tipo curioso Hermócrates, te ha elogiado, cosa que no suele hacer. Se embarcó hacía Atenas hace tres días, tú duermes desde entonces, Estabas agotado y muy magullado.

—Qué pasará ahora tío.

—No lo sé, la derrota fue dura, pero saqueamos Sardes, por cierto, tu botín está ahí, eres de los pocos que sacó provecho, junto a Hermócrates claro, La noticia del saqueo de Sardes corrió como la pólvora y los Carios, los chipriotas y los tracios se levantaron contra los persas, tenemos superioridad en el mar, la revuelta continua.

—Pero, siempre hay un pero

—Cierto, hay un pero, los persas están sitiando Mileto, si te asomas a la ventana los podrás ver.

Diocles se incorporó y miró, allí estaban los persas.

Carta a Darío

De Artafernes, sátrapa de Lidia, para Darío, señor de los Arios, rey de los cuatro confines del mundo, rey de reyes.

Salve Majestad, he recibido una interesante visita de Mileto, Aristágoras, tirano de esta ciudad griega y vasallo de su majestad. En su visita Aristágoras me propone un ventajoso negocio, a saber, la ocupación de la isla de Naxos, puerta natural hacia la Grecia europea y magnífica base de operaciones. Desde allí también se pueden anexionar al imperio las islas cercanas, como la de Paros y Eubea. Esto a priori es una cuestión que solo incumbe a su majestad decidir, pero creo que es ventajoso para el imperio por la siguiente razón, los griegos de Naxos han expulsado a sus señores y han proclamado la democracia, seguro que su majestad recuerda eso de la democracia, me permití enviarle un informe sobre sus inventores, unos griegos de Europa, curiosamente no muy lejos de Naxos, los atenienses, unos alborotadores que están desestabilizando la zona propagando la democracia. Los atenienses expulsaron a su señor, Hipias, el cual reside en mi corte e inventaron un nuevo sistema de gobierno que consiste en que el pueblo llano puede elegir anualmente a sus gobernantes y debe decidir en asamblea sobre cada asunto, una supina estupidez y pérdida de tiempo como podrá observar su majestad. Pues bien, los naxios expulsaron a sus señores y adoptaron la democracia, los señores de estos buscaron refugio en Mileto, pues les unían lazos de amistad con Histieo, consejero de su majestad para asuntos griegos desde la campaña escita y anterior tirano de Mileto. Allí pidieron auxilio a Aristágoras para que les ayudara a restaurar su posición en Naxos, ofreciéndose a pagar de su propio bolsillo los gastos de la expedición. La cuestión es que Naxos tiene una importante flota y se estima que unos 8.000 lanceros, infantería pesada. Mileto no dispone de medios para llevar a cavo esa empresa por lo que Aristágoras se dirigió a mí para exponerme el negocio.

Su majestad sabe que detesto a Histieo, su majestad conoce mi desagrado hacia Aristágoras, fue designado por Histieo y creo que es como él. Aristágoras es un ser encantador, su majestad lo conoció durante la campaña escita, le recuerdo que fue el griego que guardó el vado situado algo más al oeste del puente de barcas sobre el Istro, es muy ambicioso, dudo de su lealtad a la corona, sospecho que pretende hacerse con la tiranía de Naxos. Como su tío Histieo, sabe que con nosotros se le abre todo un mundo de oportunidades y él no dudará en aprovecharlas.

Pero aun así es una buena oportunidad de expansión, los exiliados naxios pagarán la expedición, los exiliados naxios conocen la

isla y tienen partidarios en la ciudad, lo cual facilitará la ocupación. Incluso estaría dispuesto a darle la tiranía de Naxos a Aristágoras como pago por sus servicios, se ha mostrado como un gran gestor y el hecho de desconfiar de él no le resta ningún mérito.

Ruego a su majestad considere mi súplica.

PD. Hermano, es una gran oportunidad para nosotros, expandiremos el imperio y lo haremos gratis.

Epílogo

El joven Diocles dormía en el interior de la casa, Andrón y Eunice estaban fuera, tumbados en la hierba, mirando las estrellas.

—Es curioso, llevábamos años sin hacer esto, de hecho, la última vez que lo hicimos fue la noche antes de tu partida con mi hermano al Quersoneso.

Andrón miró extrañado a Eunice.

—Es cierto, fue el día que te dije que la próxima vez que te viera te haría mi esposa.

Callaron durante unos minutos, Eunice preguntó

—¿En qué piensas?

—En una antigua profecía, poco antes de ir a Tracia fui con tu hermano a Delfos.

Eunice miró a Andrón.

—Lo recuerdo, ¿qué le dijo el oráculo a mi hermano?

—No me acuerdo, lo curioso es que yo no pregunté nada al dios y este me habló

—Andrón, no me seas ingenuo, ya sabes cómo funciona esto, Delfos está gobernado por hombres que ponen en boca del dios lo que les interesa.

—Sí, lo sé, pero Apolo me habló

—Y ¿qué te dijo?

—Eso no se me olvidará nunca, me dijo; "Comerás la fruta prohibida, viajarás con un dios más allá del fin del mundo, beberás la sangre del monstruo y te quitarás la cadena de hierro".

Eunice y Andrón guardaron silencio durante mucho tiempo, pensando en esas palabras enigmáticas.

—¡Creo que ya lo tengo!, sí, lo tengo, descifré el oráculo, mira, comerás la fruta perdida, se refiere a nuestro matrimonio, tú, un plebeyo casado conmigo, una noble, lo de viajarás con un dios y todo eso es la campaña escita con Darío, Darío es el Dios, es el hombre más poderoso del mundo, es lo más parecido a un dios y fuisteis más allá del mundo griego, hasta las estepas.

—Continúa mi vida, nunca le había buscado ningún significado al oráculo

—La próxima vez me lo cuentas antes, bueno, lo de beber la sangre del monstruo; ¡Hipias!, Hipias es el monstruo, tú participaste en su derrocamiento.

—Sí, es cierto y lo de la cadena de hierro.

—Bueno, el hierro a mí me suena a espartano, así que lo que quitarte la cadena de hierro puede ser que has liberado a Atenas de Cleómenes de Esparta.

Andrón meditó durante unos instantes y luego rompió con sonora carcajada.

—Ven aquí mi vida, creo que Diocles está muy solito, quizá le gustaría tener un hermano.

Los hoplitas

Los hoplitas eran los soldados de las polis griegas durante todo el siglo V a.C. El nombre hoplita deriva de hoplón, el escudo de un metro de diámetro que protege a los hoplitas de la barbilla hasta las rodillas, era redondo y era fundamental en su sistema de lucha pues con los escudos formaban una barrera de escudos solapándose los unos a los otros como escamas, esta formación de líneas de escudos solapados de denomina falange griega, el escudo no sólo protegía al portador de este, sino que protegía a los compañeros continuos en la línea, por eso era tan importante la disciplina, disciplina para maniobrar en formación cerrada o sea formados con los escudos en una barrera a modo de escamas.

Los hoplitas además del escudo iban protegidos por un casco de bronce, una coraza, los más ricos usaban la de bronce, los demás, la gran mayoría usaban, la de capas de lino superpuestas reforzadas con placas de bronce y unas grebas o como las denominaríamos hoy espinilleras de bronce que cubrían de la rodilla al pie, iban armados con una lanza de 2,5 metros y una espada corta para apuñalar, a toda esta equipación se la denomina panoplia y este tipo de infantería embutida en bronce se la denomina infantería pesada, la infantería ligera es la que no lleva armadura y por lo tanto tiene más movilidad, la pesada es más lenta pero es letal en el cuerpo a cuerpo.

En la historia habían existido otras infanterías pesadas pero los griegos inventaron la formación cerrada u orden cerrado, lo del muro de escudos dispuestos como escamas, una formación que será letal en el cuerpo a cuerpo en las batallas.

Evidentemente, sólo los ciudadanos de las polis o ciudad estado con recursos sufi-cientes se podían costear la panoplia el resto o no combatían, desempeñaban labores auxilia-res para los hoplitas, transporte y colocación de armaduras, labores domésticas, etc. o lucha-ban como infantería ligera lanzando piedras, con hachas de mano, cuchillos o palos, en fin cualquier cosa que pudiera hacer daño.

Cuando dos polis guerreaban entre sí, generalmente por el control de las escasas zo-nas de cultivo en los angostos valles de montañosa Grecia, estas se citaban un día concreto para la batalla en un lugar para tal fin. La batalla en sí podría parecerse a un partido de fut-bol americano, formaban un ejército frente al otro, el general o polemarca, se coloca en la línea en el lado derecho con sus mejores tropas, el enemigo hace lo propio por lo cual el lado derecho de un ejército concuerda con el izquierdo del otro, suelen forman con 8 filas de profundidad, una vez formados los unos frente a los otros, cierran filas, lo del muro de es-cudos, y avanzan así rápidamente, el impacto

es brutal, chocan dos líneas de escudos de bronce y como en el futbol americano, comienzan a empujarse los unos a los otros, solían llevar las lazas alzadas sobre la cabeza y al menor resquicio la proyectaban sobre el enemigo, se golpea con la punta no se arrojaban, las lanzas se suelen romper tras el impacto con la armadura enemiga, con algo de suerte y sí el enemigo no andaba listo la metían por las hen-diduras que tiene el casco para ver o por algún hueco en la armadura, las zonas de unión, las zonas de los brazos, pero lo normal es romper la lanza sin matar al enemigo, luego sacaban la espada y a empujar con todas sus fuerzas esperando pillar un hueco para meter la espada, las líneas traseras empujan a las delanteras y sí encontraban un blanco a tiro de lanza la parten en el enemigo

Los caídos son sustituidos inmediatamente por el hoplita de detrás que vuelve a ce-rrar la línea y de nuevo a empujar, un descuido aquí puede ser letal pues sí el enemigo ocupa el puesto del caído antes, puede romper la línea, se colocaría dentro de los escudos enemi-gos y con su espada puede matar fácilmente a los demás miembros de la línea, esto genera-ría nuevos huecos, la batalla estaría perdida.

Lo mismo sucede sí un hoplita cede al miedo y huye, rompe la línea y por ahí puede entrar el enemigo, todos los hoplitas son conscientes de este hecho por lo que sí la línea se rompe, abandonan rápidamente la formación y comienza la huida.

El primer ejército que rompe la línea del otro gana.

Los ejércitos hoplitas son tan fuertes como el miembro más débil de la línea por lo que tener un aspecto terrorífico es fundamental para así asustar al enemigo y romper su lí-nea, se pintan en los escudos criaturas horripilantes, se ponen grandes penachos en los yel-mos para parecer más altos, etc.

La disciplina es fundamental por eso la clase hoplita solía adiestrarse periódicamen-te, por ejemplo cuatro días mensuales, un poco al estilo de la guardia nacional norteamerica-na, los hoplitas eran soldados aficionados, eran terratenientes aristócratas, eran comercian-tes, artesanos, eran gente que se podían costear el equipo.

Había una excepción a este modelo, una ciudad que sólo tenía soldados profesiona-les, una ciudad que era un cuartel, Esparta, enfrentarse a un ejército espartano era una expe-riencia aterradora y la mayoría de las ocasiones se rompía la línea con la mera aproximación de estos con sus maniobras perfectas ensayadas a diario.

Así luchaban los griegos hasta las guerras del Peloponeso...

Aristágoras: el hombre que provocó las guerras médicas

Era sobrino del tirano de Mileto Histieo y cuando este fue recluido en Susa por rey de reyes Darío I, se ocupó del gobierno de Mileto.

En el año 500 ac, un grupo de aristócratas exiliados de Naxos pidió ayuda a Aristá-goras y este vio la oportunidad de aumentar su fortuna a costa de Naxos, isla situada en el egeo a medio camino de Grecia y con fuertes conflictos de clase y convenció al sátrapa de Lidia Artafernes, hermano de Darío, para dirigir una expedición contra esta isla.

Artafernes consiguió la aprobación de su hermano para el proyecto y ecargo a su primo Megabates la expedición contra Naxos.

La expedición contra Naxos fue un fracaso, además Aristágoras tuvo un fuerte alter-cado con Megabates por lo que supo que sus días como tirano de Mileto habían terminado.

Mileto, como el resto de la jonia llevaban mal el dominio persa y ansiaba recuperar su independencia, además la revolución democrática ateniense caló en todo el Egeo y rápida-mente la población de Mileto y de toda la Jonia apoyaron al partido democrático al que aso-ciaban con la independencia de los persas.

Artafernes destituyo a Aristágoras pero este, antes de hacerse efectiva su destitu-ción, renuncio a la tiranía y se convirtió en el adalid de la democracia y la independencia de los persas no solo en Mileto sino en toda la Jonia.

Rápidamente el ejemplo de Mileto se siguió en toda la jonia alentado por Aristágoras y sus agentes, los tiranos fueron depuestos y corrieron suertes dispares, los que lograron sobrevivir buscaron la protección de Artafernes en Sardes.

La euforia invadió la jonia ante estos hechos pero Aristágoras era consciente de la magnitud del desastre que se avecinaba, Artafernes no tardaría en llamar a su ejército con el cual aplastaría la rebelión e instauraría de nuevo los tiranos en las ciudades de la jonia, pen-saba que solo un frente común de todos los jonios tendría alguna posibilidad remota de éxi-to frente al inmenso poder del imperio persa.

Aristágoras tenía claro que quien tuviera el dominio del Egeo tendría la llave de la si-tuación y por medio de un astuto plan, consiguió adueñarse de la flota persa que había par-ticipado en la campaña de Naxos, así se hizo con el dominio de los mares y privo a Artafer-nes de su flota con lo que gano tiempo para prepararse.

Una vez que Aristágoras por medio de sus agentes consiguió que todos los jonios hi-cieran causa común contra los persas y se hizo con el control de los mares de la jonia, se dirigió personalmente a

Grecia para buscar aliados entre los griegos europeos corría el año 499.

Aristágoras trato de involucrar a Esparta en la contienda, Cleómenes, uno de sus re-yes, era consciente del peligro que la expansión persa representaba para Grecia pero el re-ciente desastre espartano en Atenas y las noticias de una inminente guerra con Argos su enemigo tradicional del norte hizo que declinara unirse a la guerra. Necesitaba su ejército en Esparta no en Asia. Además, quería evaluar el poder persa en un enfrentamiento con griegos y daba por hecho que Atenas se uniría a la revuelta, si esta triunfaba, Persia dejaría de ser una amenaza contra Esparta, pero si fracasaba, con toda probabilidad invadirían el ática y eliminaría a Atenas como potencia, justo lo que el intento hacer y fracaso. Esparta siempre ganaba.

Aristágoras entonces fue a Atenas, la considerada madre patria de los jonios y allí hablo ante la asamblea ateniense donde no dudaron entre vítores y aplausos en unirse a la revuelta.

La cuestión es que Atenas en 507 se sometió formalmente a Persia, solicitando su protección contra Esparta. cierto es que ese pacto nunca se llevó a efecto pues Artafernes quiso imponer en Atenas un tirano, precisamente al derrocado Hipias y naturalmente estos se negaron , de hecho los embajadores atenienses y toda su familia fueron muertos por fir-mar este pacto, para Persia, Atenas era de hecho una provincia rebelde.

Además de Atenas, Eretria también se unió a la causa jonia , un pobre bagaje para Aristágoras pero el hecho de que la madre patria de la jonia enviara un cuerpo expediciona-rio de 20 naves en 498 al que se unió un pequeño contingente 5 naves de Eretria fue un re-vulsivo para la causa Jonia.

Al mando de Caropino, hermano de Aristágoras el ejército aliado, jonios, atenienses y eretrios, emprende la marcha por caminos secundarios poco transitados a Sardes, allí sor-prenden a Artafernes que se refugia en la ciudadela fuertemente fortificada y defendida y manda llamar al ejército persa preparado ya para sofocar la rebelión.

Los griegos incendian Sardes y sitian la ciudadela, pero la falta de máquinas de asal-to y la inminente llegada del ejército persa hace que se retiren apresuradamente a la costa sin tomar esta.

La caballería persa acosó al ejército griego hasta Éfeso, donde estaba la flota aliada, allí se libró la batalla contra los persas y el ejército griego fue destrozado, los atenienses em-barcaron en sus naves y volvieron al Ática olvidándose de la rebelión e ignorando las peti-ciones de ayuda de Aristágoras. El resto de supervivientes se dispersó a sus respectivas ciu-dades.

La derrota de Éfeso y el abandono ateniense no desanimo a Aristágoras, envió la flota al Helesponto donde tomo Bizancio y luego

consiguió que los Carios y las comunida-des griegas de Chipre se unieran a la rebelión.

Pero la maquinaria de guerra persa ya estaba en marcha, una a una las ciudades re-beldes fueron tomadas, Mileto, el feudo de Aristágoras y cuna de la rebelión fue sitiada y una enorme flota persa se estaba reclutando en Fenicia, el fin era inminente.

Aristágoras, sabiendo esto y mientras llegaba la flota persa, se marchó a Mircino en Tracia, feudo personal de su tío Histieo con la excusa de fundar allí una colonia para así asegurar el control sobre la región, rica en minas de plata y madera para la flota y para con-tratar mercenarios tracios, abandonando así a su suerte a Mileto.

Los tracios no se dejaron engañar por su señor, se sublevaron contra Aristágoras y lo mataron.

Este fue el final de Aristágoras, sinvergüenza, descarado, carismático, demagogo, quizá el primero pero no el último de una serie de griegos que por su codicia y ambición, cambiaron el mundo, Así vivió y murió Aristágoras, el hombre que provoco las guerras médicas.

Histieo: el hombre que provocó las guerras médicas

Era el tirano de Mileto puesto por los persas poco antes de la revuelta jónica. Mileto era la gran metrópolis persa en el Egeo, sede de la marina de guerra imperial y principal centro comercial con una condición especial que prácticamente la convertía en una aliada de los persas.

Durante la campaña escita de Dario I formo parte del contingente griego que custo-diaba el puente de barcas sobre el Danubio por donde cruzó el ejército del gran rey, conven-ció a los jonios de que no destruyeran este puente, abandonando así a Dario y no se rebela-ran contra los persas, propuesta que defendía Milcíades de Atenas. Dario, gracias a Histieo, pudo regresar a Asia con su ejército sano y salvo y como premio por sus servicios, le dio el señorío de Mircinos, en Tracia, región rica en minas de plata y bosques, ideal para construir una flota, lugar fronterizo donde un hombre ambicioso podía hacer mayor fortuna.

Megabazo, el comandante en jefe persa de todos los territorios europeos recién ad-quiridos por el gran rey no confiaba en Histieo y comenzó a desacreditarlo ante este indi-cándole que un hombre como Histieo con esos recursos podría ser un formidable enemigo, Dario entonces decidió, no quitar su nuevo señorío a Histieo para no reconocer su error, sino recompensar a Histieo con el título de consejero del rey en asuntos griegos y ”compañero de la mesa real” con lo que Histieo tuvo que abandonar su patria y ambiciones y acompañar al gran rey a Susa.

Histieo marchó resignado a Susa pero no abandonó sus ambiciones y sólo esperaba la oportunidad propicia para realizarlas.

Envió un esclavo a Aristagoras, familiar suyo y tirano interino de Mileto, con un mensaje bajo el cabello con instrucciones para que se levantara contra los persas, este que ya lo había decido antes de recibir el mensaje, inicio la revuelta jónica.

Dario, tal como esperaba Histieo, lo envió como agente suyo para resolver esta cri-sis.Histieo llego a Sardes y Artafernes, el sátrapa de Lidia y hermano de Dario, no solo no confiá en el sino que le acusó de ser el instigador de la rebelión. Histieo huyo de Sardes y se encaminó a la Jonia para liderar la insurrección, pero fue encarcelado en Quíos, los griegos lo creían un agente de Dario y una vez verificada su desobediencia al persa, fue liberado.

Histieo entonces convenció a los jonios de ser el instigador de la revuelta y envió unas cartas a Sardes dirigidas a unos notables persas con los que había acordado una conju-ra, las cartas fueron entregadas a Artafernes y este deshizo la conjura y ejecuto a los

traido-res.

Aristágoras ya había muerto y Histieo trato de liderar Mileto, tuvo que huir de allí, tampoco lo escucharon en Quíos, tuvo mayor fortuna en Mitilene donde consiguió el mando de 8 galeras con las que se dedicó a la piratería en las aguas de Bizancio.

Tras la caída de Mileto, Histieo traslado sus operaciones a Quíos donde tomo Cela y la convirtió en su cuartel general, logro reunir un pequeño ejército con los jonios fugitivos de los persas y sitio la ciudad de Taso.

Ante el avance de la flota fenicia hacia Lesbos, Histieo levanto el sitio de Taso y lle-vo su ejército al continente para abastecerse en la región de los Misios donde accidental-mente encontraron un ejército persa dirigido por Harpago, que destruyo a los jonios y captu-ro a Histieo.

Histieo fue conducido a Sardes donde Artafernes lo mando empalar y su cabeza embalsamada fue enviada a Susa.

Milcíades II, el joven

Milcíades II, el joven ,figura clave de la resistencia griega contra los persas. Supo ver la si-tuación real de los acontecimientos, detectó prematuramente el peligro que para Grecia su-ponía Persia y lo combatió sin cuartel hasta su muerte, inculcó a su hijo Cimón estos ideales, gracias a ellos Cimón se convirtió posiblemente en el mejor general ateniense de la historia.

Era de una rancia familia aristócrata ateniense, los Filaidas, su familia, al igual que casi todas las familias aristocráticas fue perseguida por los tiranos atenienses, paradójica-mente Hípias promovió a Milcíades, por razones políticas evidentemente y porque quizá vio un gran potencial en este joven.

En 516 fue enviado por Hípias al Quersoneso tracio para hacerse cargo del señorío de su difunto hermano Esteságoras, el señorío del Quersoneso tracio era fundamental para Atenas ya que aseguraba la ruta atreves del mar de Mármara del grano procedente del Pon-to, vital para la subsistencia de Atenas, las fuentes de suministro de grano de la ciudad en un principio provenían de Ponto, la Jonia y Egipto pero la caída de estas dos últimas en po-der persa y el favorecimiento de estos a los Fenicios hizo que el grano de Ponto fuera esen-cial y por eso el tío de Milcíades, Milcíades I el viejo guiará una expedición al Quersoneso con el apoyo de Pisítrato, padre de Hípias y se hará con el control de la zona, a su muerte le sucedió su sobrino y ahora, Milcíades sucede a su hermano.

Hípias repite así la jugada de su padre, manda a Milcíades a Tracia, asegura la ruta del grano y el comercio de Atenas con el mar negro y evita un posible rival.

Nada más llegar al Quersoneso, en 516, Milcíades reunió un cuerpo mercenario de 500 tracios en secreto y durante el luto de su hermano, detuvo a los nobles de la región que fueron a darle el pésame y luego se casó con Hegesipila, hija del jefe tracio Oloro con lo que eliminó a la posible oposición y se hizo con el control de la región.

Dos años después en 514, Hiparco, Co-tirano de Atenas junto a su hermano Hípias, muere asesinado. Ahora Hípias, quien siempre gobernó solo, es el único tirano de Atenas y este atentado lo volvió más paranoico y represor aumentando así el número de enemigos contra la tiranía ateniense.

Al año siguiente, en 513, Clístenes de los Alcmeónidas, regresa del exilio y encabeza una expedición de aristócratas contra Hípias, Milcíades, como jefe de los Filaidas debió no solo estar al corriente de estos planes, sino que tuvo que apoyarlos, pero fueron derrotados

por los mercenarios de Hípias, además la amenaza persa se materializó ese mismo año, Da-río, el rey de reyes, tras una exitosa campaña en la India y reprimir una rebelión en Babilo-nia, fijó sus ambiciones en Europa y se personó a la cabeza de su ejército en una expedición contra los escitas europeos. La táctica persa consistía en enviar poco antes de la expedición una serie de embajadores pidiendo la sumisión de los países por donde estaba previsto el paso del ejército, estos embajadores debieron pedir el agua y la tierra a Milcíades y este se sometió astutamente al poder persa esperando la oportunidad que sin duda llegaría para revelarse.

Cuando Darío se internó en el sur de Ucrania, Milcíades y sus tropas formaban parte del contingente griego reclutado por los persas entre sus estados tributarios, la misión de este contingente era custodiar el puente de barcazas utilizado por la expedición persa para cruzar el Danubio.

Y se presentó una oportunidad de rebelión, al acercarse el invierno, una delegación escita invitó a los griegos a deshacer el puente y abandonar a Darío a su suerte, Darío que-daría aislado al otro lado del Danubio donde el frío invierno y los ataques escitas darían cuenta de este y de su cuerpo expedicionario. Milcíades aprovechó la ocasión para publicitar ese estupendo plan y por un momento pareció que la sublevación era posible, pero Histieo recordó a todos los griegos que debían sus señoríos a los persas y que sin ellos surgirían riva-les en sus respectivas ciudades que les podrían arrebatar el poder, sólo Darío garantizaba sus dominios, así que decidieron mantenerse fieles al imperio. Milcíades debió de comprender que mientras el poder en los estados griegos vasallos estuviera en manos de tiranos, una su-blevación contra el imperio era imposible.

Los vasallos griegos urdieron un engaño contra los escitas, les prometieron ayuda y desobediencia a Darío y comenzaron a retirar las barcazas de la orilla escita del Danubio, pero cuando el desmontaje estaba a medias lo dejaron, cuando poco después llegó Darío con su ejército cansado de perseguir fantasmas en Ucrania, sólo tuvieron que poner las bar-cazas retiradas y los persas pudieron regresar sanos y salvo a Sardes.

Los escitas, eufóricos por la derrota de Dario y como venganza por la traición de los griegos invadieron los recién conquistados dominios persas en el lado europeo, Milcíades tuvo que huir del Quersoneso, pero una vez estos se retiraron a sus llanuras, volvió ha tomar el control del señorío patrocinado por los persas.

Así pues tras la fracasada invasión persa y la retirada escita, Histieo fue recompen-sado por su acción con un señorío en Tracia y Milcíades quedó como tirano persa del Quer-soneso.

Seguro que mientras Megabazo consolidaba las posesiones

persas en la zona, sobre 512, Milcíades estaba estudiando como librarse del yugo persa y está claro que la experien-cia del Danubio fue fundamental, había que sustituir a los tiranos de las ciudades vasallas griegas, para así fomentar la rebelión, pero sustituir por quién o por qué.

En 511 Megabazo terminó su campaña europea y conspiró para que a Histieo lo nombraran consejero de Darío en Susa. Histeio dejó de Tirano de Mileto a su yerno Aristá-goras.

Clístenes había aprendido la lección de 513, sabía que los aristócratas atenienses por si solos no podrían derrocar la tiranía por lo que buscó la complicidad de Cleómenes de Es-parta, seguramente prometiéndole un estado ateniense gobernado por una aristocracia Filo espartana, estos idearon un plan para involucrar a Esparta en los asuntos atenienses y sobor-naron a la Pitia del oráculo de Apolo para inducir al beato pueblo espartano a tal fin. en 510 Cleómenes al mando del ejército espartano derrota a los mercenarios de Hípias y derroca la tiranía en Atenas

Rápidamente surgieron rivalidades entre la aristocracia, por un lado estaba los que proponían la vuelta al sistema de gobierno tradicional anterior a los tiranos y a Solón, en el que la aristocracia gobernaba la ciudad, esta corriente se aglutinó en torno a Iságoras y fue apoyada por Cleómenes de Esparta, por otro estaba Clístenes que recogía la tradición de Solón y de la Tiranía de apoyarse en el pueblo, no sólo eso, sino que pretendía darle el poder a este a través de la asamblea. ¿Qué opción apoyaría Milcíades?, él era un aristócrata y tam-bién era un tirano, pero debió ser consciente de que la vuelta atrás era imposible, el pueblo ateniense había sido mimado por Solón y los pisistrátidas y ahora quería el poder, no permi-tiría la vuelta de una oligarquía. Además, la democracia le interesaba, si esta triunfaba, rápi-damente aparecerían partidos democráticos en todas las ciudades griegas, partidos que en las ciudades vasallas, se opondrían a los tiranos pro persa, por lo cual apoyarían una rebelión contra sus tiranos o sea contra los persas, los partidos democráticos se identificarían con la independencia, Milcíades era plenamente consciente de ello y de la oportunidad que repre-sentaba por lo que no sería de extrañar que apoyara a Clístenes.

Clístenes no cumplió sus compromisos ni con Cleómenes ni con los aristócratas que le habían apoyado e instauro la democracia en Atenas

Ahora Milcíades tenía una alternativa a las tiranías pro persa en las ciudades vasallas, el partido democrático se formó rápidamente en todas las ciudades griegas y la idea de in-dependencia y democracia caló tanto como tiranía y sumisión al persa.

Pero Cleómenes volvió a Atenas con un reducido ejército en

507 y Clístenes tuvo que huir, Iságoras y Cleómenes comenzaron las purgas. El pueblo ateniense de forma espon-tanea reaccionó , se produjo una revuelta y sitiaron en la acrópolis a Iságoras y Cleómenes , la demos quería el poder y no volvería a la oligarquía, 3 días después capitularon y volvieron a Esparta, Clístenes regreso victorioso, la democracia había triunfado.

Hípias encontró refugio y amparo en el imperio y ese mismo año 507, Cleómenes e Iságoras comenzaron a reunir una liga de ciudades para abortar el riesgo de la democracia. En esta situación los atenienses enviaron unos embajadores a Sardes para solicitar la protec-ción del gran rey, Artafernes aceptó proteger a Atenas a cambio la sumisión de esta al impe-rio y la instauración de un tirano pro persa, Hípias, los embajadores, pensando en evitar la segura destrucción a manos de Esparta aceptaron.

Milcíades debía de ser ya un consumado maestro de los juegos de inteligencia y de-bió estar al corriente de la visita, si bien Milcíades pudo apoyar a Clístenes en su proyecto democrático no compartía con este su amistad hacia Persia, él veía con claridad el peligro que poco a poco se extendía sobre Grecia y quizá el único griego que percibiera la situación tal como él fuera Cleómenes de Esparta. Seguro que sus partidarios en Atenas caldearon el ambiente para que el tratado con Persia fuera rechazado, los negociadores y sus familias fueron linchados, Atenas se las vería sola contra los aliados griegos.

En 506 se ejecutó el plan de Cleómenes, el plan de Cleómenes era demoledor, por el oeste un ejército combinado de Esparta comandado por sus dos reyes, Demarato y el propio Cleómenes junto a tropas de ciudades del Peloponeso, incluida Corintio irrumpiría en el Ática, un ejército tebano haría lo propio por el norte ,mientras que por el este y un ejército de Calcis en Eubea desembarcaría en el Ática, una triple tenaza sobre la cuna de la demo-cracia.

Una vez arruinada la alianza con Persia, Milcíades debió estar interesado en que la democracia se salvara. El hecho es que Atenas decidió afrontar lo peor del triple ataque en primer lugar, lucharía primero con los Espartanos y sus aliados peloponesios y aquí sucedió un hecho curioso, el ejército combinado del Peloponeso dio media vuelta y se marchó, cuando llegaron los atenienses no había nadie, así pues pusieron rumbo norte y destrozaron el ejercito tebano, era la primera batalla librada por un ejército de una democracia y el balan-ce no pudo ser más positivo. Luego embarcaron rumbo a Eubea y Calcis capitulo sin luchar, Atenas se había salvado.

¿Qué pudo originar la marcha del ejército del Peloponeso?, las divisiones internas entre los dos reyes espartanos por un lado y las divisiones entre los aliados por otro, divisio-nes alimentadas por los sobornos de Clístenes, otro maestro de la inteligencia. ¿Estaría Mil-

cíades al corriente?

En 500 Aristágoras recibe la petición de los aristócratas de Naxos de ayuda para res-taurarlos al poder tomado por los demócratas, la democracia se extiende por la Hélade y Milcíades observa detenidamente esperando la ocasión.

Aristágoras convence a Artafernes para anexionar Naxos al imperio pero la expedi-ción fracasa, Aristágoras, sabiéndose destituido se pasa al bando democrático, abole la tira-nía de Mileto, detiene a los tiranos de las otras ciudades jónicas que estaban con la flota que regresa de Naxos apoderándose de esta, entrega el poder de estas ciudades a sus respectivos partidos democráticos y se convierte en el líder de la rebelión.

En 506 se ejecutó el plan de Cleómenes, el plan de Cleómenes era demoledor, por el oeste un ejército combinado de Esparta comandado por sus dos reyes, Demarato y el propio Cleómenes junto a tropas de ciudades del Peloponeso, incluida Corintio irrumpiría en el Ática, un ejército tebano haría lo propio por el norte ,mientras que por el este y un ejército de Calcis en Eubea desembarcaría en el Ática, una triple tenaza sobre la cuna de la demo-cracia.

Una vez arruinada la alianza con Persia, Milcíades debió estar interesado en que la democracia se salvara. El hecho es que Atenas decidió afrontar lo peor del triple ataque en primer lugar, lucharía primero con los Espartanos y sus aliados peloponesios y aquí sucedió un hecho curioso, el ejército combinado del Peloponeso dio media vuelta y se marchó, cuando llegaron los atenienses no había nadie, así pues pusieron rumbo norte y destrozaron el ejército tebano, era la primera batalla librada por un ejército de una democracia y el balance no pudo ser más positivo. Luego embarcaron rumbo a Eubea y Calcis capitulo sin luchar, Atenas se había salvado.

¿Qué pudo originar la marcha del ejército del Peloponeso?, las divisiones internas entre los dos reyes espartanos por un lado y las divisiones entre los aliados por otro, divisio-nes alimentadas por los sobornos de Clístenes, otro maestro de la inteligencia. ¿Estaría Milcíades al corriente?

En 500 Aristágoras recibe la petición de los aristócratas de Naxos de ayuda para res-taurarlos al poder tomado por los demócratas, la democracia se extiende por la Hélade y Milcíades observa detenidamente esperando la ocasión.

Aristágoras convence a Artafernes para anexionar Naxos al imperio pero la expedi-ción fracasa, Aristágoras, sabiéndose destituido se pasa al bando democrático, abole la tira-nía de Mileto, detiene a los tiranos de las otras ciudades jónicas que estaban con la flota que regresa de Naxos apoderándose de esta, entrega el poder de estas ciudades a sus respectivos partidos democráticos y se convierte en el

líder de la rebelión.En este contexto Milcíades se anexionó en torno al 499 a.C. las islas de Lemnos e Imbros, tomadas por Otanes en 512 a.C. para el imperio. La esperada rebelión está en marcha y él no duda en unirse.

Aristágoras recorre la Grecia europea en busca de apoyos y en 498 AC se reúne un ejército aliado en Éfeso formado por las ciudades jonias, Atenas y Eretria, para mí está claro que Milcíades debió formar parte de esa expedición, el ejército aliado toma e incendia Sar-des y se retira a la costa donde es derrotado por los persas en Éfeso, Atenas despierta de esa forma a la realidad y abandona de revuelta.

Milcíades, para forzar el regreso de Atenas a la guerra y para asegurar su posición en Atenas pobló las islas de Lemnos e Imbros con atenienses entre 496 y 493

Tras la batalla de Éfeso, la rebelión se extendió por Chipre y por Caria, la estrategia griega era simple, aguantar en las ciudades las acometidas persas, ellos, dueños del mar, podrían abastecerlas por este medio, de hecho, Mileto fue sitiada y así permanecía bloquea-da por tierra y libre por mar. Milcíades debió contribuir a la flota aliada con sus trirremes.

Pero la maquinaria de guerra persa ya estaba en marcha, las ciudades jonias, carias y chipriotas, una a una iban cayendo en manos del imperio, además se estaba reuniendo una imponente flota en Fenicia, pronto el dominio del mar seria persa y la rebelión perdería toda esperanza.

Ante este panorama, en 497 Aristágoras abandonó Mileto y se marchó a Tracia don-de murió poco después, Histieo no consiguió hacerse con el liderazgo de la revuelta y Mil-cíades era un tirano que había luchado con los persas y junto a Histieo por lo cual la desaparición de Aristágoras supuso el fin de un mando único en la revuelta.

Para Artafernes los cabecillas de la revuelta eran tres, los milesios Aristágoras e His-tieo y el ateniense Milcíades, neutralizarlos era fundamental para ellos, pero mientras los rebeldes tuvieran el control del mar no se podría realizar.

La huida y posterior muerte de Aristágoras debió de ser un alivio para Artafernes, los rebeldes sin un líder claro eran presas fáciles de sobornos y el avance persa parecía impa-rable.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir, en 494 una flota persa de unas 600 naves derrotó a la flota jonia frente a la isla de Lade esta derrota supuso la muerte de cualquier esperanza de los rebeldes.

Artafernes, dueño absoluto de la situación por tierra y por mar creó un grupo espe-cial encargado exclusivamente de capturar a Milcíades, este tuvo noticias de la existencia de ese grupo pues cuando en 493, se enteró de que los fenicios estaban en Tenedos no dudo ni por un momento de que él era el objetivo y embarcó todo lo que pudo

en su flota, 5 trirre-mes , y puso rumbo a Atenas. Pero el grupo especial esperaba este movimiento y lo embos-caron en el golfo de Melas, al norte del Quersoneso, Milcíades y cuatro de sus naves consiguieron huir, perdió una nave capitaneada por su hijo mayor Metioco quien fue capturado por los persas.

Milcíades consiguió refugiarse en Imbros, aquella isla que el mismo conquistó en 499 y que pobló con atenienses en 496, y de ahí viajo sano y salvo a Atenas.

Milcíades tuvo que hacer frente ese mismo año a un proceso por su tiranía en el Quersoneso, pero gracias al apoyo de Temístocles fue absuelto y poco después fue elegido jefe militar de su tribu.

En 492 un ejército persa junto a una flota de apoyo comandada por Mardonio some-tió todos los territorios del oeste de la tracia persa, incluida Macedonia a la corona aquemé-nida, pero el éxito de la expedición se vio empañado por el naufragio de la flota frente al promontorio de Athos. Los territorios al norte de Grecia, desde Macedonia hasta Bizancio ahora eran persas.

En 491 se enviaron embajadores al sur, a Grecia para pedir la sumisión de las ciuda-des griegas al rey de reyes, en Atenas estos fueron juzgados y ejecutados a iniciativa de Milcíades, otra nueva ofensa ateniense a los persas.

En 490 una fuerza expedicionaria persa al mando de Datis, veterano de la revuelta jónica, de unos 30.000 hombres embarcó en la flota y sometió las islas del Egeo, Naxos in-cluida, luego tomó la pequeña Eretria, co-autora del incendio de Sardes junto a Atenas y los rebeldes jónicos , su población fue esclavizada y enviada a Susa. Ahora le tocaba el turno a Atenas. Datis, guiado por Hípias, el anciano y depuesto tirano de Atenas, ancló su flota en Maratón y comenzó a desembarcar su ejército.

Para los griegos en general y para los atenienses en particular fue una sorpresa. Sa-bían de los preparativos de Darío, conocían la presencia de la flota en el Egeo pero no espe-raba que tomara rumbo hacia Grecia, las flotas persas eran ya habituales en el Egeo y siem-pre ponían rumbo norte, el peligro persa era algo que estaba ahí pero no tomaron ninguna medida, medidas que si tomarían en el futuro, lo que si es seguro es que Esparta y Atenas tenían una alianza , pues una vez que los persas estaban desembarcando en Maratón se mandó un emisario a Esparta para que socorriera a Atenas, pienso que Esparta, ahora al mando del hermanastro de Cleómenes, el afamado Leónidas, el de las Termopilas, nunca quiso acudir a luchar y morir por los atenienses a Maratón, los espartanos se sentían engaña-dos por los atenienses ya que con promesas de instalar un régimen filo-espartano en Atenas los Alcmeónidas habían conseguido que Cleómenes derrocara a Hípias, tirano amigo de Esparta pero no sumiso a esta y

luego instauraron la democracia, la Atenas democrática se convirtió en un problema para sus vecinos pues su ejemplo se extendió rápidamente , las ciudades griegas querían estados democráticos y no dictaduras personales, su política exte-rior se volvió más expansionista que bajo la tiranía , sus ejércitos luchaban con más ahínco pues el hoplita ateniense sabía que ahora luchaba por él mismo y no por un tirano, por lo que Cleómenes trato en dos ocasiones de derrocar el régimen democrático ateniense e instaurar una tiranía filo-espartana, para mí es seguro que Leónidas pensó en la posibilidad que fuera Persia quien le hiciera el trabajo, que los persas eliminaran la molesta democracia ateniense, que estos restituyeran a una saqueada y esquilmada Atenas a su antiguo tirano, el problema ateniense abría desaparecido para siempre, ahora sería un estado de segunda fila dependien-te de Sardes y Esparta mantendría su hegemonía sobre la Helade.

Pero había que dejar claro a los persas que no podían ir más allá del Ática. Un ejérci-to espartano por la zona dejaría clara sus intenciones, si los persas se medían con los atenien-ses y tomaban Atenas, sería a un gran precio y la perspectiva de librar una nueva batalla , no con los atenienses, sino con el mejor ejercito hoplita de la historia , no sería muy halagüeña para los persas, y más si está era poco después de su victoria, no podía fallar esta estrategia, además existía la posibilidad de que los democráticos atenienses ganaran la batalla, eran sus aliados y había que estar por allí para justificar la alianza por si los persas volvían en el futu-ro, que era lo más seguro que pasase si perdían la batalla, había que mantener a los aliados cerca, por lo tanto, los espartanos decidieron llegar tarde a la batalla, dejarse ver muy bien durante su marcha al ática para que los espías persas pudieran informar a sus estrategas y estos dispusieran de tiempo para plantarles batalla a los atenienses, tanto si ganaban como si perdían Esparta saldría reforzada, o eso debió de ser lo que pensó Leónidas

Maratón era el lugar idóneo para los persas, una bahía en forma de media luna donde varar la flota, con el monte Pentélico frente y paralelo a la costa, con una llanura ideal para la caballería persa y dos salidas de la zona bordeando el monte por el sur, a Datis le debió de parecer que las aportaciones de Hipias a la expedición eran esenciales

Pero tanto Hípias, Datis, como Leónidas no contaban con un factor decisivo, no contaban con los atenienses, hombres como Temístocles, Arístides, Jantipo o el propio Mil-cíades, todos enfrentados entre si políticamente, pero todos con una visión de los hechos clara, sabían que el mejor hombre para enfrentarse a los persas era Milcíades, y, apartaron sus diferencias políticas para apoyar a este. Calímaco, el arconte polemarca elegido ese año no dudo en guiarse

por estos pensamientos y siguió al pie de la letra los dictados de Milcía-des, total si perdían, sería culpa únicamente de Milcíades, además poco importaría pues o bien estarían muertos, prisioneros de un enemigo sin piedad o en el exilio, pero si ganaban, se podrían atribuir parte de la victoria y ya tendrían tiempo de buscar alguna excusa para eliminar a Milcíades.

La presencia persa en Maratón era visible desde Atenas, pronto corrió el pánico por la ciudad, y como es normal la asamblea decidió el plan de batalla, había un grupo que de-fendía la opción de resistir tras las murallas hasta que los espartanos los socorriesen, sacar el ejército hoplita de la ciudad era arriesgado pues la línea de la falange griega era tan fuerte como el más débil de sus miembros, si salían de la ciudad al encuentro de los persas y un sólo hombre, sólo uno de los 10000 hoplitas de los que disponía Atenas, era presa del páni-co, huiría rompiendo la línea extendiendo el miedo a su paso, en minutos todo el ejército podría huir siendo víctimas fáciles de la caballería persa. Pero Milcíades tenía otro parecer, Eretria cayó por el concurso de dos traidores, ¿cuántos había en Atenas ? además sabía que si el sitio se alargaba, los traidores y los filo persas tendrían más oportunidades de imponer su criterio y rendir la ciudad al enemigo, había que evitar el sitio , es más, ¿por qué no sitiar ellos a los invasores?, sólo dos caminos salían de Maratón, si los tomaban, embotellarían al ejército persa y coartarían la movilidad de su caballería, además impedirían entregarle a esta las llanuras del Ática, estas razones fueron expuestas y todos apoyaron el plan de Milcíades, el ejército ateniense marchó al encuentro del invasor.

Paralelamente se despacharon emisarios a las ciudades vecinas, el célebre Filípides fue enviado a Esparta y la pequeña Platea envió sus 800 hoplitas a Maratón.

Para sorpresa de los atenienses, los persas, convencidos de que los griegos se escon-derían tras las murallas de Atenas y que como sucedió en Eretria, al final un traidor les en-tregaría la ciudad, no habían asegurado los pasos que salían de Maratón, estos fueron ocu-pados por los atenienses ante unos persas estupefactos.

La situación había cambiado, ahora los persas estaban encerrados en su cabeza de puente y no hacían nada por romper el cerco ateniense, estos debían aguantar una semana más y se les uniría el ejército espartano. La victoria era posible

Pero Datis rápidamente adaptó los planes, es cierto que el despliegue ateniense debió sorprenderle, pero debía saber que era cosa de Milcíades y si bien no esperaba ese movi-miento, sabía que algo tramaba, además, la situación había mejorado considerablemente para ellos, ya no sería necesario un sitio a Atenas. Una ciudad sin ejercito presa de los rumores era una víctima propicia para los agentes persas,

sólo tenía que darles tiempo para hacer su trabajo. Tiempo que los espartanos les daban, ellos sólo tenían que mantener al ejército ateniense en Maratón, dejar actuar a sus agentes en Atenas, preparar una fuerza anfibia por si hacía falta meter presión y la ciudad se rendiría sin luchar. En vista de que el ejército estaba encerrado por unos 11000 hoplitas, decidió que la caballería sería embarcada en la flota en el momento oportuno y enviada para un desembarco anfibio en Falero. Con este desembar-co, el ejército griego retenido a más de 40 kilómetros y la acción de la inteligencia persa, Atenas estaba perdida.

Milcíades debió de comprender rápidamente el plan persa, si la flota se movía, ten-dría dos opciones, retirarse a toda prisa a Atenas para guarnecer la ciudad, con el peligro que eso conlleva para una infantería pesada en retirada acosada por los hostigadores persas. La otra opción era atacar y vencer a más de 20000 hombres y volver a toda prisa a Atenas para defender las murallas, opción descartada por Datis seguramente. Era crucial para Mil-cíades saber cuándo se embarcarían las tropas persas en los barcos y sus años de guerra en la jonia serían crucial ahora pues podría captar informadores entre el contingente jonio recluta-do por los persas como efectivamente hizo.

Así pues todo quedaba reducido a la voluntad espartana. Estos nunca participarían en la batalla, pues su partida supondría el inicio de la maniobra persa y la contra maniobra ateniense, Esparta no llegaría nunca a Maratón y Milcíades era consciente de ello. Temístocles debió de tomar buena nota de la estrategia persa y como veremos, esta batalla decidió la estrategia griega para la próxima guerra.

Tras cuatro días de cerco, al caer la noche los agentes jonios de Milcíades informaron que la caballería persa se estaba embarcando y que para cubrir la maniobra se estaba for-mando el ejército persa para la batalla, evidentemente, el ajetreo de estas maniobras y miles de antorchas en la lejanía confirmaban la noticia, al amanecer atacarían a los persas.

¿Qué había desencadenado la acción persa?, estaría en marcha el ejército de Esparta o quizá, los traidores de Atenas habían prometido rendir la ciudad, poco importaba el des-encadenarte, la hora había llegado

Datis había luchado muchas veces contra ejércitos hoplitas en la jonia y conocía sus puntos débiles, era consciente que su ejército, sin infantería pesada, escasamente protegidos con escudos de mimbre en un combate cuerpo a cuerpo con los hombres de bronce lo ten-dría muy difícil, pero eran poco más del doble y sobre todo tenían miles de arqueros, hosti-gadores con ondas y jabalina y algo de caballería que no había embarcado, los escasos kiló-metros que separaban ambas formaciones debían convertirse en una lluvia letal con un solo fin, que un solo hoplita de los 11000 que había en el campo huyese presa del

pánico y con ello deshiciera su frente y por ahí lanzar una maniobra envolvente y acribillar a los griegos por todas direcciones.

Calímaco cedió el mando a Milcíades y ocupó su puesto en el ala derecha, lugar tra-dicional del polemarca en la batalla. Milcíades al igual que Datis, también conocía los pun-tos fuertes y débiles del enemigo, sabía perfectamente como actuaría el enemigo, pero tenía un punto a favor, el campo de batalla era finito, tenían al oeste y al norte el monte Pentélico, al este el mar y al sur la línea de la falange, solo tenía que salvar unos kilómetros para entrar en el cuerpo a cuerpo donde sabio tendría ventaja, en la jonia, las grandes llanuras hacia que las maniobras persas impidieran el cuerpo a cuerpo hasta que un frente griego se disgregaba y por ahí envolvían al ejército enemigo, aquí no había grandes llanuras sin obstáculo alguno. Leónidas debió tomar buena nota de esto para el futuro.

La cuestión era que la falange hoplita solía forman son 8 líneas de fondo, y con esa disposición y con la mitad de tropas que los persas presentarían menos frente al enemigo y podrían ser envueltos rápidamente por los hostigadores persas. La guerra hoplita hasta ahora era muy simple, dos ciudades tenían una disputa, quedaban con sus ejército en un llano, los formaban en falange uno frente al otro con 8 líneas de fondo y avanzaba unos contra otros empujándose con los escudos y rompiendo sus lanzas contra las armaduras de bronce del enemigo, el primero que rompiera la formación habría perdido. Eso si el polemarca se colo-caba siempre a la derecha con las mejores tropas y si mataban a este casi seguro se rompería la línea enemiga y ganarían la batalla...

Milcíades, para no ser flanqueado por los persas a derecha e izquierda decidió no formar el centro con 8 filas de profundidad sino que lo alargo reduciendo filas y haciéndo-las más largas, frente a un ejército hoplita el centro habría caído en el acto pero con el persa si se llegaba al cuerpo a cuerpo quizá resistiera lo suficiente como para permitir que los fla-cos griegos, con 8 filas de profundidad, triturasen a los flacos persas y luego envolvieran al centro persa.

Milcíades, leyendo perfectamente la situación política de Atenas, coloco en el centro a dos figuras muy populares entre los atenienses y que serían los protagonistas de la vida política de la ciudad en la próxima década, a Temístocles y Arístides. Los plateos ocuparon el ala izquierda de la formación.

Los cuerpos estaban compuestos por ciudadanos de la misma tribu que luchaban jun-to a sus conocidos, sus hermanos, sus vecinos, sus amigos, sus amantes, si flaqueaba su áni-mo sabio que todo su entorno lo vería, además eran conscientes de que si perdían Atenas desaparecería, sus mujeres, novias, hermanas, todos los seres queridos serian, violados, ase-sinados o convertidos en esclavos, como le

sucedió a Mileto, como le sucedió a Eretria o como les sucedería a ellos si perdían.

Los planes de Milcíades salieron a la perfección, los hoplitas aguantaron la lluvia de dardos y flechas de los persas que no pudieron maniobrar para mantener la distancia debido a la configuración del terreno. Llegaron al cuerpo a cuerpo y el centro griego aguanto la envestida persa mientras los flancos griegos masacraban a sus enemigos, en un choque de dos ejércitos hoplitas con sus soldados cubiertos de bronce lo normal es que las lanzas de 2 me-tros y medio se rompiesen en la envestida, luego a empujar al enemigo con el escudo y si le pillas un hueco en la armadura le da con la espada corta mientras tus líneas traseras te empu-jaba hacia delante y golpean al enemigo con sus lanzas, que también se rompen. Pero los lanceros persas usan lanzas cortas y sus protecciones se reducen a escudos y petos de mim-bre, las lanzas griegas no se rompen con la primera envestida, ni con la segunda, un hoplita puede matar a 5 ó 6 persas antes de que se lanza se parta.

Los flancos persas ante la masacre cedieron y comenzó la huida, los flacos Griegos cayeron sobre el centro persa, En el centro la cosa no era igual, las mejores tropas persas estaban allí, los propios persas con mejor armadura y los terribles Sacios con sus hachas, allí el impacto de la falange fue menor debido a la debilidad de esta línea y pronto comenzaron a retroceder, pero el centro persa se vio atacado por los flancos griegos y también huyo al refugio de la flota, una vez presentada batalla, esta fue muy rápida, menos de una hora y la masacre sobre los persas fue total ya que se atropellaron los unos a los otros durante la hui-da.

Se tomó el campamento persa y la lucha continua en la playa, allí murió Calímaco y se consiguieron destruir 7 naves, pero la guerra no había terminado, la flota persa con la ca-ballería ya embarcada tomaba rumbo sur y no este, se dirigía hacia Atenas para colmo se vieron señales desde el monte Pentélico hacia la flota persa, ahora sabía la causa del embar-que de caballería, una traición. Si la flota persa llegaba a Falero y desembarcaba su ejército podrían decir que habían derrotado al ejército ateniense y eso pudría inducir a la ciudad a abrir sus puertas alentados por los filos persas y sus colaboradores. La victoria no serviría de nada si perdían la ciudad, Milcíades, ahora formalmente jefe del ejército al caer el arconte polemarca en la batalla, dejo a Arístides, a cargo del campamento y recorrió los 44 kilóme-tros que separan Maratón de Atenas con todo el ejército

Dispuesto a plantar cara de nuevo a los persas en Falero. Los atenienses debieron de temblar al ver aparecer la flota persa en su ciudad, sus peores pesadillas se estaban haciendo realidad, poco después, mientras seguro esperaban a algún representante persa para

rendir la ciudad vieron aparecer un ejército por el este, el persa sin duda que venía sitiar la ciudad, pero no, no eran los persas, eran su ejército cantando victoria, Nike.

192 griegos murieron y 6400 persas yacían en Maratón. Hípias murió del disgusto durante el viaje de regreso a Asia, los espartanos llegaron 3 días después de la batalla y se-guro mostraron mucho interés por el equipo militar que portaban los muertos persas y los relatos de la batalla que hicieron los atenienses, considero que aquí debió de ratificarse la alianza entre Esparta y Atenas, los modelos de ataque persa ya se había desvelado con la expedición de Mardonio y la de Datis, se debió esbozar un plan para el futuro, prueba de ello sería la insistencia de Temístocles en crear una flota poderosa en los años siguientes, los persas volverían, eso seguro, pero Dario tenía otros asuntos más importantes que tratar como sofocar una rebelión en Babilonia, Dario no volvería a mandar un ejército a Grecia pues mu-rió, sería su hijo Jerjes quien retomaría el proyecto para desgracia de los griegos.

En 489, un año después de la victoria de Maratón, Milcíades consiguió el mando de una expedición contra la isla de Paros, llegó a la isla y sitio la capital Paros durante 27 días, allí recibió una herida en la pierna y esta se gangrenó, además ante la creencia de la inminen-te llegada de la flota persa, rumor promovido seguramente por espías persas, un Milcíades enfermo y temeroso de caer en manos del gran rey levantó el sitio y volvió a Atenas, aquella era la oportunidad que los enemigos de Milcíades estaban esperando y no tardaron en acu-sarlo de traición y de ser sobornado por los persas para abandonar el sitio de Paros. El pro-ceso fue llevado a cabo por Jantipo, casado con una Alcmeónida e instrumento de estos para tal fin, estos debieron de contar con la colaboración de Temístocles, Arístides y por supuesto de los agentes persas que así tomaban cumplida venganza, este Jantipo será el ven-cedor de la batalla de Micala contra los persas y padre de Pericles. Milcíades enfermo de gangrena tuvo que ceder su defensa a unos amigos

Milcíades fue encontrado culpable de los delitos que se le imputaban, pero por los servicios prestados a Atenas, La victoria de Maratón, la toma de la Isla de Lemnos e Imbros para Atenas, mantener el comercio ateniense abierto con su señorío del Quersoneso, se le conmuto la pena de muerte por una fuerte multa a la que no pudo hacer frente por lo que fue encarcelado y poco después murió de gangrena en prisión.

Así paga la democracia a sus ciudadanos más notables.

La democracia

A mediados del siglo IV a. C. Solón de Atenas, noble arruinado y enriquecido por el co-mercio, viendo el inminente ascenso de los mercaderes y conociendo a sus iguales los nobles y el gusto de estos por la tiranía, decidió transformar la oligarquía ateniense basada en el código de Dracón, o sea, el gobierno de Atenas a través de un senado formado por nobles, en un nuevo sistema basado en el dinero, en una meritocracia, en este sistema la timocracia , nobles y mercaderes serian senadores y gobernarían la ciudad, reformó la sociedad en cuatro clases según el dinero, solo la clase superior podía optar a las magistraturas superiores.

Los nobles como es normal rechazaron y se opusieron a las reformas, los mercaderes las apoyaron y un vividor amante de Solón, aprovechó que este dejó el poder y se fue du-rante 10 años de viaje para proclamarse tirano, tirano que se proclamaba continuador de Solón, que se erigía como guardián de los comerciantes y el pueblo, defensor de estos con-tra los nobles. Pisístrato, este hombre excepcional se proclamó tirano de Atenas legitimando su régimen en la defensa del pueblo contra sus iguales los nobles, gobernó adulando al pue-blo y en su nombre.

No realizó ninguna reforma legal y la constitución de Solón seguía vigente, la tiranía era una institución ilegal y anticonstitucional, nunca se preocupó de dotar a su régimen de un marco legal, él elegía a los senadores, él elegía a los arcontes, él elegía quien regía las instituciones legales.

A su muerte les sucedieron sus hijos Hipias e Hiparco. Ambos co tiranos, Hipias el tirano de facto, Hiparco dedicado a sus labores entre la que se encontraba abusar de su po-der para seducir jovencitos, detonante de su fin.

Hipias, gobernó en un principio como su padre, adulando al pueblo, gobernado en su nombre y persiguiendo a sus iguales, los nobles.

Los devaneos amorosos de Hiparco provocaron su asesinato en 514 a. C. a manos de noble despechado, Hipias escapó por los pelos del atentado, pero el asesinato de su hermano hizo de Hipias, tirano accesible y populista, un tirano desconfiado y vengativo que comenzó a teñir de rojo las calles de Atenas, persiguiendo a todo aquel que pudiera hacerle sombra. La nobleza en su mayoría se exilió y se inauguró una etapa de terror en Atenas.

Clístenes, noble líder de los Alcmeónidas, la familia maldita de Atenas, reclutó un ejército de nobles exiliados y trató de derrocar al

tirano, corría el 513 a. C. y fue derrotado por los mercenarios de Hipias.

El pueblo temía a Hipias, pero temía más aún a los nobles y apoyó a este frente al re-torno de una oligarquía.

Clístenes comprendió que por sus medios los atenienses no podrían derrocar a Hipias y emprendió junto a Iságoras y Cleómenes de Esparta un ambicioso plan para que la asam-blea Espartana autorizara la intervención de un ejército espartano en el derrocamiento de Hipias, aliado y amigo del pueblo de Esparta.

Sobornaron a la Pitia, voz de Apolo en la tierra y consiguieron que Esparta enviará un ejército a Atenas, en 510 a. C. al mando de Cleómenes, Hipias huyó a Persia.

Rápidamente surgieron rivalidades entre la aristocracia, por un lado estaba los que proponían la vuelta al sistema de gobierno tradicional anterior a los tiranos y a Solón, en el que la aristocracia gobernaba la ciudad, esta corriente se aglutinó en torno a Iságoras y fue apoyada por Cleómenes de Esparta, por otro estaba Clístenes que recogía la tradición de Solón y de la Tiranía de apoyarse en el pueblo, no sólo eso, sino que pretendía darle el poder a este a través de la asamblea.

Clístenes no cumplió sus compromisos ni con Cleómenes ni con los aristócratas que le habían apoyado e instauro la democracia en Atenas.

Pero Cleómenes volvió a Atenas con un reducido ejército en 507 a. C. y Clístenes tuvo que huir, Iságoras y Cleómenes comenzaron las purgas contra el partido democrático e instauraron una oligarquía pro espartana. El pueblo ateniense de forma espontánea reaccio-nó, se produjo una revuelta y sitiaron en la acrópolis a Iságoras y Cleómenes, la demos que-ría el poder y no volvería a la oligarquía, 3 días después capitularon y volvieron a Esparta, Clístenes regreso victorioso, la democracia había triunfado.

Clístenes reformó las tribus atenienses para que los clanes nobles no pudieran mani-pular los votos, hizo que los arcontes fueran designados por elección directa de cada nueva tribu y todos los asuntos se trataban en la asamblea, en la práctica fue un paso más en la timocracia de Solón ya que sólo los ricos, tanto comerciantes como nobles podían optar a las magistraturas superiores. Se mantuvo la división social de Solón y solo la clase superior po-día optar a las altas magistraturas, el pueblo llano sólo se dedicaba a elegir año tras años a que ricos quería que les gobernase.

Sinopsis

El imperio persa, el imperio más grande del momento, fija sus ojos en los belicosos pueblos griegos. Mientras, estos, ajenos a todo peligro continúan con sus conflictos. Cleómenes de Esparta quiere someter a Atenas a su dominio. Pero Atenas tiene otros planes…

Todo empieza con Andrón que recibe una enigmática profecía del oráculo de Delos que lo llevará a viajar a Tracia, dónde luchará con Darío, el Rey de reyes persa contra loseEscitas, luego tendrá que vérselas con Hípias,el tirano de Atenas y Cleómenes,el astuto rey de Esparta,y continua con su hijo Diócles y sus aventuras en Sardes,capital de la satrapía persa.

Andrón y después su hijo,se harán adultos y descubrirán el amor entre intrigas políticas, batallas y traiciones que nos llevaran al nacimiento de la democracia en el mundo.

Sobre el autor



Escritor cordobés nacido en 1969. Mitólogo por la Universidad de Harvard, y blogero en losnuevelibros.com He escrito libros de novela histórica como Las laderas del Parnés y La morada de Tántalo, ensayos como Camino de Maratón y La última década y cuentos como Cuentos cavernícolas.